

Estética del cine **nuevos
realismos**

**excluidos
puebladas** La cuestión social

Rodolfo Walsh **política en
la literatura**

La caída de las ciudades

San Pablo, lógica de la violencia, el mito verde

**Escriben: Beceyro, Filippelli, Oubiña, Pauls,
Aguilar, Teixeira Coelho, Tenti Fanfani, Golbert,
Kessler, Svampa, Auyero / Ilustra: Adolfo Nigro**

PUNTO
DE VISTA

67

Revista de
cultura
8 \$
Agosto 2000



Los militares y la justicia

Expresamos nuestra terminante oposición a la propuesta de una instancia mediadora —de la cual formaría parte la Iglesia católica— en los juicios que se vienen desarrollando destinados a la consecución de la verdad respecto de la participación de miembros de las fuerzas armadas en el terrorismo de Estado. Primero, porque dicha instancia se superpondría y devaluaría el actual funcionamiento efectivo de la justicia. Es impertinente utilizar la experiencia chilena en curso para avalar este procedimiento, ya que lo que en una situación como aquella quizás pueda suponer un avance (eso lo juzgarán la sociedad chilena, sus partidos políticos y sus organismos de derechos humanos), en la situación argentina, con una ya larga tradición de actuación de la justicia en un marco de respaldo de la gran mayoría de la población, constituiría sin duda un retroceso, sólo atribuible a las presiones de los militares directamente implicados en los casos sobre los que se debe seguir investigando. En este sentido, el gobierno no debe admitir que sea el propio jefe del Ejército quien encabece esas

presiones. En segundo lugar, porque resulta inaceptable que se pretenda colocar a la Iglesia católica argentina como instancia de mediación. Y esto por la sencilla razón de que la Iglesia católica argentina, salvo excepciones conocidas, también estuvo involucrada —por acción u omisión— en aquel proceso de detenciones ilegales, tortura, muerte, desaparición de personas y apropiación de niños que caracterizó el horror argentino de aquellos años. Aquí debe destacarse otra diferencia con el caso chileno, ya que la trayectoria de la Iglesia le ha dado allí autoridad moral y política en estos temas como para constituirse en una protagonista válida, mientras que la Iglesia argentina ni siquiera ha revisado su propia trayectoria como para iniciar la autocrítica que le debe a la sociedad.

Por todo ello, nos oponemos a cualquier instancia que limite el accionar de la justicia en los juicios por la verdad o en la prosecución de los juicios por violación de los derechos humanos en la Argentina.

Consejo de Dirección y Consejo Asesor de Punto de Vista

67

Revista de cultura
Año XXIII • Número 67

Buenos Aires, Agosto de 2000

Sumario

- 1 Raúl Beceyro, Rafael Filippelli, David Oubiña, Alan Pauls, *Estética del cine, nuevos realismos, representación*
- 10 Gonzalo Aguilar, *Rodolfo Walsh, más allá de la literatura*
- 15 Teixeira Coelho, *Modos (recientes) del imaginario de la descomposición social en Brasil. Siete imágenes vistas y dos anti-imágenes revistas*
- 22 Emilio Tenti Fanfani, *Exclusión social y acción colectiva en la Argentina de hoy*
- 29 Laura Golbert, Gabriel Kessler, *Las lógicas de la violencia y la cuestión social*
- 34 Maristella Svampa, *Clases medias, cuestión social y nuevos marcos de sociabilidad*
- 41 Javier Auyero, *Los estallidos en provincia: globalización y conflictos locales*

DE VISTA
PUNTO

Las ilustraciones fueron especialmente realizadas para Punto de Vista por Adolfo Nigro (Rosario, 1942).

Consejo de dirección:

Carlos Altamirano
José Aricó (1931-1991)
Adrián Gorelik
María Teresa Gramuglio
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Consejo asesor:

Raúl Beceyro
Jorge Dotti
Rafael Filippelli
Federico Monjeau
Oscar Terán

Directora:

Beatriz Sarlo

Diseño:

Estudio Vesc y Josefina Darriba

Suscripciones

Exterior:

60 U\$S (seis números)

Argentina:

24 \$ (tres números)

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 4381-7229

E-mail: lasarta@inea.com.ar

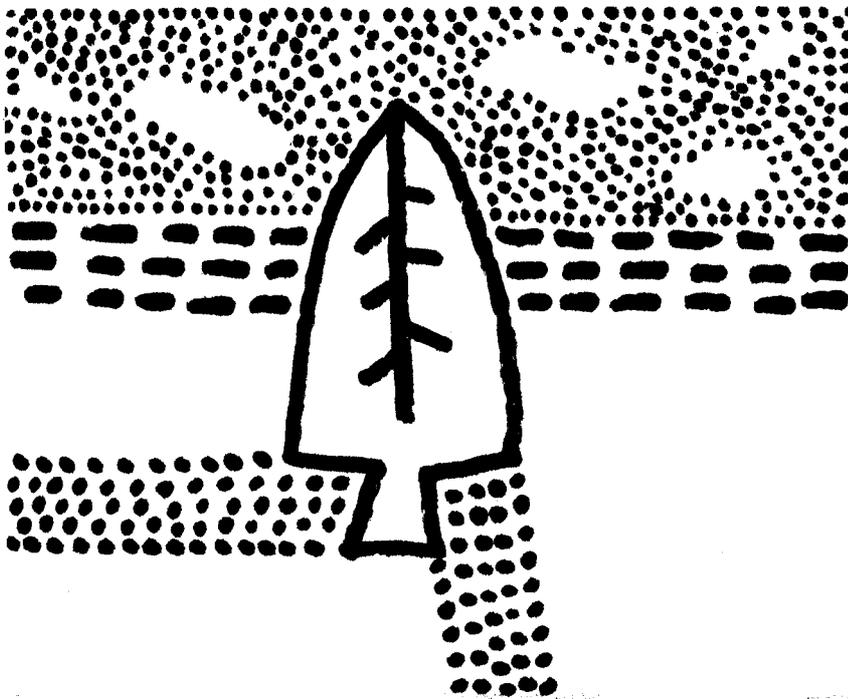
Composición, armado e impresión:

Nuevo Offset, Viel 1444, Buenos Aires.

Estética del cine, nuevos realismos, representación

Raúl Beceyro, Rafael Filippelli, David Oubiña, Alan Pauls

1



Rafael Filippelli: Una de las cuestiones que llama más la atención en una suerte de estado actual del cine, es el fenómeno que la crítica ha dado en llamar el nuevo neorrealismo, denominación a la que se suele agregar el adjetivo “urbano”: nuevo neorrealismo urbano. Me pregunto cuánto ha tenido que ver en esta fórmula el relativo éxito de algunas películas de Kiarostami; o quizás habría que pensarlo en relación con la cuestión que siempre plantea el cine: un arte de características fuertemente analógicas, que suscita, en distintos períodos, una discusión sobre el realismo. Si algo es necesario aclarar, me parece, es que

las posibilidades de la representación realista no están ligadas a los contenidos temáticos sino a poéticas. Ahora bien, una poética es un conjunto más que de elecciones positivas, o tanto como de elecciones positivas, de negaciones o privaciones: no todo procedimiento formal es admisible siempre en determinado marco, aunque todo procedimiento formal sea hipotéticamente admisible siempre en un marco diferente. Tengo la impresión de que este nuevo neorrealismo tiende a trabajar dentro de un sistema que no le impone demasiadas opciones formales; dicho de otra manera, hay una especie de stock genérico de proce-

dimientos a los que se echa mano de un modo cuya motivación es difícil de captar. Y me pregunto si esto no se conecta con la sustitución de la idea, muy precisa, de plano, por la de imagen.

Alan Pauls: Este retorno de lo real en el cine tiende a ser pensado con criterios y textos de hace cincuenta años, de la época del neorrealismo. Para mí este retorno tiene muchas formas, que van de Nanni Moretti a *Mundo grúa* o a las Silvia Prieto que se ponen a hablar a cámara en la película de Martín Rejtman, tantas formas que uno bien podría preguntarse ¿qué quiere decir que lo real retorna? Si hay retorno de lo real habría que pensarlo en relación con un contexto en el que supuestamente eso llamado real ya no existe más. Yo preferiría referirme al retorno de algo llamado “la experiencia”.

Rafael Filippelli: Tomando el desafío planteado por Alan de considerar “la experiencia”. El neorrealismo era una suerte de descripción global de la sociedad, realizada por una conciencia también global, aquello que Rossellini llamaba el “amor”, aquello que establece vínculos entre experiencias dispersas. Desde el punto de vista formal, el neorrealismo se opone fuertemente tanto al naturalismo como al verismo. Su representación de lo real no está basada tanto en la elección de los temas sino en una perspectiva de conciencia sobre lo social. Dicho a la manera de Bazin: lo que es realista en *Roma, ciudad abierta* o en *Paisà* es la

resistencia italiana al fascismo; pero lo que es neorrealista consiste en su puesta en escena, en una representación a la vez sintética y elíptica de los hechos. El neorrealismo se opondría al análisis moral, político, social o psicológico, de los personajes y de la acción. Mientras que yo encuentro que el nuevo neorrealismo trabaja precisamente a partir de los personajes y de la acción. Aunque no es el caso de *Silvia Prieto* que, según creo, tiene una línea más directa con el neorrealismo que *Mundo grúa*, por su preocupación por la puesta en escena. En *Silvia Prieto* la puesta en escena es todo. Y esto no sucede con *Mundo grúa*.

2

David Oubiña: Lo que en la denominación nuevo neorrealismo me incomoda es que no ponga en evidencia sobre qué supuestos se apoya esa conexión. Me parece que se está tomando en cuenta más una temática que una puesta en escena. La conexión entre *Pizza, birra y faso* y *Roma, ciudad abierta* es más bien un referente de precarización, para usar una palabra de moda. Lo que hay en común entre esas dos películas es esa cualidad del referente y no una idea formal. *Pizza, birra y faso* hereda más de la televisión, de *Gasoleros*, que de Rossellini. La conexión entonces es superficial, parte de un lugar común sobre el neorrealismo, y no se la piensa sobre la base de operaciones de puesta en escena. Eso es también lo que parece estar en el inesperado éxito de un cine como el de Kiarostami o el de Rohmer, lo que conectaría a esos cineastas tan distintos. Una película de Rohmer, en un nivel superficial, se puede ver muy cómodamente, como una serie de televisión: permite una aproximación bastante amable. Lo que no sucede en las películas de Tsai Ming-liang, que si bien presentan algo así como una vuelta a una cierta forma de realismo, trabajan con una exasperación de los tiempos que, de entrada, peticionan una visión menos amable por parte del espectador. No digo que sea mejor que el cine de Rohmer, sino que hay aspectos en Rohmer que, mal entendidos, permiten pensarlo como un director que sólo estaría contando una historia entretenida: un conflicto so-

bre si el chico se queda con la chica, que es lo mismo que importa en *Gasoleros*.

Raúl Beceyro: Nos estamos preguntado, desde el comienzo, cuáles son hoy las características del cine. Quizás deberíamos preguntarnos cómo se puede pensar hoy el cine, cuáles son los problemas que merecen ser tomados en cuenta. Me parece que una de esas cuestiones es lo que se llamó el retorno de lo real, y que yo llamaría la cuestión del registro, o la tentación documental. Muchas de las películas más estimables presentan hoy materiales o procedimientos que podrían llamarse directamente documentales. Pongo un ejemplo: una de las mejores películas de Kiarostami es, en mi opinión, *Primer plano*, que presenta una narración muy curiosa. En un momento, el espectador se da cuenta de que lo que ha visto es la reconstrucción, para la película, de acontecimientos reales sucedidos en el pasado, presentados por las personas reales que han participado en ellos; y a partir de este punto, la película alcanza la realidad y comienza a filmar acontecimientos que se están produciendo en el momento en que se los está filmando. Esta es la película de Kiarostami que más claramente exhibe estos materiales y procedimientos de carácter documental, de la manera más organizada posible. En el final de *Silvia Prieto*, a diferencia de lo que dijo Rafael, me parece que lo que falta es la puesta en escena, y lo que se ofrece es el acopio de material "real". En *Mundo grúa* lo que se puede percibir es cierto material temático y un mínimo de organización narrativa. En el caso de Rohmer, que trajo David, yo creo que correspondería diferenciar lo temático de la puesta en escena; si bien es posible que en lo temático David tenga razón, la exasperante, agresiva, puesta en escena de Rohmer hace que esa película no pueda ser percibida asimilándola a un tipo de narración televisiva. Hay que hacer un gran esfuerzo para ver la película de Rohmer como la historia de un muchacho y tres chicas.

Alan Pauls: Es muy difícil discutir sobre la amabilidad o la no amabili-

dad de una forma. La única respuesta a eso es estadística: ¿cuántos espectadores se sintieron incómodos frente a una puesta en escena de Rohmer? Lo que me parece interesante es que exista la posibilidad de la amabilidad y la no amabilidad juntas: es algo que Rohmer trabajó toda su vida. Toda la obra de Rohmer es la teología y el vaudeville. Si alguien ve una película de Rohmer y pregunta ¿con quién se quedó la chica finalmente? no está leyendo "mal". Pero quisiera volver a la cuestión del neorrealismo: no se puede establecer una especie de herencia entre lo que vemos hoy como neorrealismo y el neorrealismo de los cincuenta. No se heredan genes; lo que se hereda es una especie de idea muy imaginaria, un recuerdo, un lugar común, una célula de transmisión de cosas de un época a otra.

Rafael Filippelli: Coincido, porque lo contrario sería pensar que la transmisión es un proceso que deja intacto lo transmitido. De todos modos quisiera pensar, que aun en la forma difusa del recuerdo, hay algunos elementos que funcionan, en un sentido fuerte, dentro del registro o de lo documental. Me refiero a la situación del registro, y a lo que de ella queda en el film. Se trata del azar y de la materialidad, dos cosas bien distintas. El azar: no hay nada en el realismo actual que indique que el azar tiene algún papel, ese papel que jugaba, para dar un ejemplo, la lluvia en *Ladrones de bicicletas*, donde una lluvia desvía azarosamente el destino no sólo de los protagonistas sino de la propia narración. Por supuesto que sería anacrónico reclamar una continuidad con una poética que tiene cincuenta años, pero algunas cuestiones muy básicas del cine podrían no ser pasadas por alto. No hay ningún programa a cumplir; hay problemas que naturalmente pueden recibir distintas soluciones pero que no pueden ser pasados por alto a menos que se los reemplace por otros problemas igualmente interesantes. Yo creo que en la película de Martín Rejtman no hay herencias sino la marca de esos problemas (que no están aludidos en *Mundo grúa*) y, en efecto, *Silvia Prieto* evoca tanto el azar como la ma-

terialidad. El programa de Rossellini no es el de Visconti, ni el de Visconti es el de De Sica pero en ellos hay, más allá de coincidencias epocales, una visión de la materialidad del espacio, que creo que es uno de los problemas que no se puede pasar por alto, esa forma de relación que el espacio mantiene con la dimensión temporal. No me niego a aceptar que haya un cine donde el azar no juegue ningún papel, pero tengo que plantearme la pregunta: ¿qué pasa con la materialidad y el tiempo, cuando se registra de este modo?

David Oubiña: Me parece que estás exigiendo que, si se va a recuperar algo, deberían respetarse sus protocolos, pero esos protocolos no son obligados para una película que se hace hoy en la Argentina, que no tiene que compartir los que tenía una película italiana de 1945.

Rafael Filippelli: Lo que me pregunto es por qué algunas cuestiones, que no son sólo del realismo sino de la modernidad en el cine, son abandonadas. No digo: sin azar no hay realismo. Digo simplemente: no hay azar y me pregunto por qué.

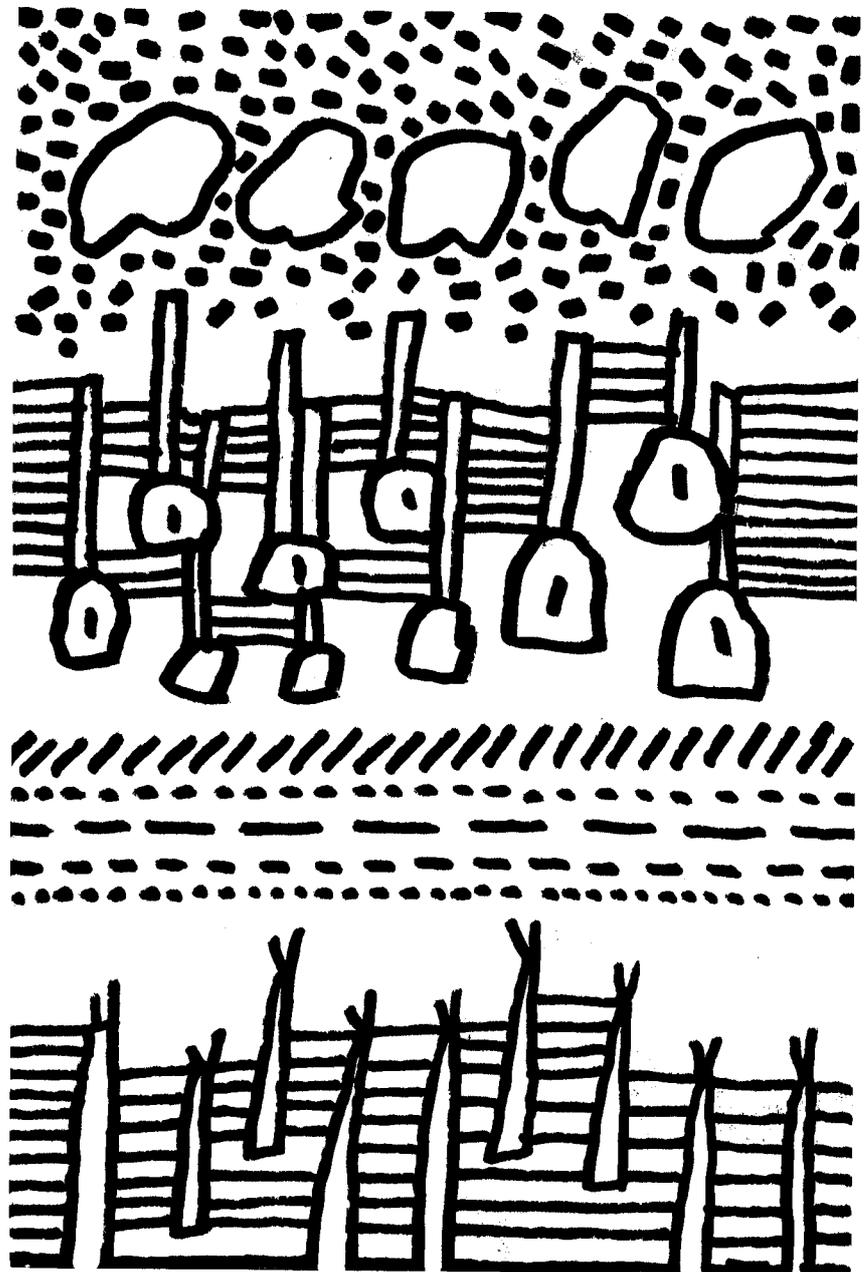
Raúl Beceyro: Yo creo que *Pizza, birra y faso* primero y *Mundo grúa* después se caracterizan por dos rasgos. Uno temático, de pertenencia social de sus personajes, para decirlo rápidamente, los personajes son pobres. Y una cuestión formal: ausencia de vertebración narrativa.

Alan Pauls: Yo no sería tan lapidario. Hay cosas que yo advierto, y que advierto más allá de si la película me gusta o no me gusta. Es algo que me pasa con el cine argentino hoy. Voy a ver cine argentino y no me importa si me gusta o no me gusta. No me interesa saber eso, no me interesa ni siquiera averiguar quién dirigió esa película. Por primera vez, veo el cine argentino como algo que va avanzando en una dirección muy confusa, pero que tiene un movimiento. A lo mejor dura seis meses más, pero eso no me importa. Veo algo que no estaba de modo homogéneo y decidido en el cine argentino anterior. Hoy forma y

producción son el mismo problema. Pensar la forma es pensar la producción. Este es un rasgo que tienen en común *Pizza, birra y faso*, *Mundo grúa*, *Silvia Prieto*, *Crisantemo*, la película de Albertina Carri, *Chicos ricos*, la película de Bellotti. Pensar a la vez la producción y la forma no da necesariamente películas buenas, pero lo que da es un cine no acomplejado. Y en esto se diferencia del cine argentino anterior que estaba completamente acomplejado y era víctima de todas las cosas que no podía ser ni tener. El de hoy puede ser mal cine pero no le pasa eso, y eso no me parece menor. Lo otro que tampoco es menor es la

transformación que hay en los actores. Nosotros ya no reconocemos las caras que están en las nuevas películas. No hay nombres propios detrás de los actores. Esos actores existen mientras dura la película y dejan de existir cuando termina. Y, a la vez, la incorporación masiva de no actores. Este rasgo sí podría ser heredero de cierta tradición neorrealista. No me interesa mucho discutir si las películas son malas o buenas, sino qué es lo que me resulta interesante en ellas.

David Oubiña: A mí también me resulta más reconfortante ir hoy a ver cine argentino donde, coincido, el problema de la forma es el de la produc-



ción. Pero, igual, el interrogante sigue, porque hay diferentes modos de resolver la relación entre forma y producción. La forma en que lo resuelve Sapir en *Picado fino* es más interesante y, en ese sentido, nunca es indiferente el modo en que se establece la relación entre forma y producción. Esa relación es el punto de partida y no el punto de llegada. Muchas películas dan la impresión de que si se filma los fines de semana y por fuera del sindicato, eso ya les asegura alguna estética.

Alan Pauls: Si Subiela o Arístarain filmaran los fines de semana les saldría mal. Porque ellos siempre reivindicaron otra cosa. Iban al Instituto de Cine a decir necesito tantos millones de dólares. No pueden pensar formalmente el problema de la producción ni pueden pensar, desde el punto de vista de la producción, el problema de la forma. En un país quebrado desde hace décadas los cineastas querían hacer películas de dos millones de dólares. Esa ideología también quebró.

Rafael Filippelli: Me alegro tanto como Alan y David de que los noventa hayan terminado con esta especie de largo reinado de un cine que se inicia a fines de los sesenta, con los De la Torre, los Barney Finn, los Arístarain. Pero incluso estas películas que plantean el problema de la relación entre forma y producción, lo saben todo de sí mismas. Eso pasaba en las películas de De la Torre y pasa en muchas de las actuales, son como películas de tesis. La única película que me genera a mí una diferencia en este sentido es *Silvia Prieto*, diría incluso desde el punto de vista sociológico. La representación sociológica que hace Rejtman se sale del clisé convencional de los pobres precarizados. *Pizza, birra y faso* o *Mundo grúa* reduplican aquello que ya sabíamos. Esto no pasa en *Silvia Prieto*, tampoco en los episodios de *Mala época*, donde me da la impresión de que sus directores están investigando algo que ni yo ni ellos sabíamos previamente, ni como dato social ni como forma de representación.

Alan Pauls: Quizás porque la película de Martín Rejtman muestra algo que

te resulta más ajeno que los chicos de *Pizza, birra y faso*. Pero lo que me parece interesante es que el nuevo cine argentino está mucho más interesado en mostrar mundos que en mostrar personajes, héroes.

Rafael Filippelli: Eso sería un rasgo neorrealista.

Alan Pauls: En efecto: describir mundos. Por suerte, el cine argentino se volvió muy descriptivo. Por eso hay películas que pueden ser malas pero tienen cinco minutos dispersos donde aparece realmente una observación.

Rafael Filippelli: Entonces vos encontrás un rasgo típico de la modernidad que pondría en un mismo plano los elementos descriptivos y los elementos narrativos. Este rasgo está no sólo en el neorrealismo sino en Antonioni...

Alan Pauls: Yo diría más. Me parece que la herencia de este cine argentino no es con el neorrealismo sino con la nueva ola, o más bien, el modo en que la nueva ola vio el neorrealismo. Hay algo de Rossellini encarnado en Anna Karina. Y también Antonioni tiene esta sensibilidad *fashion*. Cuando hoy veo las películas de Antonioni, veo todo el tiempo moda, diseño, autos. Y lo mismo en Godard. Entonces la nueva ola es el eslabón intermedio. Llamo *fashion* a una especie de esfuerzo de descripción de los usos y las costumbres contemporáneos a la época en que se hizo la película. *Silvia Prieto* es una película "costumbrista" en este mismo sentido, presenta una lógica actual de los intercambios.

Rafael Filippelli: Tomo el desafío. A eso lo llamás *fashion*. Yo diría que, respecto de la nouvelle vague, lo que no puede soslayarse es el *pop*. La forma de procesar, al menos en Godard, algunos rasgos del neorrealismo es a través del *pop*, su iconografía, sus carteles, la historieta, los géneros menores.

Raúl Beceyro: Alan se refiere a lo "descriptivo" y subraya la capacidad de Antonioni para captar en sus películas elementos culturales de una época, y no sólo la información documental de una época que toda fotografía

proporciona. Y sostiene que estas películas argentinas también tienen un fuerte elemento "descriptivo". En este caso, Alan alude no sólo a los muebles sino a ciertas formas de "transacción". Entonces estamos frente a un rasgo del cine documental a secas, pienso en Wiseman o Depardon, y en estos films argentinos aparece una especie de tentación documental más o menos elaborada, consistente en la presentación de usos materiales y culturales propios de la época en que se produce la película. Incluidos de diversas maneras, hay materiales y procedimientos documentales que son percibidos en la descripción y también en esos actores desconocidos (que probablemente hoy ya se estén convirtiendo en conocidos) que operan como "personas" y no como personajes...

David Oubiña: Yo creo que la cuestión no pasa por una división entre documental y ficción o entre narración y descripción. Tal vez sí pase en algunos realizadores, tal vez en Kiarostami o en Moretti, pero la cuestión no pasa por ahí en Gaspar Noé o en Sokurov o Tsai Ming-liang o en las *Histoire(s) du cinéma* de Godard. No estoy seguro de que la descripción sea lo que defina una nueva tendencia. En todo caso hay distintos modos de descripción. En el comienzo de *El río*, de Tsai Ming-liang, se presentan en forma paralela tres personajes, un adolescente, una mujer y un hombre. El adolescente va en una moto, el hombre se tropieza con él en la calle, el chico se cae, el hombre lo ayuda a levantarse, el chico ni siquiera se lo agradece... Y recién después de varios minutos nos damos cuenta de que estos tres personajes son una familia, que los espacios en donde los veíamos moverse pertenecían a la misma casa y que los personajes andaban por ese espacio común sin tener ninguna comunicación. Ese modo de registrar, aunque quizá no habría que llamarlo registro sino una cierta organización, produce una diferencia. Me parece, de todos modos, que la cuestión no pasa sólo por la descripción. Otro eslabón para pensar el nuevo cine es Casavettes y, por supuesto, Jarmusch.

Rafael Filippelli: Antes de llegar a Casavettes y Jarmusch, a los cuales llegaremos fatalmente, quisiera discrepar con la asociación que Raúl plantea entre la descripción y lo documental. Si hay una cualidad del cine moderno en relación con lo descriptivo, no es precisamente que lo descriptivo produzca lo documental de un film, sino lo más fictivo. El elemento descriptivo tiene que ver con procedimientos que vienen de la literatura y no del documental, porque la descripción, en el cine moderno, es más afín al discurso indirecto libre y al flujo de conciencia que al registro. Lo descriptivo, en el cine moderno, es una dimensión subjetiva, fundante de subjetividades. Una subjetividad se conoce a sí misma y se muestra en la descripción. No se puede pensar que las largas caminatas de Jeanne Moreau en *La noche* tienen que ver con lo documental. Por el contrario, son un largo monólogo interior, donde finalmente se puede entender que esa descripción era la conciencia, en todo caso compartida, de la película y de Jeanne Moreau en la película, de todo lo que había pasado en esa noche. Considerar la descripción como práctica documental y la narración sólo como ficcional es una equivocación. La descripción es la irrupción más decidida de la subjetividad. No quiero exagerar, de todos modos: la filmación de una tormenta en una isla de Sicilia, en *La aventura*, tiene rasgos documentales, pero son mucho menos importantes como documentalización que como intervención del narrador, como intervención fuerte de una subjetividad. La descripción tampoco está tan fuertemente vinculada al registro de lo que acontecería independientemente de la cámara. Lo descriptivo no puede asimilarse fácilmente a documentación ni a registro. La escena de la tormenta está filmada con una planificación que responde a la perspectiva narrativa y no al registro. O sea que hay una fuerte marca subjetiva en la descripción.

Alan Pauls: Estoy de acuerdo con Rafael en que la descripción no necesariamente lleva al documental y tal vez pueda llevar, por un camino muy retorcido, a una especie de ficción pura.

Contra este sentido, es interesante ver cómo está reagrupando sus fuerzas la ideología realista. Por ejemplo, la cobertura que hizo *El Amante* de *Mundo grúa*. Había una crítica de la película y también una nota de Claudia Acuña. La revista envió a Claudia Acuña a los pagos de Trapero, a San Justo. Y allí pasó un día con Trapero, contado por Acuña como si fuera *Una excursión a los indios ranqueles*. En un momento del día salen a hacer fotos a las vías del ferrocarril. Se les acercan tres tipos, de aspecto muy pesado, uno de ellos con un fierro en la mano. Es un momento de zozobra. Entonces, sigue la nota, Trapero se acerca a los tipos y les pide un cigarrillo. Acuña escribe: eso los desarmó por completo. Es un momento extraordinario, para Pierre Bourdieu. Lo que llama la atención es que toda la crítica de *Mundo grúa*, insiste en la transparencia de la película, en su abstinencia formal. Pero Claudia Acuña, en su nota, revela que la secuencia que la crítica juzgó el colmo de la transparencia fue montada treinta y seis veces. Es gracioso, en la cobertura de *El Amante*, el modo en que una nota pone en ridículo a la otra: sobre la secuencia que la crítica consideraba como la transparencia del lenguaje, la nota de Acuña revelaba que había sido montada treinta y seis veces.

Rafael Filippelli: O sea que hay una confusión entre ideología realista y estética realista.

Alan Pauls: Obvio. Si estás del lado de *Silvia Prieto*, sos un formalista, clase media.

Raúl Beceyro: La recepción crítica de *Mundo grúa* percibió algo que está en la película y que elogia: todo lo que tiene que ver con la cuestión temática, y la presentación de medios populares con escasez de puesta en escena que es juzgada como una presentación directa, sin mediaciones. En realidad, esa crítica elogiosa describe el objeto; percibe agudamente su inmediatez. ¿No es ésta una lectura posible de aquel "retorno de lo real"? ¿No estamos hablando más o menos de lo mismo, pero escuchamos nuestras propias voces como deformadas por la voz de *El*

Amante? Nosotros también caracterizamos *Mundo grúa*, y otras películas a partir de un acercamiento temático al mundo social popular; y de una simplicidad formal, de insuficiencia en la construcción de la narración, de casi ausencia de mediación narrativa. *El Amante* elogia lo mismo que yo percibo críticamente porque, para mí, sin esa instancia narrativa no se puede establecer una relación con nadie, ni con los humildes, ni con los ricos.

David Oubiña: Esa entrevista de Acuña, en un punto, es muy injusta con la película de Trapero, porque descarta la significación del hecho de que alguien haya compaginado treinta y seis veces la película. Es hablar bien de la película porque Trapero vive en San Justo. La cobertura de *El Amante* postula que la película funciona como crónica, en una relación directa con su realizador. Esa es una versión muy superficial del realismo. Y la cuestión del compaginado, que la misma nota cita, muestra que hay un realizador que se está haciendo cargo de que una estética realista es también una articulación y no un puro registro.

Alan Pauls: Se cree que lo único que hay para ver es la transparencia o la anécdota de los muchachos de San Justo con un fierro en la mano. ¿Pero de qué transparencia me están hablando? Nada que cuesta treinta y seis compaginaciones diferentes, es transparente.

Rafael Filippelli: No estoy de acuerdo. Se puede compaginar treinta y seis veces una escena y producir un relato transparente. La transparencia es una ilusión que puede lograrse a través de una toma única, como Bergman, o por treinta y seis compaginaciones. La transparencia no es la toma única que se renuncia a editar. La transparencia es una relación entre el espectador y la pantalla, sustentada en la ilusión de que no hay una figura intermedia entre la narración y su referencia. La transparencia está basada en la ilusión de que no hay narrador.

David Oubiña: No se trata de treinta y seis intentos de registros, sino de treinta y seis formas de organizar el material en la edición.

Rafael Filippelli: Es lo mismo. Una compaginación reiterada de la misma escena puede ser hecha según la estética de la transparencia. Si pensamos que esto no es posible, confundimos el cine de la transparencia con el documental. El cine de la transparencia se basa en la adecuación estándar del plano al contenido manifiesto de lo narrado; y en la desaparición de las mediaciones que construyen la figura del narrador. Por lo tanto filmar para poder ensayar distintas posibilidades de montaje no implica obligatoriamente romper con el cine de la transparencia. En esta discusión no hay mucho espacio para las cosas que dice Claudia Acuña.

sario que la elaboración de esa forma haya satisfecho ciertos requisitos. Yo me pregunto, en cambio, hasta qué punto las películas que hoy se hacen en Argentina deben ser sometidas a esos requisitos, para decretar si esas películas tienen una elaboración formal o no la tienen. Yo creo a priori que en el cine no hay nada inmediato. Esa es mi premisa. Todo lo que veo es formal. Por eso yo no descarto formas porque no satisfagan mis requisitos. Prefiero una posición más tolerante. Los requisitos que debe cumplir un cineasta no han sido discutidos.

Raúl Beceyro: Ni estamos aquí para discutir una lista de requisitos. Cuan-

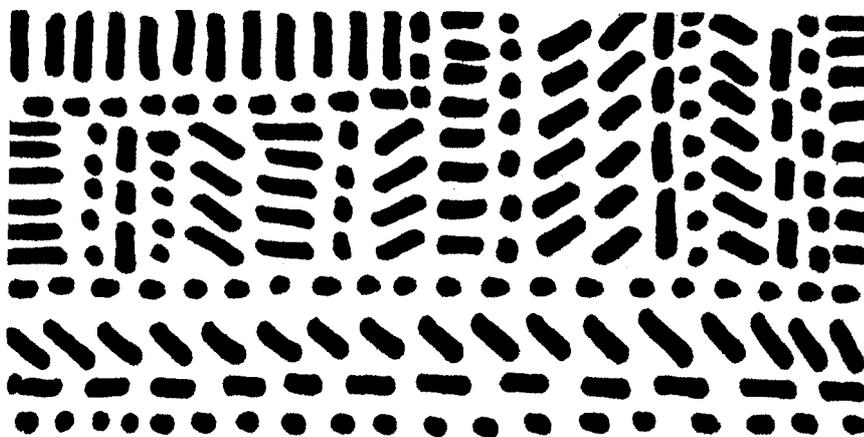
alguien. Uno no tiene una lista de normas obligatorias. Pero, aun así, sin tener ninguna lista, no suspendo el juicio de valor. En cuanto a la mediación: estoy de acuerdo, nada es inmediato. Pero cuando lo que está en el medio es un conjunto azaroso de procedimientos de todo tipo, es difícil llamar a eso mediación.

David Oubiña: En un punto incide bastante el discurso que rodea a las películas. En las declaraciones que hicieron Caetano y Stagnaro sobre su película dieron a entender que *Pizza, birra y faso* fue casi un producto del azar o de la inspiración más caprichosa. Uno no llega a las películas como a acontecimientos puros, sino a través de una masa de discursos que no necesariamente coinciden con lo que después uno ve. *Pizza, birra y faso* fue presentada casi como un producto del azar: dos tipos que se reunían en los bares, escribían y tuvieron suerte cuando pusieron la cámara... Si la película de Caetano y Stagnaro es mala, no lo es por falta de prevención, sino porque no logra lo que quiere conseguir, pero no por falta de planificación ni por falta de cultura cinematográfica; Caetano y Stagnaro no son cineastas ingenuos, vieron cientos de películas. Son completamente responsables de lo que filman y de que sus planos, me gusten o no a mí, les salgan o no les salgan.

Alan Pauls: Yo creo, además, que *Pizza, birra y faso* es una película homogénea y compacta, que no traiciona sus propios principios.

Rafael Filippelli: El principio de mediación es algo más que la homogeneidad; es la operación, las operaciones, que hay entre lo que se va a filmar y el plano. Por eso, yo doy vueltas alrededor de la idea de plano y de su desaparición. Cuando desaparece la idea de plano, desaparece la mirada. Entonces navegamos en una especie de magma, de sustancia, que es la imagen. Si alguien dice que todo está mediatizado formalmente es como si dijera que nada lo está. ¿Cuáles son las poéticas? Porque donde todo es verdaderamente posible, es en la televisión.

6



Raúl Beceyro: *El Amante* elogia la inmediatez y una relación directa con lo representado.

David Oubiña: Pero eso es una ingenuidad.

Raúl Beceyro: No sé lo que es. Lo que yo percibo es la inexistencia de una instancia narrativa. Pero así volvemos al punto de partida. Alan, refiriéndose a un conjunto más vasto que *Mundo grúa* y *Pizza, birra y faso*, postergaba esta especie de valoración a la que yo me animo, porque no le resultaba digna de atención y, en su lugar, señalaba la relación entre modo de producción y forma, la cuestión de los actores, y el elemento "descriptivo". Suspendía la cuestión del juicio que consideraba poco interesante y prefería subrayar la presencia en el cine argentino, por primera vez, de esos tres rasgos.

Alan Pauls: Sucede que para que vos, Raúl, reconozcas una forma es neces-

do uno se siente interesado en una película es por ciertas razones. En mi caso, hablo de un principio de construcción, pero se le puede dar otro nombre. Acepto totalmente tu extrema tolerancia. Pero los dos sabemos que no es lo mismo una mala que una buena película. Quizás puedas pasar mucho tiempo satisfecho con esos requisitos mínimos, esos tres rasgos, que son los que despiertan tu interés, con el juicio de valor en suspenso. Pero quizás también, vos en algún momento digas: bueno, no todo es lo mismo, y comienzas a interesarte más por un film que por otro, más que interesarte por todos, de manera maciza. Además, yo no creo que sea un valor ser extremadamente tolerante con las películas.

Alan Pauls: Cambien tolerante por curioso.

Raúl Beceyro: De acuerdo. Pero también uno todos los años descubre a

Alan Pauls: Para mí hay películas que tienen un valor más de acontecimiento que de discurso artístico, por ejemplo *Pizza, birra y faso*, que me alegra que se haya filmado aunque también pensé, cuando la vi, que esa película debería haberse filmado hace veinte años. Pero se filmó hoy. Y lo que hoy sucede en relación con estas películas es que se está gestando una nueva, o vieja, ideología cinematográfica que adjudica valor según el acercamiento a una cierta idea de autenticidad. Yo creo que ese es el problema del populismo. Es obvio que hay una herencia populista de Rossellini, así como hay una herencia abstracta y formalista.

Rafael Filippelli: Es la cara nacional popular de la cultura italiana moderna. También hay un populista en el vanguardista Pasolini.

Alan Pauls: El populismo es una herencia de la modernidad. Pero yo leo a Favio de otra manera que los populistas. Creo que es un gran director de cine, también cuando filma *Gatica*. Y creo que hay que disputarles a Favio, y a *Gatica*, a los populistas. ¿Por qué entregarles *El dependiente* y *Crónica de un niño solo* a los populistas?

Raúl Beceyro: En una de esas les podés entregar *Gatica*.

Rafael Filippelli: Hablemos de *Gatica*. El cine nacional en los últimos treinta años no filmó un plano parecido en intensidad al momento en el cual *Gatica*, que está en un cabaret, se levanta de su mesa, entra por izquierda de cuadro, en el momento en que una orquesta típica está tocando, pasa por atrás de los músicos, llega al micrófono y se pone a cantar junto con el cantor de la orquesta. En esa secuencia está todo Favio. Es una secuencia brillantemente expuesta que termina con una panorámica hacia abajo para mostrar que *Gatica* se orinó. Entonces hay una puesta en escena de un gran director de cine que sucumbe a su propia ideología bajo la forma de un *tilt down* para subrayar algo. Pero hay una ideología y una forma, más allá de todos los discursos que el populismo hizo sobre la película. Nadie podría decir que no hay una forma en Favio.

Alan Pauls: Creo que el problema que nos plantea el populismo es el de la ideología de la autenticidad. ¿Cómo pensar lo real sin adherir a la ideología de la autenticidad? Al margen de lo que nos guste Kiarostami, él también entró por esa ideología de la autenticidad.

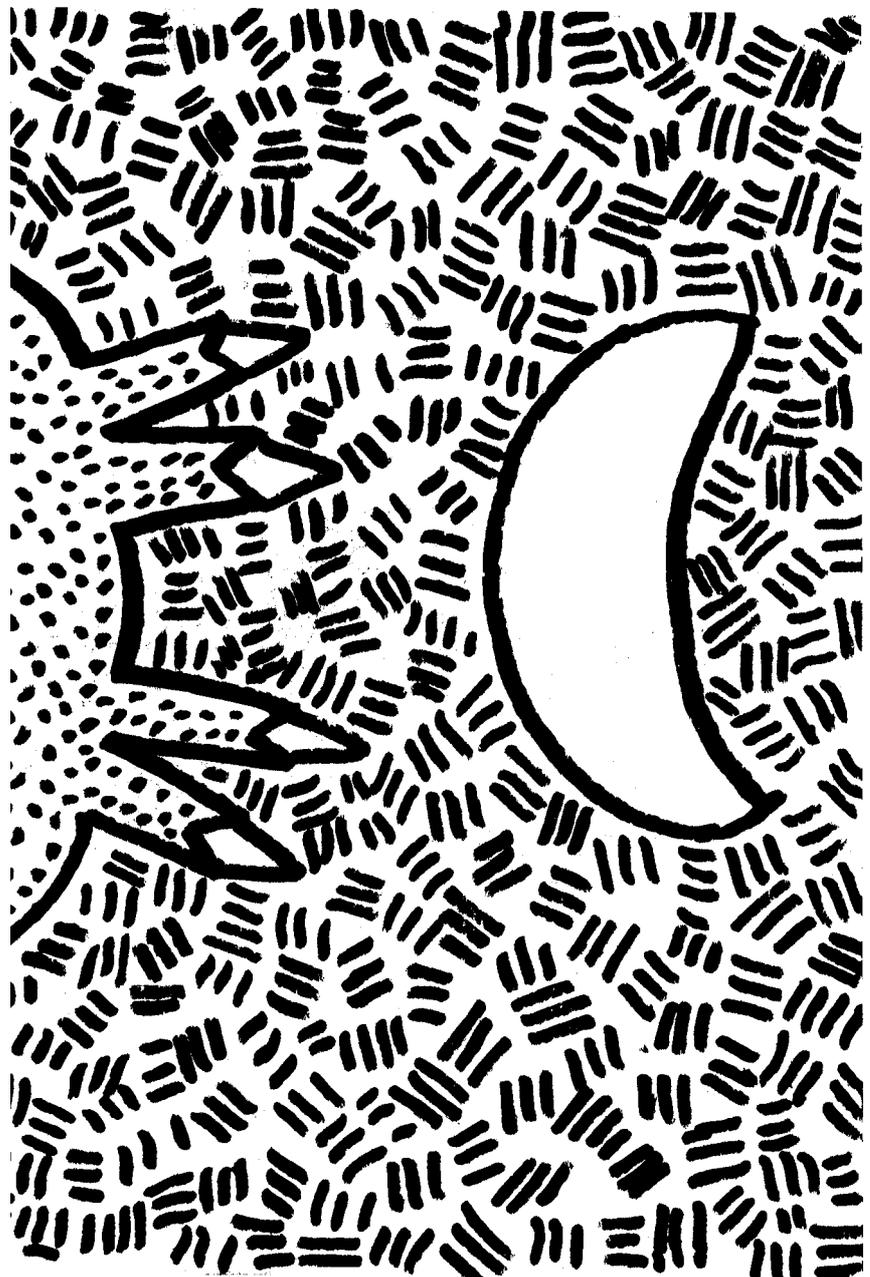
David Oubiña: También Moretti entra por ese lado.

Alan Pauls: Moretti le crea problemas a la crítica por el lado del humor. Como en Kiarostami no hay humor, parece la autenticidad total. Moretti es muy complicado. No nos damos cuenta hasta qué punto es original. Yo sé

lo que hace Kiarostami con el cine; no sé lo que hace Moretti, es como un límite del cine. Veo una película de Kiarostami, o de Godard, o de Antonioni y me siento en casa. Con Moretti, no me siento en casa.

Rafael Filippelli: El que está en casa es Moretti. *Aprile* es Moretti en casa.

David Oubiña: Pero es extremo, es indecible. Es su casa, es su hijo y al mismo tiempo, no tiene nada que ver el hecho de que sea su casa. Toma el riesgo de poner en una misma escena a su madre, a su suegra, sin que eso tenga nada de documental...



Rafael Filippelli: Entonces me quedo con Fassbinder, *Alemania en otoño*, Fassbinder, con su amante negro, escondiendo la droga porque han escuchado una sirena policial... ese tipo tirado contra la pared blanca, desnudo, tocándose, mientras habla por teléfono sobre la represión. Eso es distinto a la familia Moretti.

David Oubiña: Kiarostami también trabaja ese límite confuso entre ficción y verismo. Pero lo trabaja a su favor. Me parece que Moretti, como en algunas películas de Ackerman, sobre todo en las que ella actúa, interviene en sus películas en situaciones que tienen un componente muy fuerte de verdad y al mismo tiempo son ficcionales.

Alan Pauls: A mí me parece que la gran diferencia es que Moretti incorpora el arte conceptual al cine. Hace un uso conceptual de sí mismo, el mismo uso que hace Godard cuando se pone en sus películas. Es el cine después del arte conceptual. También Ackerman. Kiarostami es anterior al arte conceptual.

Rafael Filippelli: El problema del cine que me interesa a mí es cómo se organizan los materiales. Y en ese sentido, cuando veo una película de Moretti, me convengo de que nada está prohibido, que todo podría entrar, que puede echar mano a todo.

Alan Pauls: Esa es una descripción perfecta de Godard. Puede meter todo y una vez que todo está adentro, todo es Godard.

David Oubiña: Pero yo diría que es godardiano por omisión. Porque esa especie de omnipresencia de la figura de Moretti, termina diluyéndola por completo. Hay un efecto de borramiento absoluto. Godard organiza toda la historia del cine y la hace pasar por Godard. Moretti hace un movimiento que en un sentido es igual y en otro sentido es inverso. Esa especie de mostración impúdica de sí mismo genera el efecto contrario al previsible.

Rafael Filippelli: Pero también se podría decir que *Vivir su vida* es la pe-

lícula de la mujer del director. Pero no es eso. Anna Karina no funciona como la mujer de Godard y nada funciona en las películas de Godard como en la realidad.

David Oubiña: Me refiero a las películas, o videos, de Godard donde tiene él una presencia física.

Alan Pauls: Habría que ver cómo se pone Godard en sus películas, los parlamentos que se adjudica, la ropa.

Rafael Filippelli: El tío loco de Carmen, un visionario, conspirador, loco en *King Lear*. ¿Y Moretti?

Alan Pauls: Es exactamente lo mismo. El golpeado, el amnésico, el tipo que tiene un problema perceptivo o mental, el idiota, el que está afuera. Lo que une a Moretti y a Godard es la idea de que la estupidez es una materia.

David Oubiña: Lo que yo entiendo es que Moretti presupone Godard.

Alan Pauls: Lo que es pertinente a la discusión es que Moretti es godardiano en el sentido de una cierta relación con lo real. En ese punto yo creo que Moretti es godardiano de una manera que, incluso a Godard, le podría resultar irreconocible.

David Oubiña: Yo creo que la presencia de Godard en sus películas es como una ofrenda. Es lo que dice Jean-Louis Leutrat: Godard entrega su propio cuerpo al cine en el mismo sentido en que se dice que alguien “entrega su cuerpo a la ciencia” para que se diseccione. Porque su personaje es loco, o tonto, un minusválido, o un bufón, un descentrado. Y el personaje de Moretti es también siempre un descentrado, que no entiende los debates políticos, que ha quedado afuera. Godard también es alguien que se ha quedado afuera. De todos modos, hay diferencias. Godard tiende a orquestar todo lo que entra en el film bajo su órbita. El movimiento de Moretti es el inverso, el de diluirse. De todas formas, yo no diría que Moretti es un heredero de Godard. Es, como probablemente muchos otros, alguien que lo presupone porque viene, literalmente, después.

Alan Pauls: Obviamente en Moretti no hay procedimientos formales godardianos, como hay por ejemplo en Hal Hartley. En Moretti no hay procedimientos formales, a menos que uno considere que el arte conceptual es una batería de procedimientos formales. Porque Moretti es también un cineasta de la no forma y uno no está preparado para ver cine de la no forma.

Raúl Beceyro: Tengo la impresión de que, en esta conversación, Moretti va a quedar como el cineasta del siglo XXI.

Rafael Filippelli: No sé qué podría ser un cine, o un arte, de la no forma. Yo sigo preocupado con algo que tiene que ver con la forma. Me sigue preocupando el plano cinematográfico frente, u opuesto, a la imagen. El plano es el deseo del cine, la forma en que se recorta el panóptico.

Alan Pauls: Hay planos en todos los cineastas que mencionamos acá.

David Oubiña: La noción de plano presupone una preeminencia del concepto de puesta en escena. Y, para tomar a Godard por ejemplo, en sus últimas películas no trabaja tanto sobre la idea de puesta en escena sino sobre la postproducción. Las películas de la serie *Historias del cine* están hechas completamente al margen de la idea de rodaje. Me pregunto, entonces, qué quiere decir un plano en ese tipo de películas. El sentido no está privilegiadamente determinado por el recorte que supone el plano, la puesta de cámara en un rodaje, sino que está producido por muchas otras variables, como introducción de sonidos o superposiciones que se realizan en la postproducción y no en la puesta en escena. La noción de puesta en escena, en el sentido baziniano, me parece que no funciona en las últimas películas de Godard, donde la noción de plano comienza a ser problemática.

Alan Pauls: Para mí un plano, ahora, es un límite interno más allá del cual algo pasa a ser otra cosa. El plano es un límite interno y la imagen es el no

límite. Habría que repensar la noción de plano para que dé cuenta a la vez de un plano de rodaje y de un plano de postproducción.

Rafael Filippelli: Un campo (un plano) tiene como presupuesto la prolongación imaginaria de aquello que está en ese campo. Todo el cine se basó en eso.

David Oubiña: De nuevo: esa noción está muy ligada a la operación de encuadre. En las últimas películas de Godard, más que la idea de un recorte está la de una construcción. ¿Cómo se modifica la noción de plano en los últimos videos y la últimas películas de Godard?

Rafael Filippelli: No hace sino trabajar el plano. Cuando en *Dos o tres cosas que sé de ella...*

David Oubiña: Dije las últimas películas de Godard.

Rafael Filippelli: No se modificó mucho el encuadre de *Dos o tres cosas que sé de ella*, si se lo compara con los encuadres *For ever Mozart*. En *Deux fois cinquante ans*, los encuadres de Piccoli son los mismos. Es el mismo sistema.

Alan Pauls: Hablamos del plano porque nos permite seguir hablando de qué cosa.

Rafael Filippelli: Nos permite seguir hablando del cine.

Alan Pauls: En algún punto, o se habla de Godard o se habla del futuro del cine. Algo debe haber en el medio.

Rafael Filippelli: Hablemos de Tarkovsky.

Alan Pauls: Tarkovsky no está entre Godard y el futuro del cine. No es el eslabón con el futuro.

Rafael Filippelli: No hay una escena en Godard que plantee la indecibilidad como la escena de la televisión en *El sacrificio*. Esa indecibilidad no me parece anterior a Godard.

David Oubiña: Lo genial de Tarkovsky es que trabaja en el sentido contrario a lo que debería trabajar todo el cine. Es el pasado del cine. Logra llevar el cine tres siglos antes. Tarkovsky ha hecho lo posible por llevar el celuloide a una materia que sea parecida al mármol. Mientras que Godard hoy está pensando el celuloide en términos de electrónica.

Rafael Filippelli: El plano secuencia de la bicicleta, en *El sacrificio*, es de una modernidad radical. Hay una masa de tiempo y una masa de espacio contadas sin cortes e incorporando el azar. Como sucede en el plano secuencia donde se toca Mozart en *Weekend* y en el plano secuencia final de *El pasajero* de Antonioni. Tarkovsky no trabaja menos con el azar que Godard o Antonioni.

Alan Pauls: Es tan artesanal...

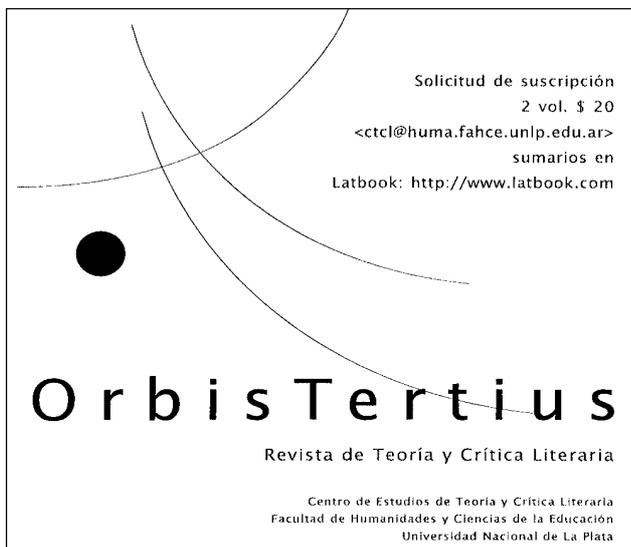
David Oubiña: Esa escena es un homenaje a *Día de fiesta* de Tati, que fue el gran moderno melancólico, que a su modo también clausuraba algo.

Alan Pauls: Godard es el único que puede llevar el cine en una dirección que ni siquiera puede llevar el nombre de cine. Tarkovsky, jamás. El hubiera hecho películas cada vez más pictóricas, más religiosas, más sublimes. En cambio Godard no retrocede incluso ante la idea de estar haciendo algo que no es cine.

Rafael Filippelli: No se me ocurre el ejemplo. No conozco ninguna película de Godard que no sea cine de la manera más brutal.

David Oubiña: Godard trabaja en formato de cine, y al mismo tiempo trabaja en video, en cortometraje. Atraviesa todos los formatos y siempre es Godard. Por eso tiene una relación con el futuro, pero no una relación de resistencia, sino de visión. Y no es el único. Nombramos también otros cineastas esta noche.

Este diálogo tuvo lugar en la Redacción de *Punto de Vista* (registrado por Santiago Palavecino y editado por Beatriz Sarlo). La versión que se publica fue revisada por los participantes.



Solicitud de suscripción
2 vol. \$ 20
<ctcl@huma.fahce.unlp.edu.ar>
sumarios en
Latbook: <http://www.latbook.com>

Orbis Tertius
Revista de Teoría y Crítica Literaria

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata



NUEVA SOCIEDAD

Director: Heidulf Schmidt
Jefe de Redacción: S. Chejfec
Página digital: www.nuevasoc.org.ve

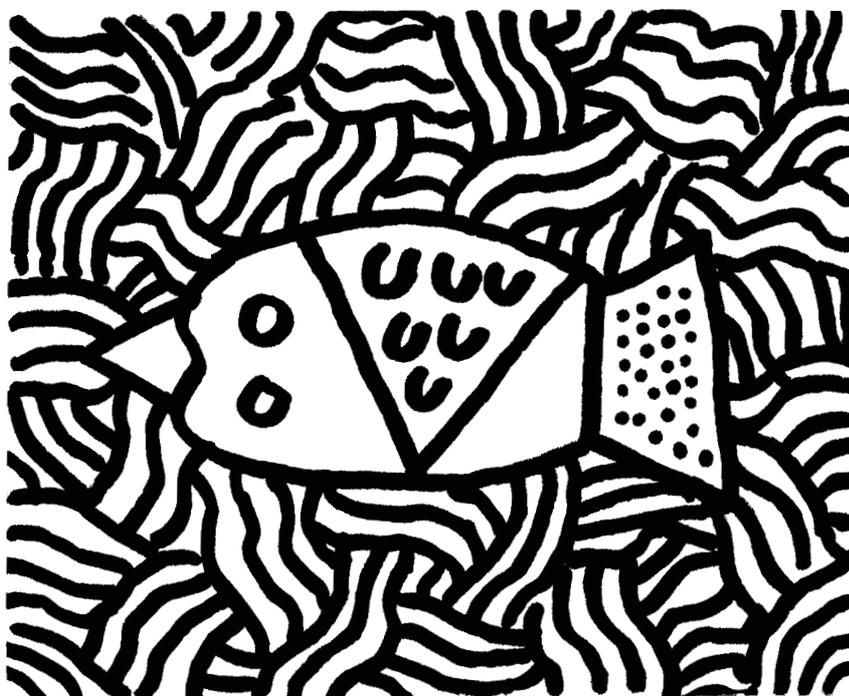
SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 50	US\$ 85
Resto del mundo	US\$ 80	US\$ 145

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61.712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs.: 267.31.89/265.99.75/265.53.21/266.16.48/265.18.49, Fax: 267.33.97; Correo E.: <nuso@nuevasoc.org.ve> <megonzal@nuevasoc.org.ve>

Rodolfo Walsh, más allá de la literatura

Gonzalo Aguilar

10



1

El 2 de noviembre de 1969, el dirigente sindical Raimundo Ongaro le dijo a Rodolfo Walsh después de leer uno de sus escritos: “No entiendo nada: ¿escribe para los burgueses?”. El comentario, que podría haber sido una opinión ocasional de alguien que para Walsh tenía autoridad en el campo político, comienza a cobrar, desde entonces, proporciones exorbitantes. Es un momento clave en la trayectoria de Walsh porque, hacia esa época, no sólo estaba revisando su propia literatura sino también su proyecto de vida. Y las palabras de Ongaro parecen ha-

ber puesto en términos muy claros y simplistas un problema fundamental para los escritores de ese entonces: ¿para quién se escribe? Por lo menos hasta 1972, Walsh comienza a vivir una situación dilemática entre su oficio de escritor y las perspectivas de la militancia política, que la solución de compromiso del periodismo no termina de resolver. En septiembre de 1968, escribe: “No encuentro la manera de conciliar mi trabajo político con mi trabajo de artista, y no quiero renunciar a ninguno de los dos”. Y, a fines del mismo año: “Hay que romper la disociación que en todos nosotros están produciendo las ideas revolucio-

narias, el desgarramiento, la perplejidad entre la acción y el pensamiento, etc.”.¹ En noviembre de 1969 vuelve sobre la frase de Ongaro: “Creo que estoy comprendiendo por qué me resulta tan fácil ‘abandonar la literatura’. En el fondo no es ningún sacrificio. Lo que lamento es no poder continuar la farsa. Raimundo tiene razón: escribir para burgueses. ¿Podrá existir una literatura clandestina?”. Finalmente, en mayo de 1972, Walsh hace un análisis más negativo del lugar de la literatura, lo que está posibilitado por su abandono circunstancial: “Trabajo literario —escribe—. La sola palabra me produce una cierta revulsión”.

¿Qué es lo que hizo que el comentario expresado por un dirigente sindical combativo comenzara a orientar las reflexiones de Rodolfo Walsh, quien, para ese entonces, ya tenía una obra considerable? ¿Cuáles fueron las condiciones culturales y personales que llevaron a Walsh, desde entonces, a ver toda su literatura anterior, salvo los libros de testimonio, como una literatura escrita para burgueses? ¿Cuá-

1. Las citas están tomadas del libro de Rodolfo Walsh, *Ese hombre y otros papeles personales*, Buenos Aires, Seix Barral, 1996, editado por Daniel Link (cuando no menciono las fechas, que permiten una rápida localización de los textos, coloco entre paréntesis el número de página). En el prólogo, Link cuenta que estos papeles fueron “rescatados milagrosamente de la Escuela de Mecánica de la Armada” y que “habían sido robados por el grupo de tareas que ‘allanó’ su domicilio, en San Vicente, el 25 de marzo de 1977” (es decir, un día después de su asesinato y desaparición de su cuerpo).

les son las razones para que Walsh, en esos años, entre 1970 y 1975, se fuera deshaciendo de su figura de “escritor” y adoptara, alternativamente, las de “militante” y “periodista”?

Frente a estos interrogantes, ni siquiera la tarea periodística o el uso de los géneros considerados “menores” satisfacía su ansiedad por politizar la literatura en términos extremos y por convertirla en un complemento de su militancia. Y esto no sólo debido a los condicionamientos laborales sino a razones más radicales: “La redacción de un editorial, de una nota, —escribe Walsh— es a tal punto una repetición de la experiencia, que ningún temor —tampoco ningún temblor— la recorre” (p. 167). El proyecto narrativo de Walsh incluía, por supuesto, la esmerada edición en libro de los testimonios periodísticos valiosos, pero el deseo dominante era escribir una novela (había firmado un contrato con una editorial que nunca pudo cumplir) o un relato de largo aliento, una obra perdurable que superara —como escribe en otro pasaje— “el carácter al fin y al cabo transitorio, coyuntural, de la producción periodística” (p. 206). Sus pruritos de escritor lo llevaban a mirar con cierto recelo el hecho de convertirse exclusivamente en un periodista, por más interés y eficacia que mostrara en el oficio. Era la escritura literaria (que excedía a la del periodismo, aunque sin dejarla afuera) la que debía recibir una nueva vida en el pasaje a la militancia revolucionaria.²

Entre 1969 y 1977 son pocos los textos literarios terminados por Walsh. “Un oscuro día de justicia”, publicado en 1973, es en realidad de 1967. Además de los relatos a los que Walsh dedicó parte del último año de su vida (y que no pudo finalizar por razones obvias), en el libro *Ese hombre y otros papeles personales* se publican por primera vez varios de los textos rescatados de ese periodo (esbozos, anotaciones, proyectos) y se reconstruye un cuento bastante avanzado, aunque inconcluso, que el editor titula “Ese hombre” y que reelabora ficcionalmente el encuentro de Walsh con Perón en Madrid. Una biografía de Walsh, “proyecto que —como dice Daniel Link— se impone cada día más como

una necesidad histórica”, debería tratar de reconstruir esta etapa que, a partir de 1970, tiene como objetivo abandonar la institución literaria para, desde la clandestinidad, construir una literatura antiburguesa. Arrastrado por la militancia, esta literatura nunca tuvo lugar.³

2

Los tres libros de Walsh que pertenecen al género testimonial (*Operación masacre*, *El caso Satanowsky* y *¿Quién mató a Rosendo?*) tienen, entre sí, diferencias fundamentales. Como en cualquier ejemplo clásico del género, su denominador común es la denuncia que exige equilibrar la utilización de técnicas narrativas con objetivos inmediatos, la elaboración compleja de los materiales con la claridad expositiva. *Operación masacre* (1957) coloca esta denuncia bajo la invocación de la justicia, siendo uno de sus modelos, además de la crónica periodística y la narración policial, el alegato jurídico (algo semejante sucede con *El caso Satanowsky*, escrito en 1958, pero editado en libro en 1973).

Después de diez años y ya como director del periódico de la CGT de los Argentinos, Walsh retornaba al género testimonial y publicaba en libro *¿Quién mató a Rosendo?* A diferencia de *Operación masacre*, este libro no imaginaba una instancia judicial como resolución de los conflictos sino que se proponía como “instrumento” en la lucha popular. Las condiciones habían cambiado: el testimonio se había erigido en un género alternativo a la tradición letrada por su recuperación de las voces no recogidas por los libros —a partir de 1969, y por iniciativa de Ángel Rama, se instituye como categoría en el premio otorgado por Casa de las Américas— y, además, como escribe el mismo Walsh, “la política lo había inundado todo”. Lo que se discutía en esos años, y lo que Walsh encarnaba como escritor desgarrado o perplejo, era el viejo debate sobre el poder político del entretenimiento o la distracción estéticas. Si los nuevos tiempos exigían que todo fuese politizado, el entretenimien-

to no podía aparecer menos que como alienación o divertimento. Politizar significaba, en ese contexto, funcionalizar e instrumentalizar, y esto es lo que planteaba con fuerza *¿Quién mató a Rosendo?* Frente al testimonio militante, la *ficción* —en los razonamientos de Walsh— era sólo una distracción, además de ser un obstáculo para la función política, y pasaba a convertirse en uno de los rasgos distintivos de la literatura burguesa.⁴

Desde entonces, el escritor comienza a plantear la necesidad de abandonar la ficción si lo que se pretende es hacer una literatura política. De todos modos, las mismas razones por las cuales había que atacar la ficción podían reaparecer en el testimonio: las limitaciones que planteaba *¿Quién mató a Rosendo?*, y de las que *Opera-*

11

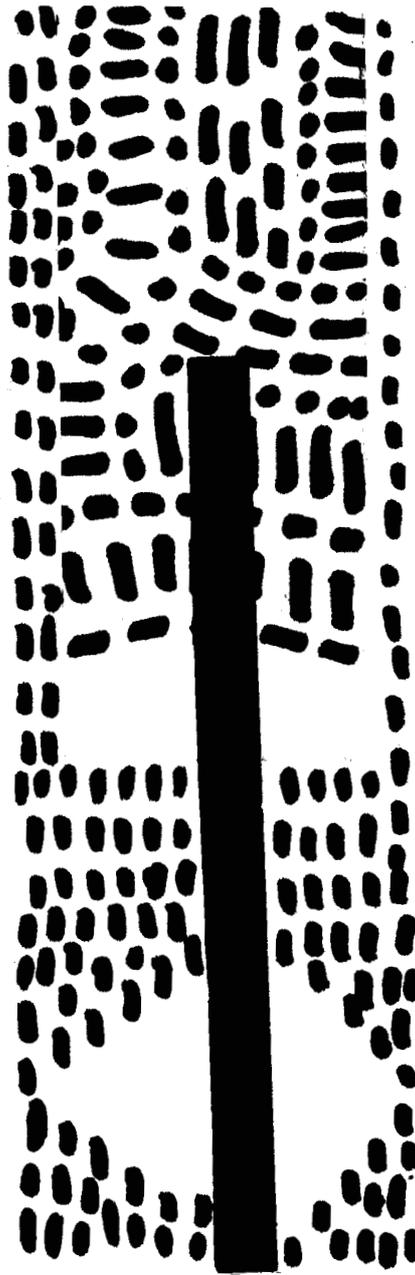
2. En los últimos años, varios libros periodísticos semi-testimoniales de éxito se adjudican una continuidad con la obra testimonial de Walsh y llegan en algunos casos, como en *El presidente que no fue*, a convertirlo en personaje. Sin embargo, no es difícil percibir el desplazamiento que se hace —en relación con los textos de Walsh— hacia la política como intriga palaciega (los chimentos privados reemplazando a la escena pública). En este último giro, estos libros utilizan los procedimientos de la ficción sin ningún tipo de mediación y hacen pasar diálogos inventados como reales, usan el indirecto libre, ponen en bastardillas las suposiciones y, creyendo que se presenta el contexto, utilizan la enumeración para dar el clima de época (como si *Sgt. Pepper* de los Beatles y la muerte del Che Guevara fueran signos de lo mismo por haber ocurrido en fechas cercanas).

3. El trabajo de pedagogía periodística que Walsh hacía en las villas, y que se recopilaba en el *Semanario Villero*, nunca pudo ser recuperado. De todos modos, cuando regresa la democracia en 1972, Walsh no publica ninguno de los textos producidos en esos años sino textos anteriores a 1969.

4. La afirmación puede parecer algo desmesurada pero recorre todas las anotaciones de Walsh de esos años. En la entrevista con Piglia, que fue realizada en 1970, dice con bastantes dudas: “Habría que ver hasta qué punto el cuento, la ficción y la novela no son de por sí el arte literario correspondiente a una determinada clase social en un determinado período de desarrollo y en ese sentido y solamente en ese sentido es probable que el arte de ficción esté alcanzando su esplendoroso final, esplendoroso como todos los finales, en el sentido probable de que un nuevo tipo de sociedad y nuevas formas de producción, exijan un nuevo tipo de arte más documental, mucho más atenido a lo que es mostrable”. En su diario, Walsh afirma que la ficción “no tiene filo verdadero”, “no acusa ni desenmascara” (p. 187).

ción massacre carecía, estaban justamente en las restricciones que imponía su finalidad política. Si el texto se concebía a sí mismo como instrumento de lucha, debía entonces minimizar o eliminar los elementos que entorpecieran el cumplimiento de sus objetivos inmediatos. Walsh lo planteó de este modo a partir de la reacción de los familiares de un personaje de *Rosendo*: “Si yo persigo ciertos fines políticos inmediatos, tengo que dar una verdad recortada, no puedo *ofender* a mis amigos que son mis personajes” (p. 188, subrayado mío). Pero la incapacidad de *ofender* se había transformado, en este proceso, en el motivo principal por el cual abandonar la ficción: “La denuncia traducida al arte de la novela —sostiene en la entrevista de Ricardo Piglia— se vuelve *inofensiva*, no molesta para nada, es decir se sacraliza como arte” (p. 219, subrayado mío). Mientras la ficción distrae y supone una esfera desvinculada de la acción directa, la ofensa testimonial evidencia la posición de los sujetos y sus conflictos, así como la perspectiva —política, no artística— de resolverlos. Por un lado, entonces, están los aliados, a quienes no se debe ofender, y por otro están los ‘enemigos’, que también determinan, con su reacción, el valor de la obra. La ofensa queda así pendiente de las necesidades tácticas (una de las palabras más usadas en el vocabulario militante de la época) y de una serie de lealtades que regulan tanto lo dicho en el texto como sus omisiones.

Pero plantear la cuestión estética desde la necesidad de instrumentalizar su eficacia, conduce al escritor, por un lado, a desconocer los efectos inmediatos de la distracción estética y, por otro, a anular la especificidad de las posiciones, como si al letrado sólo le quedara la tarea de ser un mediador (cosa que, en realidad, ni siquiera se aplica a *¿Quién mató a Rosendo?*). Como veremos, Rodolfo Walsh tuvo que pasar por el fracaso de la militancia política y experimentar la imposibilidad de hacer lo que denominaba una “literatura revolucionaria” para volver a reconocer el carácter dinámico que podían tener las posiciones que le ofrecía la tradición letrada.



3

Sin embargo las cosas no eran tan simples y aquí el voluntarismo de Walsh tropezaba con sus propias cavilaciones y dudas. En 1973, decidió publicar el cuento “Un oscuro día de justicia” precedido por la entrevista de Ricardo Piglia titulada “Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política”. En una contradicción flagrante que no siempre ha sido puesta de relieve, Walsh sostiene que para hacer política hay que abandonar la ficción en un libro que consta de un cuento de la saga de los irlandeses.

Además de la recuperación de la firma de escritor, Walsh termina recurriendo —en este libro— a un tipo de producción muy alejada de su propuesta de hacer una “literatura clandestina”. Sin embargo, en la entrevista-prólogo el autor se preocupa por politizar la trama de “Un oscuro día de justicia” a partir del hecho de que el cuento fue escrito en los mismos días de la muerte del “Che” Guevara en Bolivia, lo que alienta la comparación entre éste y la figura mesiánica de Malcolm como una de sus posibles lecturas. Lo cierto es que hacia esa fecha Walsh no tenía textos literarios terminados y que uno de los relatos a los que había dedicado más esfuerzos, y al que intentó dar forma entre 1968 y 1972, nunca pudo ser finalizado: es el cuento que en la edición de Seix Barral se titula “Ese hombre”. Ya cuando en 1970 Germán Rozenmacher le comenta que, con Somigliana, Cossa y Talesnik, están escribiendo una obra teatral colectiva sobre el peronismo, Walsh menciona este cuento y señala, en sus papeles personales, los desafíos que presentaba:

Él, Germán, escribió una parte en que un comisario peronista le dice a un militante peronista antes de torturarlo: “Vos sos peronista, yo también soy peronista. Vos tenés una carta de Perón, yo tengo otra carta de Perón. Vas a morir por zonzo”, y le da a la picana.

Mi presencia tal vez intranquiliza a Germán. Hago lo posible para tranquilizarlo. Le digo que yo también tengo un cuento empezado, que se llama “El Hombre”, donde digo cosas como éstas. *Pero que no me decido a terminarlo, publicarlo.* Entonces se anima:

— Estas cosas hay que empezar a decir las —dictamina.⁵

El cuento, que ficcionaliza la entrevista que Walsh tuviera con Perón, si bien tiene semejanzas formales con “Esa mujer”, plantea una situación absolutamente distinta. Mientras “Esa mujer” es la escenificación de un antagonismo y de un posible intercambio (unos “papeles” por el “cadáver”),

5. *Ese hombre...*, op.cit., p.155, subrayado mío. En la edición, tan minuciosamente anotada por Daniel Link, no se dice si se trata de “Ese hombre” aunque la fecha, 4 de febrero de 1970, confirma esta suposición.

en “Ese hombre” no solo el antagonismo nunca se llega a explicitar sino que el intercambio es asimétrico e imposible. El narrador es seducido por “el Viejo” y, en ningún momento, puede ponerse en una situación de transacción. “Esas cosas” de las que habla Walsh en el diario jamás se dicen en este cuento, y su voluntad es arrasada por la *lealtad*, la auténtica clave política de esos años. Lo que muestra este cuento inconcluso es que, en política, cada vez que hay discrepancia, la lealtad debe transformarse en obediencia para poder subsistir. En este hueco que el relato testimonial no puede llenar (Walsh no puede *ofender* al líder real, mezcla de sabio y de padre), se constituye la ficción de “Un oscuro día de justicia” en el que el ejemplo del “Che”, en la interpretación, puede ser reemplazado por el de Perón, que en esos días retornaba al país.⁶

La lealtad que, en términos de escritura, paraliza a “Ese hombre”, convertida en alegoría ficcional recibe nuevas potencialidades. La ficción no sirve, en “Un oscuro día de justicia”, como ofensa, pero sí como instrumento para reflexionar sobre ella: con la alegoría, en tanto “lenguaje formal de la subjetividad negociada”,⁷ se revelan las potencialidades de la ficción como factor político y se configura la desobediencia (la interpretación que discrepa) como posibilidad de la lectura. Así, en este cuento, Collins se decide a redactar una carta —género en el que Walsh depositará la síntesis político-literaria de sus últimos días— cuando la intimidad ya no es posible, cuando la ofensa constituye a los personajes como sujetos, cuando la conciencia del terror exige el intercambio entre pares (“la conducta y la locura del celador Gielty eran ya una *ofensa* para todos”). En este caso, la ficción viene a decir, no de un modo ofensivo pero sí perceptible, los riesgos de construir una imaginación política y literaria en la que todas las fichas se juegan a esa categoría tan limitada de la lealtad.

4

Un lugar común se viene repitiendo alrededor de la obra de Walsh: su “li-

teratura íntima —como dice José Emilio Pacheco en el prólogo a la *Obra literaria completa*— no es menos social ni menos política que *Operación masacre*”. Sin embargo, la inmediatez del testimonio y el documento no pueden ponerse en un mismo plano que la ficción sin disolver sus especificidades: la “literatura íntima” de Walsh supone que cualquier detalle puede ser leído desde una perspectiva política



(como en una de las interpretaciones de “Un oscuro día de justicia”) pero en ningún momento sostiene, como sí lo hace *¿Quién mató a Rosendo?*, que hay que politizarlo todo. La diferencia es importante porque, en el primer caso, acepta que el carácter crítico o de resistencia de ciertas dimensiones de la vida cotidiana no depende de su operatividad práctica o, si se quiere, de su capacidad de ofensa inmediata. Es decir, una negatividad de lo político en términos instrumentales que abre el espacio, para la literatura, de una experimentación formal con la ambigüedad y la indeterminación, zonas que, en los libros de testimonio, aparecen como resistencias a ser eliminadas. La “literatura íntima” de los cuentos es menos política sin por eso ser menos crítica y mantiene una dimensión del entretenimiento muy elaborada que no depende de la eficacia de los efectos.

El mismo Walsh aceptó esta división, aunque en términos tan maniqueos que convertían las contradicciones dinámicas de los letrados en aporías irresolubles: según su clasificación, mientras los libros de cuentos pertenecían a la “literatura burguesa”, los libros testimoniales pertenecían, “tal vez”, a la “literatura revolucionaria”. No es difícil reconocer en la postura de Walsh un componente populista que se define, básicamente, en la idea de que el escritor debe ir deshaciéndose de sus características burguesas para integrarse al campo del pueblo, como si el pueblo fuera el lugar en el que la liberación ya está asegurada. La tradición de este “pasarse al

6. Ver las palabras de Walsh en la interpretación que hace del cuento en la entrevista con Piglia: “Muy aplicable a situaciones muy concretas nuestras: concretamente el peronismo [...] Concepto totalmente místico, es decir, el mito, la persona, el héroe haciendo la revolución en vez de ser el conjunto del pueblo cuya mejor expresión es sin duda el héroe, *en este caso el Che Guevara*, pero que ningún tipo aislado por grande que sea puede hacer absolutamente nada [...] *no es un tipo venido de afuera* porque no hay ninguna connotación peyorativa para el tipo que viene de afuera, que se pelea, se juega y es un héroe [...] pero aprenden que se tienen que combinar entre ellos” (p. 215).

7. Michael Steinberg: “The Musical Absolute” en *New German Critique*, núm. 56, verano 1992, p. 35.

pueblo” es muy lejana, pero en los años 60 estuvo alentada —entre otras cosas— por los escritos del “Che” Guevara quien, en un influyente discurso de 1959, sostuvo: “Y a los señores profesores, mis colegas, tengo que decirles algo parecido: hay que pintarse de negro, de mulato, de obrero y de campesino; hay que bajar al pueblo, hay que vibrar con el pueblo, es decir, las necesidades todas de Cuba entera”. Años después, Régis Debray, también un hombre del círculo guevarista, se dirigía a los intelectuales (en quienes encontraría mucho eco) sintetizando su posición en estos términos: “Sin fusil, pésima pluma, sin pluma, pésimo fusil” (las palabras eran arcaicas pero la consigna actualísima).⁸ Hubo, además, otro hombre muy próximo al “Che”, el periodista Jorge Ricardo Masetti, que ejerció una gran influencia sobre Walsh. Amigo personal y compañero del importante emprendimiento periodístico de Prensa Latina a principios de los sesenta, en marzo de 1969 Walsh escribió el prólogo a su libro *Los que luchan y los que lloran*. Iniciador, en el norte argentino, de una guerrilla mal calculada (su pronunciamiento coincidió con el inicio del gobierno de Illia), Masetti adquiere, a los ojos de Walsh, la estatura de un héroe: el hombre que se decide a dejarlo todo y que es capaz de “vivir sus ideas hasta el sacrificio”. Lo que fascina a Walsh es el abandono del individualismo, como marca más clara de la arrogancia burguesa, y la

inmersión en un anonimato que sólo sabe de acciones y no de acumulaciones.

El pasaje hacia esas posiciones populistas y antiintelectuales difícilmente podía convivir con la resistencia de Walsh a sacrificar su literatura. En su interpretación, esta resistencia no constituía el reconocimiento de que su estilo o sus cualidades de escritor podían ser centrales en la lucha política, sino el rasgo distintivo, como escribe en su diario, de “una estructura mental que seguía siendo burguesa” (p.93). Con este fácil expediente de denominar “burgués” todo aquello que no fuera abandono del vano nombre del escritor o del individualismo, Walsh sólo iba a poder oponerle a una “literatura burguesa” un proyecto que, por más violencia que ejerciera sobre su propio pasado, sólo podía disolverse en la acción política.

Meses antes de su asesinato, Walsh intentó un repliegue que es descripto así por quien era entonces su pareja, Lilia Ferreyra: “Se trataba para él de alejarse del ‘territorio cercado’, Buenos Aires, de recuperar su identidad y con ello toda su trayectoria personal, de hacerla valer como arma. Durante años, como miembro de la organización montoneros había sido un militante más. ‘Vuelvo a ser Rodolfo Walsh’, decía ahora [...] Escribía constantemente”.⁹ Además de continuar su extraordinaria tarea como periodista en la clandestinidad, comienza en ese entonces, sintomáticamente, a escribir

sus memorias y las cartas, géneros en los que la intimidad y la firma son valores clave. Y encuentra en la *Carta a la junta militar* (firmada con su nombre y en la que se define en tanto escritor), como le sucediera al pequeño Collins, un instrumento para la resistencia, pero ya no en nombre de una lealtad a una instancia superior sino como modo de romper el cerco del terror mediante la alianza entre iguales. El repliegue hacia su nombre es, en cierta manera, la recuperación del capital adquirido durante su trayectoria como escritor, de la figura del intelectual que conquistó, con su palabra, cierta autoridad y, fundamentalmente, de algo que parecía haber olvidado en los años anteriores: la fuerza que pueden tener los mitos literarios en disponibilidad cuando un escritor quiere dar testimonio en tiempos difíciles.

8. La frase, que es otra variante más de los innumerables arranques antiintelectualistas que Debray venía modulando al menos desde *¿Revolución en la revolución?* (La Habana, Casa de las Américas, 1967), está tomada de la “Carta a sus amigos” que el francés escribió durante el proceso de Camiri (ver *Ensayos sobre América Latina*, México, Era, 1969, p. 268).

9. “Rigor e inteligencia en la vida de Rodolfo Walsh” de Lilia Ferreyra, incluido en *Rodolfo Walsh, vivo*, Buenos Aires, La Flor, 1994, pp. 198, 200.

HISPAMERICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifa de Suscripción

Bibliotecas e Instituciones U\$S 21
Suscripciones individuales U\$S 30
Patrocinadores U\$S 30
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)

REVISTA IBEROAMERICANA

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Suscripción anual:

Socios del IILI: U\$S 55.00
Individual para estudiantes: U\$S 30.00
Individual para profesores jubilados: U\$S 30.00
Socios protectores: U\$S 80.00
Instituciones suscriptoras: U\$S 70.00
Instituciones protectoras: U\$S 80.00

Países latinoamericanos:

Individual: U\$S 30.00
Instituciones: U\$S 35.00

Directora: Mabel Moraña

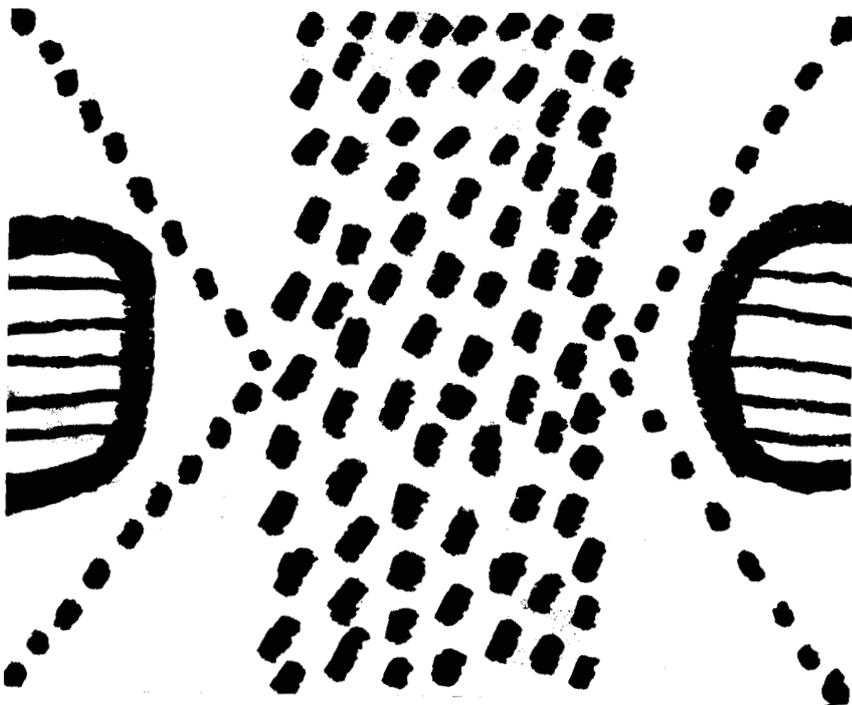
Secretario-Tesorero: Bobby J. Chamberlain

1312 CL, Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh PA 15260 USA

Modos (recientes) del imaginario de la descomposición en el Brasil

Siete imágenes vistas y dos anti-imágenes revistas

Teixeira Coelho



Hay un aspecto del imaginario joven, del imaginario en formación en el Brasil de hoy que definitivamente asusta, tanto en sí mismo como por lo que puede generar en un futuro próximo. Me refiero a las pesadillas que asaltan a niños de cuatro, seis, después adolescentes de trece, quince, y ahora jóvenes de dieciocho, diecinueve años, y que se traducen esencialmente en una situación en la que un ladrón, un asaltante, quiere entrar a sus casas o está en sus cuartos o los persigue por las calles. Es una pesadilla recurrente, que ni yo ni mi generación conocimos, al menos no con esa intensidad y esa frecuencia. Nuestras noches se

vieron espantadas por otras pesadillas, quizá tanto o más densas. Pero diferentes. La particularidad de ésta es que no se refiere al universo de las imágenes más o menos inevitables, como las pesadillas que remiten a un imaginario colectivo arquetípico o al imaginario individual, singular, con sus trazos específicos derivados de un estado físico personal o familiar. Esta nueva pesadilla remite, al contrario, al universo de las imágenes histórica o socialmente determinadas (algo en cierta medida novedoso en un país sin guerras como éste), que están lejos de revelarse como inevitables o necesarias. En principio, sería posible pensar

que estas imágenes pertenecen al universo no de la totalidad del conjunto social brasileño (para no usar, a propósito, el término “sociedad”), sino al universo de uno de sus segmentos, el de una clase media que puede sentir recelo por el arrebato de sus bienes porque todavía los tiene. Sin embargo, no es nada improbable (pienso en los favelados que aplauden a la policía cuando se enfrenta con los narcotraficantes) que se trate de una imagen compartida, en alguna medida, por otras clases. Lo que me interesa saber —lo que me preocupa— es qué tipo de imaginario puede ayudar a construir esta imagen recurrente en las pesadillas y qué papel desempeñará ese imaginario en la organización individual y en la estructuración de las relaciones sociales. Porque es el imaginario el que da un efecto de discurso y de inserción en el mundo. Es el imaginario, en suma, el que dirige; no hay que vacilar en esta afirmación ni en la identificación de sus consecuencias. Mi primera imagen del imaginario de la descomposición en el Brasil contemporáneo es por consiguiente la del miedo interiorizado.

Registro ahora otra imagen que imprime su propia *fisicalidad* sobre el imaginario individual colectivo y que es compartida por el amplio grupo de personas que viven en esto que hace ya mucho tiempo dejó de ser una ciudad, San Pablo. No es la imagen inmaterial construida oscuramente en la caverna personal de cada uno, a lo largo de la

noche; es una imagen bien *hard*, que se ofrece a los ojos en vigilia durante el día —los ojos del paseante en una ciudad como San Pablo están siempre vigilantes, tanto si ese paseante es un peatón como si se desplaza en auto (las personas no *permanecen* más, en esta ciudad, no *paran*, no se detienen: se desplazan siempre para no ser nunca sorprendidas en sus lugares, lo que significa en rigor que ya no tienen lugares, que no hay más lugar). La imagen que se ofrece continuamente a los ojos vigilantes, y que los ojos vigilantes no pueden dejar de ver, tiene la forma de un cartel adhesivo amarillo y negro que los autos exhiben en sus vidrios, que anuncia a todos y a nadie (a nadie porque ese imaginario no encuentra interlocutor) que la persona que está adentro “ya fue asaltada”. Son millares de imágenes que se imponen a los ojos de los paseantes, en los otros autos o fuera de ellos. ¿Qué es exactamente lo que pide o implora quien ostenta ese mensaje? ¿Que la autoridad pública tome providencias? ¿Que el asaltante que está a la espera en ese cruce o esquina, condolido, asalte a otro transeúnte? ¿O lo que se está diciendo es que yo ya fui asaltado, tú ya fuiste asaltado, nosotros ya fuimos asaltados, ustedes serán asaltados y que, por lo tanto, la impunidad es total y todos están subliminalmente convidados a practicar un asalto? En otras palabras, ¿qué es de hecho más eficaz: revelar la condición de asaltado (a veces, *fingir* que ya se fue asaltado) u ocultarla? En esas situaciones extremas, como en una pesadilla, la lógica de la comunicación (del soñador consigo mismo y con los otros, así como la comunicación del asaltado consigo mismo, con el asaltante y con los otros asaltados, que a esta altura ya somos todos) es extravagante, casi esotérica. No se sabe exactamente qué se está comunicando. Es un signo suelto en el aire, un modo básico de expresión más que una forma definida de comunicación. Sólo un historiador del sentido, en un futuro a mediano o largo plazo, podrá retornar a este momento del fin de siglo y proponer una interpretación aceptable. Llamaría a esta segunda imagen, por lo tanto, la imagen de la

desesperación colectiva sin destinatario.

La tercera imagen que colecciono es otra imagen física, visible a simple vista, otra imagen de agresión como la anterior: la imagen de los graffitti en edificios y casas de San Pablo. Las pintadas se extienden a lo largo de kilómetros. En esas inscripciones débilmente crípticas hay un sentido primario, estúpido, que intenta transmitir a una patota que otra patota ya pasó por allí, así como los cachorros que pasean por una manzana orinan en los postes, los árboles y las tapias para decirles a los otros cachorros que ellos pasaron por allí primero. Sin embargo, no hace falta ser un perito en semiología para entender que esas pintadas quieren transmitir un significado final más amplio que es el de una enorme agresión contra la ciudad, contra todo y todos en la ciudad —una agresión victoriosa ya que a ella asisten todos únicamente en la posición de espectadores. Es posible debatir detenidamente y con agudeza acerca de los motivos de esa agresión. Es posible decir, en el extremo menos sofisticado del espectro, que se trata de una respuesta a la agresión física y simbólica que la ciudad impone a todos, especialmente a los más desposeídos, y, en el extremo más especioso, sugerir que, en una sociedad donde el valor está en el *aparecer* (en el diario o en la televisión, aunque sea en la tribuna de una cancha o entre el público de un programa degradante), ese es el modo que algunos encuentran para hacerse ver *secretamente*, es decir, ocultando neuróticamente su identidad en el mismo acto de afirmarla, por miedo a la policía (por otra parte inexistente); incluso se puede decir que, en la llamada sociedad de la información, en la que los mensajes se cruzan y se atropellan por todas partes, *comunicación* es lo que menos existe; por lo tanto, se busca la *expresión* pura y simple, dónde y cómo sea, en la forma de la pintada. La imagen de conjunto generada por la acumulación de *graffitti* es la de una ciudad en guerra: los trazos gruesos de esos *graffitti* son como agujeros abiertos en las paredes de las casas por morteros de gran calibre, tra-

zos que distorsionan, que ocultan la forma original de las edificaciones y las borran, literalmente, del mapa. Las pintadas borran todo. Sólo no borran, aparentemente, una única cosa: los carteles publicitarios. Anduve en auto durante dos días, a fin del año pasado, en busca de un cartel pintado. Fue en vano. Alguno debería estar pintado, pero comienzo a sospechar que no. En esos dos días, en el cuadrilátero formado por los tercero, cuarto y quinto nuevos centros de la ciudad, en ese cuadrilátero de oro como lo llamo, ningún cartel pintado. Explicaciones para el fenómeno: 1) las empresas de carteles publicitarios mantienen una estricta vigilancia sobre sus instrumentos de trabajo: tarea difícil; 2) esas empresas pagan un tributo preventivo a las patotas para que no ataquen sus instrumentos de trabajo: no es inviable; 3) una hipótesis que me seduce más: las patotas no pintan sus propios sueños, sus propios imaginarios, aquellos materializados en la exuberancia de mujeres lindas, hombres sin ropas y sus bellos autos rodeados de bienes de consumo deseables: esta lectura puede parecer arcaicamente marxista, y en ese caso quizá valga la pena rescatar una sugestión implícita en ella, la de una pervertida y tampoco nueva lucha de clases en la que se atacan las posesiones de la “otra” clase pero no la *representación* de esas posesiones. La tercera imagen que rescato es, de este modo, la de la resignación colectiva frente a la violencia simbólica.

Todavía cabe una cuarta imagen en este texto limitado. Como la anterior, tampoco es fruto de una elucubración teórica: es bien física, está dotada de una materialidad completamente visible y aparece también en los vidrios de los autos de la ciudad de San Pablo, donde condensa otro sentimiento difuso. Esta imagen es una frase que dice esencialmente, con pequeñas variaciones: *Siento vergüenza de los concejales de San Pablo*. Mi cuarta imagen es por tanto la de la vergüenza: la *vergüenza* cívica, para usar un término que aún conserva para nosotros, brasileños, un sentido muy sospechoso y desagradable, dada la proximidad temporal con la reciente



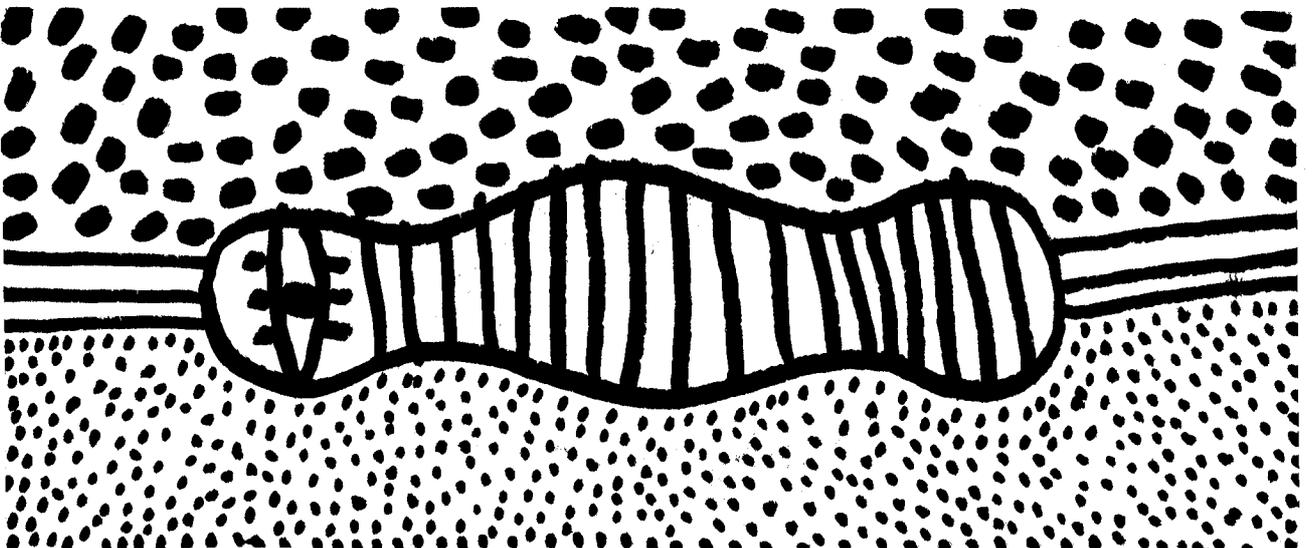
dictadura, o, para recurrir a otro término tomado en su dimensión etimológica primera, la vergüenza política. Se trata de una vergüenza frente a la política entendida como la actividad de la representación legal obligatoria de los muchos por uno solo —pero me interesa tomarla en su sentido de vergüenza frente a una polis administrada y representada de ese modo. El punto de partida de esta vergüenza es la esfera municipal, pero todos sabemos que la misma vergüenza se amplía hasta abarcar las diversas esferas de la actividad política reglamentada por las leyes, incluida la federal —en un sentimiento que la prensa escrita y televisiva extiende, refuerza y desdobra al infinito... o hasta el hartazgo. Esta imagen significa que las personas no percibimos la existencia de una entidad política abarcadora, que atra-

viese la vida colectiva y la dirija hacia la consecución de aquello que constituyó a lo largo de los tiempos el objetivo básico del hombre y la sociedad, la búsqueda de la felicidad, palabra que hoy suena como blasfemia, inmoralidad o estupidez monumental. Combinada con las anteriores, esta imagen dice que no se percibe ninguna idea de ciudadanía que una a los gobernantes y a los gobernados ni, y esto es importante, a estos entre sí (¿a quién le estoy diciendo que “ya fui asaltado”?), que una aquello que en San Pablo se llamaban *barrios*, y que hoy son apenas *zonas* —ese es el nombre—, en torno de la idea de una *ciudad*. La cuarta imagen es entonces la de la vergüenza política.

A estas cuatro imágenes —una de carácter personal, recónditamente subje-

tivo, y las otras tres de una objetividad alarmantemente visible— puedo sumar otras tres que ayudan a constituir el cuadro que me interesa. Tienen que ver con la televisión, dimensión de importancia fundamental en la elaboración de un imaginario colectivo.

La primera de este segundo y particular grupo se refiere al modo de producción del sentido que la televisión, en sus programas y en sus publicidades, tiende a privilegiar. Me interesa destacar dos modos de producción del sentido. En uno, el modo metafórico, un signo sustituye al referente inicial y es enseguida sustituido por otro que a su vez sale de la escena en favor de un tercero, y así de seguido, al infinito, en una cadena vertical de creación de nuevos significados. Por el modo metonímico, los símbolos *ya generados metafóricamente* no son sustitui-



dos unos por otros, sino que son dispuestos unos al lado de los otros en un juego combinatorio en el que sólo varía la posición relativa de los signos. Esos dos modos operan o deberían operar en conjunto. Separarlos es fragmentar la significación, fracturando al sujeto e instalando en él lo que se llama adecuadamente alienación porque, entre otras cosas, el modo metafórico es el modo del comportamiento, de la praxis, productor del efecto de mundo, mientras que el modo metonímico es el modo del discurso, del hablar sobre el hacer, del efecto de discurso. En rigor, uno no es más importante que el otro: si el sujeto se construye en la práctica por el modo metafórico, por el metonímico reconoce a los otros y se hace reconocer por medio del discurso sobre la práctica. Uno es nada sin el otro: lo que se puede decir es que una configuración es más metafórica que metonímica y otra, más metonímica que metafórica. No cabe duda, sin embargo, de que la gran creación es metafórica, y de que el juego metonímico actúa, de manera predominante, como la vulgarización de las propuestas metafóricas (a no ser cuando está en manos de los grandes creadores). En la TV brasileña, no obstante, prevalece el universo metonímico de los efectos de discurso: no se crean símbolos, sino que se los extrae de sus lugares de origen y se los combina en órdenes más o menos variados —pero sobre todo menos que más, y alejados de su lugar original de un modo tal que su sentido se ve corroído o invertido. En esa condición, los signos señalan lo inmediato (función básica de la metonimia) e impiden la abstracción, la generalización, la expansión de la reflexión. La metáfora es siempre una alusión —pero la TV brasileña detesta la alusión porque en ella los significados se amplían y escapan al control.

Uno de los casos más llamativos de esa operación metonímica ocurrió hace aproximadamente dos años en la forma de un comercial de detergente elaborado por una de las marcas más conocidas del país, que desde hace tiempo utiliza a un mismo actor que logró establecer con el público una fuerte relación de empatía. En este co-

mercial, el actor aparece como el Che Guevara, con el uniforme, la barba rala y la boina inconfundibles y se vale de expresiones mundialmente conocidas del intelectual guerrillero, como “Hay que ser duro pero sin perder la ternura jamás” —cita empleada para significar que hay que ser duro con los gérmenes de la suciedad pero sin perder de vista que es necesario garantizar la suavidad de las manos de la mujer que usa el detergente (porque siempre es la mujer la que usa el detergente en la pileta de lavar, nunca el hombre). Y allí estaba entonces el Che Guevara en la televisión, 30 años después, grotescamente vendiendo detergente (el actor tiene gestos afeminados, y cumple con los peores pronósticos sobre lo que haría la televisión con la cultura; en la mayoría de los espectadores provoca expresiones del tipo: “qué gracioso que es, qué simpático, qué idea interesante”). Interrogado acerca de los motivos que lo llevaron a utilizar la figura del Che Guevara, el publicista —uno de los más poderosos del Brasil— dijo que lo había hecho porque el Che es ahora un *pop-icon* internacional y, en ese sentido, materia prima de la publicidad. No le molestó, así como no le molestó a la mayoría de las personas, insensibilizadas, la impropiedad de esa *apropiación* y *mistificación* cultural de una parte de la historia latinoamericana por la publicidad, impropiedad clarísima para quien se detenga en un aspecto básico del derecho y la ética. En efecto, la figura del Che Guevara no debería ser usada en un comercial de televisión porque el Che fue o un criminal o un mártir o simplemente un ser masacrado en sus derechos más fundamentales. Para muchos, el Che fue un criminal —y si fue un criminal, su figura no puede ser usada para vender detergente. Para otros, el Che fue un mártir del proyecto de liberación de América Latina —y en ese caso, su figura y su memoria no pueden ser usadas para vender detergente bajo los rasgos de un actor que atribuye a todo un carácter risible y tonto. En tercer lugar, como mínimo, el Che Guevara fue una persona aprisionada fuera de las normas legales, asesinada a sangre fría en una ejecución privada

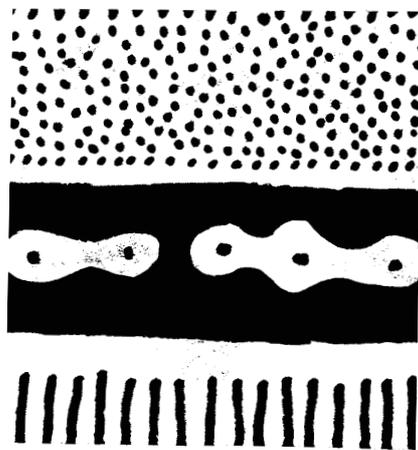
y cuyo cadáver, al que se le negó sepultura conocida, fue profanado con la amputación de las manos para impedir su reconocimiento. Nada de esto, sin embargo, parece haber aflorado en la conciencia del publicista, si es que la tiene, ni en la memoria histórica de columnistas periodísticos e intelectuales, para no hablar del resto de la población. De hecho, en este caso, todo el sentido histórico pareció perdido y, junto con él, la capacidad de distinguir entre valores, de modo que un criminal o un mártir o una persona vilipendiada y un detergente se tornan una misma cosa *graciosa*. Este caso configura una situación radical del imaginario de la descomposición, aunque su principio no resulta extraño: constituye incluso la base de la operación publicitaria y del discurso televisivo, del cual es núcleo generador. Los productores de imágenes para la TV perciben que la metáfora no les conviene porque escapa al control de quien la crea. Las metáforas son peligrosas, dice el narrador de Milan Kundera en *La insostenible levedad del ser*. No se debe jugar con las metáforas, dice. Una simple metáfora puede llevar al amor... y eso es exactamente lo que no se quiere. La quinta imagen puede ser así descrita como la de la hegemonía de la recombinación descontextualizada del sentido o imagen de la metonimia falaz.

La segunda imagen de este segundo grupo se refiere a la presencia en la televisión del mismo caso de desmaterialización de interlocutores detectado, en una modalidad diferente, en el episodio del adhesivo “ya fui asaltado”. Es interesante indagar sobre aquel o aquella a quien le habla la TV brasileña hoy y, en especial, indagar sobre *quién* le habla al espectador hoy en la TV brasileña. Es sabido que la TV brasileña le habla a un sujeto cualquiera en una situación cualquiera, esto es, en ninguna situación. Me interesa más destacar que así como el espectador ve una escena en la pantalla pero está fuera de ella, del mismo modo está fuera de escena la voz de la TV que habla al espectador en *off* en los comerciales y en los comentarios de las noticias. Las TV tienen una cara,

la de sus presentadores o “anclas”; esas caras son, no obstante, rigurosamente descartables porque no tienen vida propia, leen textos preparados y no lo hacen o no pueden, por determinación, atribuir parte de su propia vida a esos textos. Así, por encima de esas caras, predomina, en el tiempo, una voz etérea, desmaterializada, la misma voz que en los comerciales, por ejemplo, quiere convencer, orientar, ordenar.

La desmaterialización *de los que hablan* por la TV llegó a su punto culminante en una campaña electoral, en el inicio de la década del noventa, para gobernador del estado de San Pablo. En esa elección se postulaba un político de derecha ligado a la dictadura militar en los años sesenta y ochenta, que tiene en San Pablo un núcleo duro de electores conservadores que lo mantiene en la superficie desde hace años. Su penetración en ese núcleo no le garantizaba, sin embargo, la elección y el problema era cómo ampliar su electorado. Un pequeño problema: la simple visión de su figura de hombre arrogante, autoritario, exaltado, provocaba, como hoy todavía provoca, un fuerte rechazo en el conjunto más amplio de los electores. Y eso era reconocido por su propio equipo de marketing. La salida fue ocultar al candidato detrás de la mediación de la TV. Él no aparecería en el programa político: en su lugar se vería la figura de una mujer simpática, ni joven ni vieja, vestida con buen gusto y sin excesos, que anunciaría sonriendo las buenas cualidades del candidato, visible apenas de pasada, de vez en cuando, mudo, durante fracciones de segundo. En resumen, el candidato sería mostrado lo menos posible, otros aparecerían en su lugar, otros hablarían por él. La TV sustituiría al candidato. El candidato sería la imagen de la TV. El recurso no funcionó completamente y el candidato fue derrotado. El episodio puede ser leído como un indicador del poder en definitiva relativo que tiene la TV. Pero no puede dejar de ser visto como la exacerbación del principio de la desmaterialización de los sujetos en la TV. En este caso específico, el recurso no funcionó. Y, sin embargo, ese es el mismo principio que rige todo el resto de la prác-

tica televisiva. No siempre fue así y tampoco es así todo el tiempo. Aun durante la dictadura militar, las personas hablaban en la TV con mensajes propios que, por coincidencia o por fabricación, eran los mismos que los del estamento en el poder. Hoy, sin embargo, prevalece en la TV abierta, que todavía tiene la mayor audiencia, la dilución del interlocutor en los portavoces, las voces en *off*, las caras sin rostro. ¿Quién habla conmigo por la TV? ¿A quién le digo finalmente que ya fui asaltado? Esta imagen es, por consiguiente, la de la desmaterialización de los sujetos públicos.



La tercera imagen de este segundo grupo se refiere al modo habitual de juego adoptado por la televisión brasileña. El juego es una poderosa manifestación del imaginario que organiza el mundo y el discurso. Entre las diferentes manifestaciones del juego —el juego de imitación, el juego de competición o antagonismo y el juego de azar, por ejemplo—, la TV brasileña privilegia el juego competitivo, el juego agonístico, el juego a menudo violento o simbólicamente violento que implica la victoria de uno y la derrota (la muerte) del otro. Es la constante: en los espectáculos deportivos, sin duda, pero también en los programas “infantiles”, en la programación de las tardes de domingo, en los debates políticos en vísperas de elecciones (cuando hay debates), en las mesas redondas y en las noticias. La vida es un conflicto y un azar, hay que resignarse al enfrentamiento y al poder, a la suerte del más fuerte o del elegido,

que surge disfrazado por las leyes del destino. En verdad, el nombre de este juego es, en gran medida, resignación —la misma del “ya fui asaltado”, la misma de la vergüenza ante los concejales, incluso la misma que se siente frente a los graffiti, la misma que transforma a todos en espectadores de lo que pasa al lado o encima de ellos. Es la representación del universo brasileño como algo marcado por el juego agonístico del conflicto.

Estas son algunas de las imágenes, creo que centrales, de aquello que desde hace un tiempo describo como imaginario de la descomposición —imaginario que caracteriza un largo momento de la cultura brasileña y en el que el actual sería el más fuerte pero no el único. Hace trece años hice por primera vez una referencia pública a ese imaginario.¹ Desde entonces hasta ahora, he coleccionado indicios de su elaboración, reelaboración, confirmación o invalidación —y lo que he encontrado son señales de que ese imaginario no se reelabora sino que acentúa su rasgo central y lo desarrolla. La descomposición se multiplica: la descomposición de la vida urbana, secuestrada en el espacio cerrado de los shopping centers; la descomposición de los interlocutores; la descomposición de los juegos de imitación, emulación y cooperación por los juegos de antagonismo; la descomposición de la metáfora en la metonimia; la descomposición del ente político organizador del cual puede derivar la ciudadanía —y por consiguiente la descomposición de la misma ciudadanía.

En estos trece años, entonces, las señales no disminuyeron. Por el contrario. Pero lo que no digo más, si es que algún día lo dije, es que el imaginario de la descomposición marca a la cultura brasileña como un todo. Ese imaginario marca, en verdad, a la *cultura pública brasileña*, otro modo de decir que lo que está siendo destruido en este país, al menos desde la dictadura militar de 1964, es la esfera pública de las relaciones de las personas

1. *Moderno pós moderno*, San Pablo, Iluminuras, 2ª ed.

entre sí y entre éstas y quienes las administran. Con la descomposición de la esfera pública desaparece el espacio público —y en su lugar se abre un abismo que estamos lejos de atravesar. Un indicio de esa fractura gigantesca existente en la cultura política brasileña es la reciente huelga en la Universidad de San Pablo. El discurso de las entidades huelguistas continúa asumiendo un modelo de representación forjado durante la dictadura militar, que puede ser resumido en la descripción de un mundo constituido por dos entes, el *nosotros* y el *ellos*, que no convergen en un punto común; se colocan en los extremos de un enorme abismo social y son fruto de la suma de las siete imágenes señaladas. Este discurso podría ser incluso una representación constitutiva del imaginario central brasileño tal como se manifiesta en todas o en la mayoría de las etapas culturales de este país: de un lado, *nosotros*, del otro, *ellos* —y *nosotros* no tenemos nada que ver con *ellos*. En todo caso, fue por cierto el discurso que asumimos, con razón, durante la dictadura militar y lo continúa siendo ahora, travestido en la forma de un discurso fragmentado y fragmentador con la coherencia de una neurosis; el discurso predominante en una universidad que, sin embargo, mucho más quizá que la mayoría o que cualquier otro ente público brasileño, está formada sólo por nosotros —primera persona del plural, claro—, además de estar también constituida por eslabones que se tuercen y se retuercen sobre sí mismos de modo inextricable, por cierto... Nosotros y ellos. ¡Pero ellos somos nosotros! Somos nosotros los que los colocamos allá, es decir, los que colocamos a los dirigentes allá donde se encuentran, somos nosotros los que, en la universidad, limitamos la competencia y la eficacia de esos dirigentes al punto de la inercia y del conformismo, somos nosotros los que no asumimos lo que les demandamos a ellos... y sin embargo continuamos con el discurso del nosotros y del ellos, un discurso enormemente acomodaticio y autoexcluyente que confirma la tendencia hacia una continua posición de espectadores. Cito este ejemplo, soy consciente

de que sumamente polémico, para resaltar un indicio del abismo cultural derivado de la descomposición sistemática y continua de la esfera pública en el Brasil. En otras palabras, la cultura privada del brasileño, del brasileño que se pone de manifiesto en la música popular de un compositor en particular, interpretada por un cantor o un músico en particular y oída por una persona en particular o por el conjunto de particulares que constituyen un auditorio de música popular, o la cultura privada del brasileño que se dispone a dar una información a un extranjero en la calle y mostrarle así la cordialidad que, proverbialmente, nos constituye, esa cultura privada todavía no desapareció. Ese mismo individuo particular o privado, no obstante, cuando está situado en una situación pública, como un estadio de fútbol, en la fila del ómnibus o conduciendo un auto particular (y este es un ejemplo evidente de cómo, en esa condición, una persona, en la vertiente más pacífica, ignora completamente que existe otro mundo a su alrededor y atrás de sí y se coloca en el medio de la calle por donde deben pasar dos autos en paralelo o estacionados donde no debe, y, en la vertiente más violenta, tira su auto sobre aquel que osa atravesar legalmente la franja peatonal) es un caso vivo de la descomposición del espacio público, de la esfera pública, de la vida pública y, por lo tanto, de la cultura política del país, esa cultura que permite la vida en conjunto, sólo posible cuando la mayoría (no es necesario que sean todos) mira, la mayor parte del tiempo (no es necesario que sea todo el tiempo), ciertas cosas comunes (no es necesario que sea una misma cosa).

Si bien no es posible hablar de una descomposición cultural integral, es perfectamente pertinente mencionar un *pesimismo cultural público*² que desemboca en la descomposición de procesos como el que sustenta el orgullo nacional, que es para las naciones lo que la autoestima es para las personas: una condición necesaria para el propio desarrollo, según la fórmula de Richard Rorty.³ Es verdad que en la vida de los países (para evitar otro tér-

mino complicado: naciones) los momentos y los sentimientos de orgullo se mezclan con los de vergüenza. Hasta aquí, no hay problema. El problema surge cuando los momentos y sentimientos de vergüenza prevalecen sobre los de orgullo, como parece ser el caso brasileño hoy. La ausencia de orgullo por la dimensión pública de la vida colectiva, sumada al abismo entre lo público y lo privado (traducido en una fórmula que me parece muy clara y apropiada: en el Brasil, lo que es mío, es mío; lo que es público, también es mío —lo que significa incluso por extensión que lo que es del otro también es mío—), están entre las causas ciertas de la violencia que se transforma en una pesadilla en estado de vigilia. Violencia que, así entendida, no podrá jamás ser encuadrada y resuelta por el marco económico. El paradigma económico de explicación de la dinámica social ya no da cuenta de la realidad brasileña del fin de siglo, y este punto me parece fundamental. Si un ladrón que actúa en el tráfico congestionado del Vale do Anhangabaú en San Pablo factura mil dólares por mes, de acuerdo con una investigación realizada por un diario, es evidente que la economía del Brasil no tendrá ninguna posibilidad, ni siquiera al fin de las décadas iniciales del siglo XXI, de eliminar el problema porque no hay manera de garantizar mil dólares por mes a quien carece de toda instrucción. Si el escenario esbozado aquí y en otros lugares es correcto, los esfuerzos para revertir el proceso de descomposición deberán manifestarse sobre todo en una base cultural. Sólo una acción cultural concertada puede accionar la marcha atrás en ese proceso.

La apuesta por la acción cultural, y por la acción cultural republicana, me parece incluso inevitable en el Brasil. Otros países, como Irán —y muy

2. La investigación sobre cultura política y orientación de valores de los estudiantes de la USP, realizada por el Observatorio de Políticas Culturales en 1998, confirma ese punto: optimismo del joven respecto de su capacidad personal para enfrentar el mundo, pesimismo ante lo colectivo.

3. *Achieving our country*, Harvard University Press, 1997.

probablemente también los Estados Unidos—, encuentran o encontraron en la religión el instrumento de construcción de esa esfera pública sostenida en la fusión entre el nosotros y el ellos, así como vieron en ella el catalizador del orgullo nacional y de la minimización de la fractura entre lo público y lo privado. El recurso a la ideología y al mito fue también en el pasado igualmente eficaz para esos objetivos; pero tanto la una como el otro están evidentemente en declinación. Resta la acción cultural republicana.

¿Qué hacer concretamente? Puede sonar anticuado traer este tema a la superficie en este momento histórico. Pero antes de descartarlo del todo sería conveniente investigar acerca de si no hay una conveniencia táctica y explorarlo: me refiero a la cuestión de la identidad nacional, arduamente trabajada en otros países, como Francia y los Estados Unidos, replanteada en el Brasil a inicios de los años sesenta y dejada de lado por la dictadura militar, que se apropió de ella para darle otro signo. La identidad nacional sufrió también una considerable descomposición durante la segunda mitad del siglo XX en el Brasil. Después de la redemocratización, en los años ochenta, la cuestión de la identidad nacional fue prematuramente dejada de lado por la *intelligentsia* brasileña, tal vez como un gesto de rechazo a lo que la dictadura militar intentó hacer con ella. Superado, finalmente, ese trauma, este sería un tema para explorar, al contrario de lo que la teología de la globalización, si me permiten la expresión, intenta hacer creer. Más aún cuando el Estado no desapareció y no podemos dejar que desaparezca, en la medida en que el Estado es la única y la última entidad capaz de ofrecer motivos de orgullo nacional, como una educación básica prolongada, una salud individual satisfactoria y una jubilación que no sea una ofensa al ser humano. Eso no lo permitirá nunca la globalización.

En la lista de lo que es posible comenzar a hacer (y que es por consiguiente la segunda de estas dos imágenes antevistas de un contra-imaginario de la descomposición) hay al-

go que quiero destacar y que tiene que ver con aquello que nosotros, en la universidad, podemos hacer para contrarrestar el imaginario de la descomposición. Sin duda, es necesario reconocer que no todo, en este país, es tragado por la vorágine del imaginario de la descomposición. Pero no puedo dejar de destacar algunos de los topos donde ese imaginario específico encontró un aliado y de percibir que no sería muy difícil deconstruirlo allí mismo. Me refiero al trabajo de corrosión de un imaginario público, democrático, llevado a cabo por el discurso universitario en su conjunto durante las últimas décadas. Me tocó atravesar el mundo universitario brasileño desde el fatídico año 1964, lo que significa que estoy en la universidad desde hace más tiempo del que sería, acaso, prudente. Cito esto para decir que fueron infinitas las ocasiones que tuve de comprobar cómo todo el discurso universitario, de aquella y de las décadas siguientes, tomó la forma de un discurso de la descomposición que minó las bases de una verdadera cultura política y, en particular, de una cultura que se podría llamar proyectual, por no decir utópica, responsable del lanzamiento de nuevas dimensiones creativas para el individuo y el colectivo. El último momento en que algo de este tipo recorrió las aulas de la universidad fue en 1968 —y no fueron los profesores quienes impulsaron ese imaginario sino los alumnos. De allí en adelante los profesores confundieron pensamiento crítico con pensamiento cínico y pensamiento nihilista. Nada servía, todo estaba equivocado, ningún partido político podía representar un avance real, y cuando había un discurso en apoyo a un determinado partido de la oposición, ese apoyo se manifestaba como una negación del universo social circundante en lugar de asumir la figura de una construcción diferenciada, matizada, de naturaleza convergente o “sociópeta”. Cuanto mucho, la universidad insistió en el suministro de un conocimiento para el poder, dejando de lado el conocimiento para el saber y, lo que es aún más relevante, para el sentir. De modo específico, se insistió en un conocimiento tecnocrá-

tico, incluso en el campo de las humanidades, lo que dio como resultado, como pudimos verificar en una investigación hecha hace dos años en la USP, una inmensa mayoría de estudiantes con un bajo sentido de cultura política y, sobre todo, con un alto sentido de descreimiento en lo que se refiere al imaginario público y, también, con un fuerte descreimiento en el propio papel de la cultura —que, como expresaron, no saben para qué sirve. En un momento en el que la universidad pierde, y tal vez definitivamente, el monopolio del conocimiento científico y tecnológico, y cuando sus diplomas ya no garantizan el ascenso social, hay algo que ella todavía puede hacer: dejando incluso un poco de lado el saber, abrirse para el sentir y, de modo más particular, organizarse en torno de lo que Ernst Bloch llamó, tal vez de un modo algo científicista, el principio esperanza, que podría ser más llanamente expresado sólo por el segundo término: organizarse en torno de la esperanza, de una esperanza laica. Un verso de Fernando Pessoa dice: “Fui educado por la imaginación”. De hecho, todos somos educados por la imaginación y ese es al menos un punto que podemos tener en común con el poeta-filósofo. Por otro lado, el filósofo-poeta Bachelard observaba, ya hace más de cincuenta años, que las imágenes que andaban por ahí le impedían imaginar. Dos registros que sólo en apariencia son antagónicos: las imágenes que están por ahí nos dejan imaginar, sí, e incluso nos educan —pero para un imaginario que positivamente no propone nada, sólo dispone. Si nos podemos dar cuenta de esto en la universidad habremos encontrado no, por cierto, el único pero sí, en todo caso, un fuerte antídoto para el imaginario de la descomposición.

Versión del texto presentado en el seminario “Límites del imaginario”, Universidade Cândido Mendes, Rio de Janeiro, mayo de 2000. Teixeira Coelho es director del Museo de Arte Moderno de la Universidad de San Pablo. La traducción es de Ada Solari.

Exclusión social y acción colectiva en la Argentina de hoy

Emilio Tenti Fanfani

22



Los dominados del 2000

El campo de la exclusión social es un espacio construido alrededor de dos polos. Por una parte están aquellos individuos que se integran a los campos productivos más dinámicos: empresas de servicio y de producción multinacional, intensivas en capital y tecnología, altamente productivas y que distribuyen ingresos altos; por el otro están los que literalmente “se quedan afuera”, es decir, los desempleados crónicos y los “inempleables”. Entre ellos, están los que ni siquiera poseen el capital mínimo requerido para lograr una inserción aunque sea preca-

ria en el sistema de la economía monetaria. En el medio están todos aquellos que tienen una inserción deficiente en el mercado de trabajo, ya sea porque, por falta de estímulos, han desistido de ingresar al mismo o bien tienen una inserción marginal en términos de tiempo, o forman parte del llamado trabajo informal y de baja productividad.

¿Cómo definir la exclusión y encontrar un común denominador en esa masa heterogénea de individuos que sufren las “miserias del mundo”? ¿Qué es lo que define en forma “más pura” la situación de exclusión? Es probable que el núcleo duro de la exclusión sea

(más que la no pertenencia que sugiere el término) la no funcionalidad, es decir, el hecho de no cumplir ninguna función con respecto al todo social, y en especial, respecto de los intereses de los grupos dominantes de la sociedad (los “establecidos”). Robert Castel (1995) califica a los excluidos como supernumerarios, es decir, gente que está demás, “sobran” desde los parámetros funcionales de los poderosos. Podrían no existir y los equilibrios básicos de la sociedad no se alterarían.

Las condiciones de vida de los excluidos, al igual que las de muchos formalmente “incluidos”¹ amenazan la integración social. Hasta llegan a poner en duda la existencia misma de ese referente empírico que se designa con el sustantivo de “sociedad” como espacio social común de un conjunto de individuos en situación de interdependencia subjetiva y objetiva. Más que de “la sociedad argentina” habría que pensar en distintos espacios sociales de vida cuyas relaciones de interdependencia son más objetivas que

1. La inseguridad es una sensación generalizada en el trabajo flexible. No sólo la padecen los despedidos, sino los que se quedan y “sienten el peso de la espada de Damocles a su alrededor”. Un consultor afirma que “los despedidos ocasionan un daño psicológico tanto a los trabajadores como a la propia organización, con efectos muy difíciles de evaluar”. Las consecuencias probables son un debilitamiento de la confianza y la solidaridad exigidas para realizar la tarea y garantizar la productividad de la misma organización productiva, que de este modo se vuelve más flexible, pero menos competitiva.

subjetivas (mediadas por la conciencia colectiva de pertenencia a una totalidad que trasciende a los individuos en cuanto tales). Más aún, desde cierta lógica economicista, pareciera ser que algunos grupos no son “necesarios” (no aportan nada al conjunto) en la medida en que nadie depende de ellos. Esta es quizás la forma más extrema de exclusión, el hecho de que muchos seres humanos, pese a la nacionalidad y la ciudadanía formal y jurídica, se han desprendido del sistema de relaciones de interdependencia que constituye la base del “formar parte de” (la sociedad, el país, la nación, la Patria). De continuar con esta lógica de desarrollo, el tan mentado y realizado achique del Estado será una antesala de un achique de sociedad (achique de provincias, achique de ciudadanía, achique demográfico, etc.).

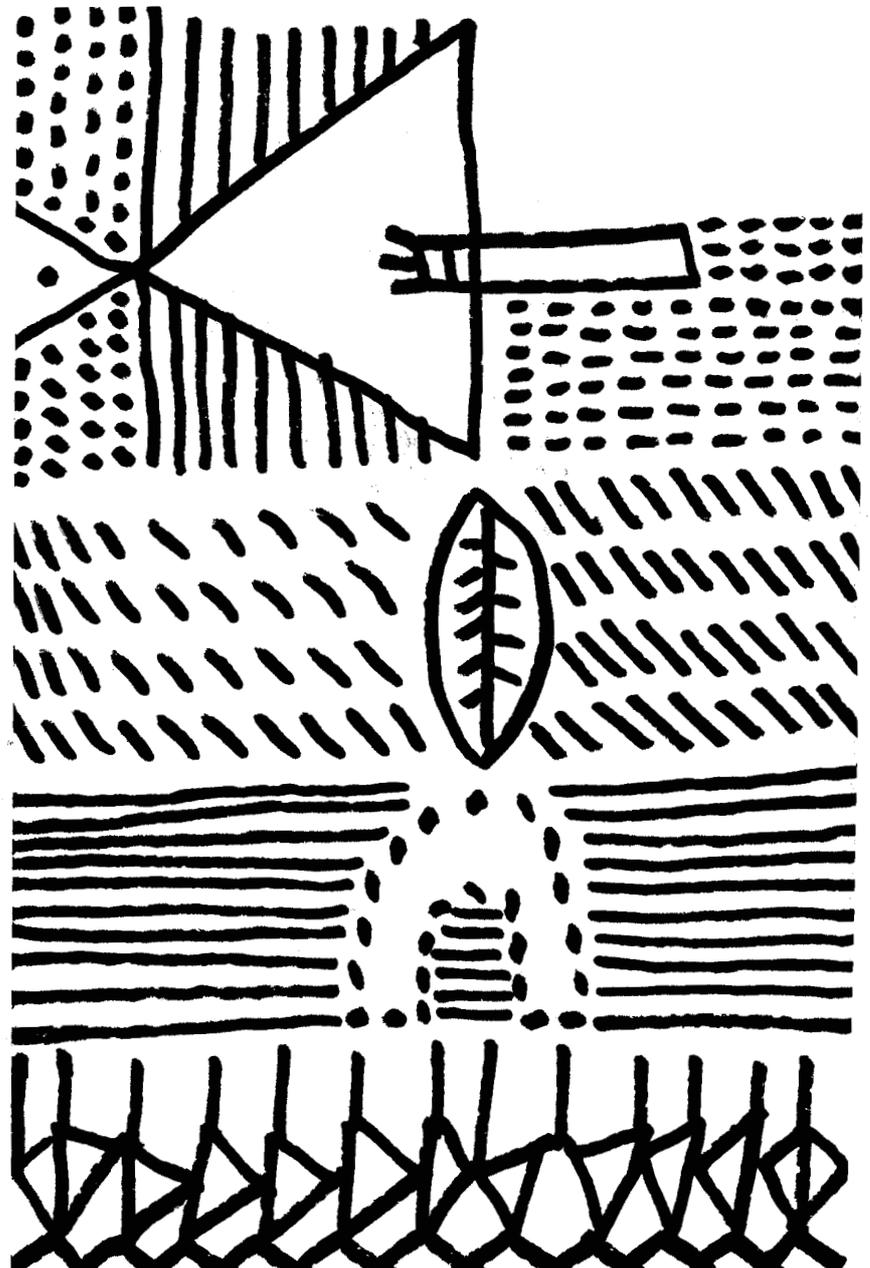
Los perdedores del modelo de desarrollo actual tienen una doble existencia. Existen como objetividad, es decir, como conjunto de individuos, familias y comunidades, víctimas de la exclusión social. Pero también existen como sujetos sociales, dotados de capacidades variables de acción colectiva. La pregunta que se impone es la siguiente: ¿en qué medida esta existencia material/objetiva de los excluidos se corresponde con una presencia en los escenarios donde se construye la “esfera pública” en la Argentina? En otras palabras, ¿cuál es el peso relativo que tienen estos grupos en las relaciones de fuerza que mantienen con otros actores colectivos en el campo de las políticas públicas donde se definen reglas y orientan recursos públicos?

Dominación simbólica

La dimensión material de la exclusión va acompañada por una situación de dominación simbólica. El incluido tiene capacidades que le son negadas a los excluidos. Todos los grupos dominantes tienden a desarrollar un sentimiento de superioridad. Lo contrario sucede en el campo de los dominados. El excluido tiende a ser estigmatizado, despreciado, desvalorizado. Si no se interviene en ese círculo, la dominación material se recicla en domina-

ción simbólica, que a su vez tiende a mantener a los poderosos en sus propias posiciones de dominación. El campo de la inclusión está más integrado, cohesionado, organizado. Este diferencial de identidad e integración es la fuente de un surplus de poder. Mientras los dominantes actúan en forma coordinada en función de sus intereses (los “mercados” tienen la capacidad de “decidir”, “amenazar”, “presionar”, “exigir”, “imponer”), los excluidos, por definición, tienen grandes dificultades que superar para tener una presencia en los escenarios públicos. Los mercados hacen política en forma sistemática y efectiva.

Los excluidos, por ahora, tienen dificultad hasta para resistir y defender posiciones conquistadas. La consecuencia lógica es un deterioro del equilibrio de poder entre los grupos, en desmedro de los excluidos. Los primeros tienden a monopolizar no sólo la riqueza producida, sino también la capacidad de imponer visiones del mundo al conjunto de la sociedad e incluso a los propios “pobres y desheredados”, que tienden a perder hasta la capacidad de ponerse un nombre. Por lo general se trata de amplios grupos “nombrados” desde el campo del poder. Son objeto de construcciones ideológicas e intelectuales generadas



por los dominantes (y sus fracciones intelectuales). Todos los nombres que se emplean (y empleamos aquí) para denotar a los grupos dominados (desempleado, pobre, pobre estructural, nuevo pobre, precario, informal, etc.) son nombres impuestos. Cuando la exclusión es total, se pierde hasta esta capacidad básica que es el fundamento de la propia identidad. Los “pobres” existen, pero como realidad construida por los dominantes. Los “ricos”, en cambio, no existen porque nadie (y menos los dominantes) tiene interés en denominarse así. En demasiadas ocasiones, a los pobres, despojados de todo poder de nombramiento (capaci-

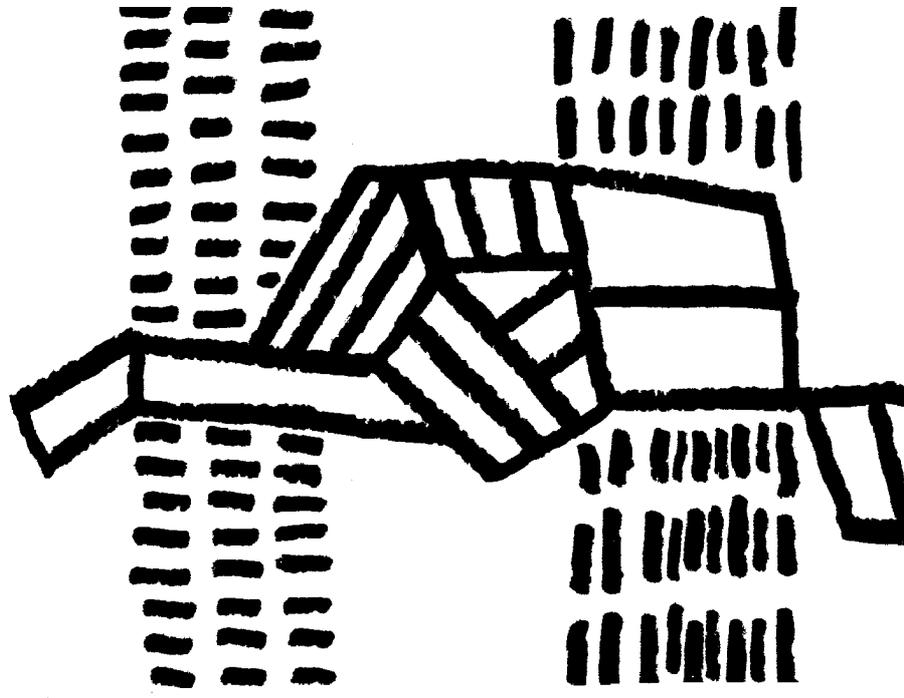
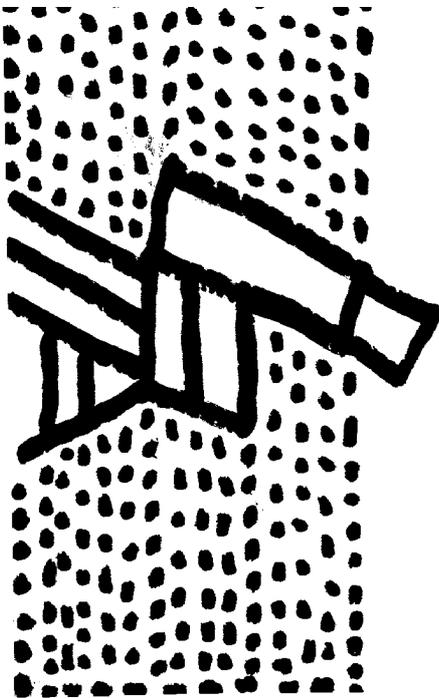
1997, pág. 42). Cuando esto sucede estamos cerca de la deshumanización más completa, esa que está en la base de todas las prácticas y conductas más “salvajes” e inhumanas (violencia indiscriminada, delincuencia, criminalidad, etc.). Lo cual tiende a reforzar los prejuicios iniciales de los grupos del *establishment* y a alentar las políticas represivas más reaccionarias.

Grupos aritméticos y actores sociales

La condición de existencia de las víctimas de la cuestión social contempo-

otra fuente de recursos para satisfacer las necesidades de la vida? ¿Qué capacidad tienen de hacerse oír los más de dos millones de desempleados del país? Todos juntos, ¿son algo más que una cifra? ¿Qué capacidad tienen de negociar salarios y condiciones de trabajo los miles de trabajadores informales, precarios y “en negro”? La única fuerza que se les reconoce es la del voto. Pero es un voto estéril en la medida en que, al no estar en condiciones de participar como actores colectivos en el escenario político, están condenados a elegir entre ofertas políticas que responden a los intereses de otros grupos. De allí la decepción,

24



dad genérica de hacer cosas con palabras), sólo les queda el recurso del insulto, que es más una descarga emocional que un operativo eficaz de nombramiento del adversario. Si no se rompen estos círculos viciosos simbólicos, los excluidos pueden llegar a evaluarse a sí mismos con las normas de los adversarios. La consecuencia es la auto-denigración, la desvalorización, la caída de la autoestima y todos los efectos paralizantes colaterales. Pero lo peor es que, como escribía Elias, tienden a experimentar subjetiva y emocionalmente “su inferioridad de poder como un signo de inferioridad humana” (Elias, N. y Scotson, J.L.

rána es trágica. Ellos tienen una existencia material pero aritmética, es decir, son una suma de sujetos de carne y hueso que viven situaciones de necesidad y desamparo pero con poca capacidad para actuar en forma colectiva. Poseen pocos recursos para acumular fuerzas, para constituirse en una sola fuerza capaz de hacerse sentir y pesar en los escenarios públicos. En efecto, ¿dónde está la voz de esos 400.000 jóvenes que no estudian ni trabajan y viven en Buenos Aires y el Gran Buenos Aires? ¿Cuál es el poder que tienen los miles de hombres y mujeres mayores de 65 años que no tienen ninguna cobertura previsional ni

el malestar, el desinterés, cuando no la lisa y llana agresión contra el mundo de la política. Y de esta manera, el círculo vicioso se cierra una vez más condenando a los excluidos sociales a la exclusión política que los convierte en “seres de otro mundo”.

Los grupos sociales dominantes tienen presencia fuerte en los espacios públicos (los medios de comunicación de masas, la calle, etc.) y en los espacios estatales donde se toman decisiones relevantes para el conjunto de la sociedad. De más está decir que en este sentido, los más ricos tienen ventajas comparativas apreciables. Ellos, que tienen más fuerza en términos

individuales (algunos hombres de negocio tienen la capacidad de hacerse oír personalmente en las más altas esferas del Estado, sin recurrir a mecanismo de representación alguno), también están en mejores condiciones para sumarlas, coordinarlas y multiplicarlas a través de la acción colectiva organizada.

La única acción colectiva que se ajusta al modelo de sociedad del paradigma neoliberal contemporáneo es la acción sumativa de las decisiones y elecciones del mercado económico y político. Desde esta perspectiva la participación es siempre un hecho individual: una compra, una oferta, un voto,



una opinión en una encuesta. “Lo único que existen son los individuos y sus familias” (Margaret Thatcher *dixit*), lo demás es pura abstracción o un invento interesado de sociólogos y “colectivistas”. Claro que en las antípodas de este individualismo extremo está la tentación de personificar y atribuir propiedades típicas de las personas a las entidades colectivas. Esto ocurre con cierta frecuencia cuando se dice que “el Estado quiere”, la “burguesía decidió”, “los mercados temen”, etc., etc. Pese a todo, no deben quedar dudas de que existen ciertos actores que son algo más que suma de individuos. Nadie duda de la existencia del

Estado argentino, la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina, la(s) CGT, ADEBA, la CTERA, o el sindicato de los camioneros, y que estos agentes sociales tienen intereses, recursos, y ejecutan acciones conforme a estrategias más o menos explícitas.

Por una paradoja trágica, justamente aquellos grupos más subordinados de la sociedad, que más necesitan sumar fuerzas para ser tenidos en cuenta, son los que están en peores condiciones de hacerlo ya que también están desposeídos de aquellos bienes culturales y materiales (capacidades expresivas, capacidad de tomar decisiones en grupo, tiempo, recursos financieros) necesarios para construir mecanismos estables y fuertes de representación.

El problema es que a la pobreza social corresponde una pobreza política notable. En esto se diferencian grandemente de los explotados del capitalismo, los obreros. Estos, luego de mucha lucha y esfuerzos sistemáticos fueron capaces de desplegar sistemas de representación organizados y estables que les permitieron modificar el equilibrio de poder que mantenían con los capitalistas y el propio Estado. El sindicato y el partido fueron poderosos instrumentos de construcción de un poder obrero que se tradujo en reglas que tendían a limitar la fuerza de los capitalistas en el momento de la contratación laboral. El trabajo se convirtió en empleo, es decir, en una actividad socialmente regulada que no quedaba enteramente librada a la capacidad de imposición del capital.²

A los efectos de la acción colectiva la condición genérica de “excluidos” encierra demasiada diversidad de posiciones, intereses, trayectorias y subjetividades como para generar perspectivas, visiones y estrategias comunes de acción. En la misma bolsa se encuentran “los pobres desde siempre” (pobres “estructurales”, en la jerga socioestadística), “nuevos pobres” (los desclasados y decadentes de todo tipo: desde el asalariado “despedido” hasta el pequeño empresario arruinado, la “clase media venida a menos”, etc.), los “vulnerables” (poblaciones que ocupan posiciones laborales y sociales extremadamente inestables).

¿Cómo “construir un actor colectivo” a partir de semejante diversidad? La fuerza de los dominantes también se construye con la debilidad de los grupos dominados. El poder es siempre un equilibrio entre fuerzas, el resultado de una relación y no una propiedad o sustancia que se reparte.

La protesta social y sus alcances

Los excluidos no tienen la misma capacidad de acumular fuerza y actuar en forma coordinada, solidaria, organizada y permanente. Esta desventaja, que es preciso analizar y comprender, explica dos hechos fundamentales. El primero es la gran capacidad de “aguante” de los perdedores y excluidos. Las explosiones sociales registradas en épocas recientes son poca cosa en relación con el tamaño de la cuestión social contemporánea en la Argentina. En efecto, pese al dramatismo de los cambios registrados durante la última década, al carácter cada vez más desigual de la distribución de recursos, al debilitamiento de las políticas sociales compensatorias y al deterioro de las condiciones de vida de grandes grupos humanos, la paz social general no se encuentra amenazada.

Sin embargo el empobrecimiento y la exclusión están detrás de las protestas sociales tanto tradicionales (huelgas y manifestaciones callejeras) como de otro tipo relativamente novedoso (puebladas, cortes de ruta, etc.). ¿Cuál es la lógica de estos acontecimientos que se han venido reiterando en la Argentina de los últimos años? Uno de los factores que aparece a primera vista es que los que así se manifiestan, además de una misma situación de necesidad, comparten un espacio territorial determinado. Son los habitantes de pueblos y ciudades (Cutral-có, Tartagal), particularmente afectadas por los procesos de transformación económica y social.

2. Cabe recordar que en casi todo el mundo capitalista se está registrando un brusco cambio en los equilibrios de poder entre la fuerza del capital y la del trabajo, en beneficio de la primera. Una prueba más de que las relaciones sociales son casi siempre reversibles.

En la Argentina actual, la fracción más dominada de las clases dominadas (los desempleados, subempleados, informales, precarios) corre el riesgo de constituirse en una especie de masa de maniobra de la fracción dominante de las clases dominadas: las burocracias sindicales de los asalariados del sector formal de la economía. Estos “representantes” no sólo “dominan” a sus representados, sino que también tienden a instrumentar la fuerza de los más excluidos. En efecto, cuando llevan a cabo sus protestas clásicas (huelgas y manifestaciones de plaza) tienden a asumir (discursivamente, es decir, en los discursos y consignas) la representación de “todos los perdedores del modelo”. Sin embargo, cuando se trata de armar la agenda en la mesa de negociaciones con el gobierno, terminan por privilegiar sus intereses específicos, que muchas veces se restringen a sus intereses burocráticos y ni siquiera toman en cuenta los intereses de sus representados directos (los asalariados del sector formal de la economía). Hasta tanto no resuelvan en forma autónoma los problemas de representación, los excluidos tenderán a ser objeto de una doble exclusión.

Por otra parte, aquellos grupos cuyas condiciones de vida constituyen un obstáculo para el despliegue de acciones colectivas sistemáticas están condenados a “elegir” entre diversas ofertas externas de representación. Todas las fuerzas políticas organizadas (desde las que representan al capital hasta las que expresan los intereses organizados del mundo del trabajo) y todas las fuerzas sociales en general (Iglesias, organizaciones no gubernamentales de diverso tipo, etc.) tienen un interés en “los pobres”, los “interpelan”, les ofrecen sus buenos oficios, se autopostulan como portadores de sus intereses y se ofrecen para hablar en nombre de ellos. Pero siempre se trata de una representación externa, y como tal, inestable. Más allá de las “buenas o malas intenciones” de esta oferta de representación, lo cierto es que la distancia que siempre existe entre representantes y representados, en estos casos, es más significativa y está en el origen de muchos fenómenos

de “malversación de confianza” y “manipulación”, que terminan por minar la creencia de los excluidos en las virtudes propias de la acción colectiva.

Con respecto a las nuevas manifestaciones de la protesta social el corte de ruta en Tartagal es ejemplar. Estas son algunas de las “lecciones aprendidas”:

- a) el origen no es un conflicto en el lugar de trabajo, sino en el espacio territorial de vida: el barrio, la comunidad, la ciudad;
- b) los protagonistas no son “los trabajadores”, sino los trabajadores despedidos, ahora “desempleados” de YPF y otros perdedores del modelo, que se suman a la lucha (maestros, pequeños comerciantes, estudiantes, informales, precarios, ancianos, etc.);
- c) la protesta tiene una organización *ad hoc*, una coordinación en su propio desarrollo y no es un acontecimiento programado y controlado por una institución;
- d) las organizaciones sociales “tradicionales”, sindicatos y partidos políticos, juegan un papel muy secundario a causa de su déficit de legitimidad ante la población;
- e) quienes juegan con más éxito un papel mediador son los representantes de la Iglesia y otros cultos religiosos;
- f) la reivindicación mayor es el trabajo, pero en la mesa de negociaciones lo que se exige son “programas Trabajar”, es decir, políticas sociales;
- g) el “enemigo” o “la contraparte” no es la patronal (el mundo de la empresa), sino el Estado y sus representantes en todos los niveles y poderes (municipio, provincia, Nación, Poder legislativo, etc.);
- h) el movimiento logra cierto carácter unificador en términos de actores sociales. Pese a que tiene protagonistas (los despedidos de YPF), “suma” a actores sociales diversos que tienen intereses, expectativas y tradiciones específicas (los comerciantes, los docentes, los estudiantes, etc.);
- i) pese a la construcción de una especie de “interés general” en la

protesta, los grupos no pierden su identidad. En Tartagal, “en el piquete sur estaban ‘los de abajo’, desocupados, changarines, etc.; más al norte, a unos 300 metros se conformó otro con docentes, comerciantes, etc., localizado al lado de los tanques de almacenamiento de una petrolera” (Aguilar, M.A. y Vázquez, E., 1997);

- j) la protesta se concreta en el corte de ruta y constituye una manera de “hacerse ver”, de romper el aislamiento y el “ninguneo” al que los reduce su situación de exclusión social y territorial (están muy lejos del Centro —Buenos Aires— donde se toman decisiones de política social). Durante el tiempo que dura el corte de ruta, los “excluidos” conquistan una existencia social en el contexto nacional. La prensa y los medios de comunicación contribuyen a esta construcción social. El hecho de constituir un obstáculo real a la libre circulación de personas y mercancías y la presencia en los medios les otorgan un poder temporal que ellos pueden poner y usar en la mesa de negociación. Es probable que los excluidos sólo puedan hacerse oír mediante acciones que de una manera u otra afectan el desarrollo de la vida normal del resto de la población. Cuando lo logran, se vuelven momentáneamente “imprescindibles”;³
- k) la protesta, como hecho extracotidiano y extraordinario rompe la rutina de los excluidos, permite la identificación de los “enemigos” (que muchas veces se materializa

3. Las categorías utilizadas por Charles Tilly para estudiar “cuatro siglos de lucha popular” en Francia (Tilly, 1986, citado por Pérez Ledesma 1994, 64) son útiles para comprender el sentido de las protestas sociales de la Argentina contemporánea. En efecto, Tilly se interesó por las acciones colectivas discontinuas que se manifiestan como enfrentamiento (*contention*). Pero la definición incluye una condición que nos parece definitiva de los movimientos sociales en general y es que en este tipo de enfrentamiento, “la gente no sólo se reúne para actuar a favor de sus intereses, sino que además lo hace de forma que afecta de una manera directa, visible y significativa la realización por otros individuos de sus propios intereses” (Tilly, 1986, 3).

en ciertas cosas o lugares del poder, como dependencias públicas, oficinas de empresas), permite la conformación de un “nosotros” bien real (se ven todos en el mismo lugar, se ven en la televisión como protagonistas de una misma acción), pero cuyo bajo grado de institucionalización lo vuelve muy precario e inestable;

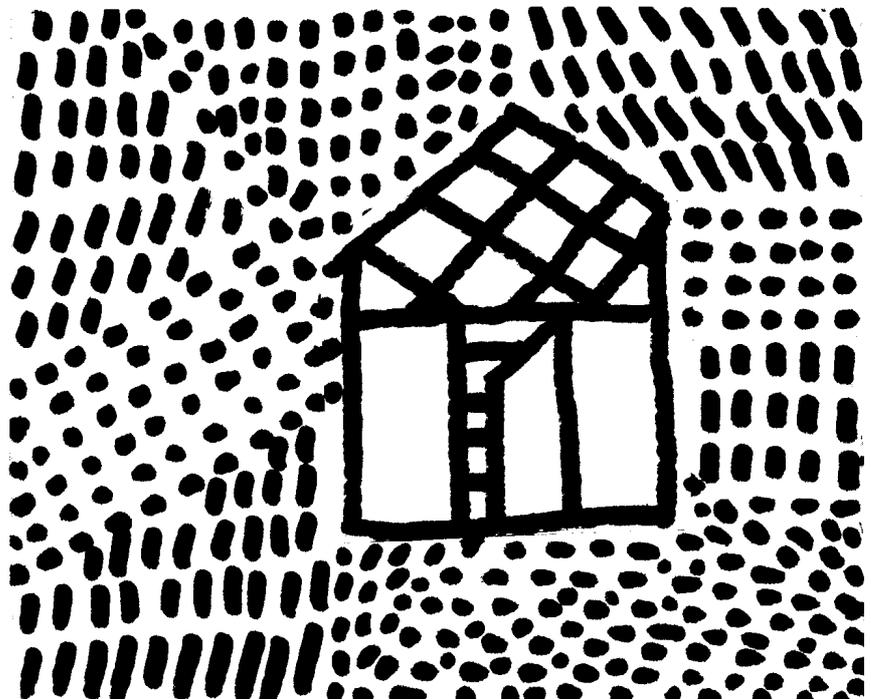
- 1) se trata de una relación de lucha, antagónica pero que no apunta al corazón del problema, como era el caso de las luchas obreras del siglo pasado. Los manifestantes expresan su malestar y su agresividad contra los representantes del Estado, justamente en un momento en que el Estado tiene cada vez menos que ver con los procesos de reproducción económica y social. Los verdaderos enemigos de los excluidos están demasiado lejos o son muy abstractos (el Fondo Monetario Internacional, ni siquiera las transnacionales!!).

Más allá del “efecto de imitación” ampliado por los medios de comunicación modernos (“¿Porqué no hacemos como los de Cutral-Có?”), las protestas relativamente espontáneas y poco previsibles que aparecen en distintos puntos del territorio nacional, no existen mecanismos relativamente estables de coordinación entre las fuerzas que se despliegan en esos diversos escenarios. Hasta tanto la presencia de los excluidos y perdedores de este capitalismo se manifieste en forma intermitente y aislada, no constituye ninguna amenaza para los equilibrios generales del poder a nivel nacional. Es más, si estas manifestaciones llegaran a reiterarse siguiendo esta pauta, tenderían a constituir más un problema represivo que estrictamente político-social. Sin embargo, quién sabe si no existen “hilos de pólvora invisibles” entre esos pequeños incendios localizados que en algún momento (que nadie puede excluir del escenario) enciendan una especie de “hoguera nacional”, con resultados imprevisibles en términos de costos y beneficios políticos, sociales y humanos (Tenti Fanfani, E., 1993).

Construir la unidad en la diversidad

En el capitalismo clásico existían dos grandes protagonistas de la vida social y política: aquellos que representaban los intereses de los no propietarios de los medios de producción (los sindicatos obreros y sus partidos) y los que representaban los intereses de los propietarios (las asociaciones patronales y sus partidos). Este es el esquema ideal típico. La realidad es siempre mucho más compleja que la teoría. Pero lo que es preciso rescatar aquí es que los grupos organizados más fuertes de la sociedad tenían un

viduos puede constituirse en el común denominador de una identidad y de una pertenencia social. Las organizaciones representativas son cada vez más el resultado de un trabajo político, ideológico, cultural y organizativo y no el simple resultado necesario de una situación objetiva determinada. Es más, muchas condiciones objetivas de vida se usan en forma suelta o combinada para construir grupos en el lenguaje común y en las ciencias sociales contemporáneas, como por ejemplo compartir un mismo nivel de ingreso, una misma edad, lugar de residencia, condición ocupacional, género, acceso a determinados servicios, etc. Así



anclaje en la realidad económica y social. El lugar que se ocupaba en las relaciones económicas determinaba, en cierta medida no sólo las clases sociales, sino también la conformación de las organizaciones más representativas de la sociedad. Hoy esta determinación está en crisis. Los partidos ya no son partidos de clase y los dominados y perdedores del modelo ya no tienen una expresión organizada e institucionalizada. En pocas palabras, en las sociedades actuales la conformación de los actores sociales colectivos es más arbitraria que nunca. Cualquier elemento (o conjunto de elementos o propiedades) de la identidad de los indi-

hablamos de “madres solteras por debajo de la línea de pobreza”, “jóvenes entre 15 y 18 años que no trabajan ni estudian”, “personas con más de 75 años jefes de hogar sin beneficio jubilatorio”, “trabajadores en negro”, “asalariados precarios”, etc., que difícilmente construyan mecanismos de representación que les permitan actuar “como un solo hombre” o participar en las luchas donde se asignan recursos y se definen reglas que estructuran la vida colectiva.

Si los determinismos económicos y ocupacionales ya no tienen el peso que tenían en el viejo capitalismo, ¿dónde encontrar hoy los recursos ne-

cesarios para que los ciudadanos que comparten necesidades e intereses participen en forma orgánica en la vida pública de la Argentina contemporánea? Es probable que el determinismo de la economía y la ocupación sea reemplazado por el poder de la cultura, las ideas y la movilización social. La construcción de los grupos y movimientos sociales es hoy una tarea de “intelectuales” en el sentido amplio y gramsciano del término. Los intelectuales (los profesionales, es decir, los que viven del trabajo intelectual y los otros, los militantes, los voluntarios interesados en el bien común) juegan un papel fundamental. No existe un protagonista “portador” del interés general, “constructor” de una sociedad más rica, más libre y más justa. La historia no sólo no tiene libreto predefinido. Tampoco tiene protagonistas predestinados a una misión determinada. Hoy es preciso “inventar” un proyecto y “construir” un protagonista. Este no puede ser más que un movimiento social que, al mismo tiempo que reconoce y valora la diversidad (de situaciones de vida, de intereses, de necesidades), es capaz de trascenderla en función de un proyecto de sociedad más humana donde “todos entran”. ¿Quiénes pueden tener interés en trascender sus propios intereses corporativos? ¿Cómo se puede alentar el desinterés? ¿Dónde encontrar los promotores del movimiento social? ¿Qué nombre ponerles a los intereses que trascienden lo particular? ¿Cómo ir más allá de la simple confianza en

“las reservas morales y éticas de la humanidad”?

Más allá de las preguntas puede afirmarse que en diversos ámbitos de la vida nacional existen personas y organizaciones que objetivamente participan de un movimiento social preocupado por la construcción de una sociedad justa. Nadie sabe cuándo ni cómo esta multitud de iniciativas particulares y locales puede llegar a conformar más que una simple yuxtaposición de iniciativas y esfuerzos objetivamente orientados por un horizonte ético común. Existe una multitud de experiencias de lucha colectiva que van de la reflexión a la protesta, de las acciones defensivas a las innovativas, que van construyendo, más allá de los discursos y los “programas”, nuevas formas de convivencia y sociabilidad, tanto en el campo de la producción como en el de la política y la cultura. Los intelectuales no tienen la responsabilidad de hacer el proyecto, sino de acompañar, contribuir a enriquecer la reflexividad de los actores, proveer un lenguaje, combatir las representaciones interesadas y sectoriales del mundo y de ninguna manera definir “lo que hay que hacer”, “cómo hay que hacerlo” ni “cuándo”.

Cuando la mayoría de los argentinos perciban que, más allá de las situaciones inmediatas y particulares que generan el malestar y el sufrimiento que padecen, existe una “causalidad estructural” común (una lógica productiva, una ética y una política inhu-

manas) y que es allí donde hay que actuar, comenzarán a darse las condiciones para la conformación de identidades, pertenencias y acciones colectivas. Es probable también que el movimiento social que resulte trascienda las fronteras nacionales, ya que la “causalidad estructural” de los males argentinos hunde sus raíces mucho más allá de las fronteras nacionales y afecta a la humanidad como un todo. En otras palabras, el movimiento social “humanizador” deberá ser nacional e internacional al mismo tiempo como lo son las fuerzas más dañinas del capitalismo actualmente dominante.

Bibliografía

- Aguilar, María Angela y Vázquez, Estela (1997); *De YPF a la ruta: un acercamiento a Tartagal*, XXI Congreso da ALAS. Comissão de Trabalho No. 13 (inédito).
- Castel R. (1995); *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, Paris, Fayard.
- Elias N. y Scotson J.L. (1997); *Logiques de l'exclusion*, Fayard, Paris.
- Pérez Ledesma, Manuel (1994); “Cuando lleguen los días de la cólera” (Movimientos Sociales teoría e historia), *Zona Abierta*, 69.
- Tenti Fanfani, E. (1993); “Cuestiones de exclusión social y política”, *Desigualdad y exclusión. Desafíos de la política social de la Argentina de fin de siglo* (A. Minujín compilador), UNICEF/Losada, Buenos Aires 1993.
- Tilly, Charles (1986); *The contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, Cambridge, Mass: The Belknap Press of Harvard University Press.

Prismas

Revista de historia intelectual

Nº 4 - 2000

Textos: Q. Skinner, A. Lovejoy, L. Namier

Dossier: Literatura, viajeros y paisaje:
homenaje a Adolfo Prieto

Artículos, Lecturas, Reseñas

Anuario del Programa de historia intelectual
Universidad Nacional de Quilmes

ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director),
Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique
Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

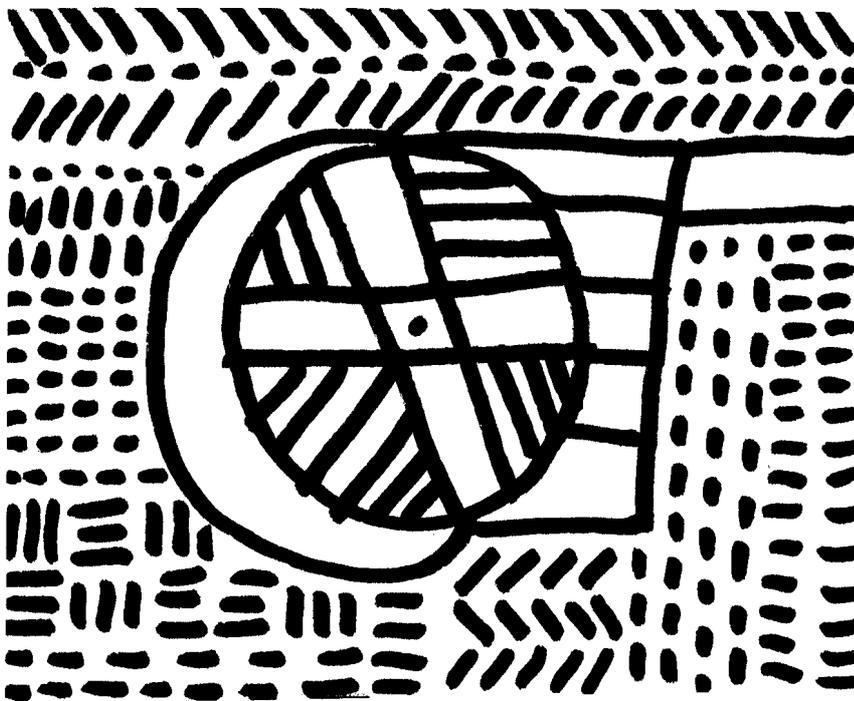
Nº 18 - Primer semestre 2000

Escriben: Sidicaro • Quiroga • Delamata •
Falcón • Valiente • Devoto • Rapalo •
Grillo • Pesavento • Acha

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563,
Santa Fe, Argentina; telefax directo: (042) 571194
DIRIGIR CORRESPONDENCIA A: Casilla de Correo 353, Santa Fe, Argentina

Las lógicas de la violencia y la cuestión social

Laura Golbert, Gabriel Kessler



Introducción

Hoy gran parte de los argentinos viven con el temor de ser víctimas de un delito. ¿Los datos existentes muestran un aumento de la criminalidad tal que justifique la honda preocupación social? ¿O en ese miedo se cristalizan incertidumbres que, más allá de la amenaza de la violencia, surgen de la generalizada vulnerabilidad económico-social? El desasosiego frente a la violencia, al no diferenciarse de otras fuentes de inquietud estaría, entonces, magnificado. Si tal fuera el caso —como pareciera ser— la amplificación del miedo, encarnado en el

temor a la victimización, podría llevar a construir el “problema del delito en la Argentina” y a proponer soluciones no sólo apresuradas sino también equívocas al confundirse la sensación de inseguridad en la población con la criminalidad propiamente dicha. Tal confusión lleva a que los responsables políticos propongan medidas dirigidas más a tranquilizar a la población que a enfrentar un problema cuyas características y magnitud aún no conocen con precisión.

Como esto sucede simultáneamente con el aumento del desempleo y de la pobreza, la intensidad de la inseguridad colectiva puede presionar hacia

una redefinición riesgosa de la cuestión social: del énfasis en la protección a los que van quedando en los márgenes de la sociedad al desvelo por defender a la sociedad de la “amenaza” que ellos representan. La consecuencia de este ambivalente proceso es que se ha ido construyendo en el espacio público una cuestión criminal que todavía no ha sido investigada ni definida en su alcance y contornos. A esto se suma que la pregunta por el delito ha sido históricamente conflictiva, puesto que encierra cuestiones ideológicas centrales a la vida en sociedad. Las ideas preexistentes sobre las normas y el orden social, sobre la transgresión y el castigo, sobre la justicia y la libertad tiñen la construcción del problema y, por ende, la búsqueda de soluciones. Por esta razón, conocer con precisión lo que está sucediendo en el mundo del delito, quiénes son sus actores y el sentido de sus acciones, resulta un elemento clave en la planificación de políticas públicas.

Con la intención de contribuir a precisar los alcances y la magnitud del fenómeno delictivo comenzamos, en 1999, una investigación sobre jóvenes protagonistas de delitos contra la propiedad con uso de violencia, pertenecientes en su mayoría a sectores populares,¹ cuyos primeros y más so-

1. Esta investigación se hizo en el marco de un Proyecto sobre Cohesión Social patrocinado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

bresalientes resultados se sintetizan en este artículo. La perspectiva adoptada fue la siguiente: el crimen y el delito configuran un fenómeno complejo que es determinado y condicionado por múltiples factores. Su comprensión es indisoluble de la de otros hechos que caracterizan a la sociedad argentina de las últimas décadas: el aumento del desempleo y otras formas de precarización laboral, la creciente desigualdad y segregación socio-espacial, el empobrecimiento de sectores tradicionalmente estables y las dificultades crecientes de movilidad social, entre otros. Es decir, el incremento de la violencia remite al terreno más amplio y complejo de la cuestión social.

Pero considerar el contexto social de origen no alcanza para explicar el problema, es necesario elucidar el sentido que los actores dan a tales experiencias. Desde este abordaje intentamos responder los siguientes interrogantes: ¿Cuáles son los cambios cuantitativos y cualitativos registrados en las acciones delictivas? ¿Quiénes son los protagonistas de estos hechos? ¿Cuál es el sentido que imprimen a sus acciones? ¿Estamos asistiendo a la emergencia de formas anómicas de delito y violencia? Y, si es así, ¿cuáles son sus características? ¿Cómo se explica el aparente uso innecesario de la violencia en tales actos?

Los resultados de la investigación mencionada, nos permiten plantear algunos temas condenados de antemano por el sentido común, como la racionalidad que rige el comportamiento de estos actores, su relación con el trabajo, la droga y las armas. Ponemos especial énfasis en ellos porque son cuestiones cruciales a la hora de definir y buscar soluciones.

La magnitud del problema

Por razones de economía de espacio en este punto sólo nos limitaremos a señalar las tendencias más importantes en lo que hace al aumento del delito, al perfil de los protagonistas y de las víctimas así como a la evolución del gasto público y privado destinado a la seguridad. La información estadística existente confirma un aumen-

to del número de delitos en la última década, en particular los correspondientes a infracciones contra la propiedad. Y si bien hay más delitos violentos que en el pasado, la magnitud del problema es mucho menor que en otros países de la región. Con respecto al perfil de los protagonistas de los actos ilegales, los datos más sobresalientes que surgen de la información —basada en aquellos que tienen iniciada causa judicial— son los siguientes: a) no hay asociación entre el uso de drogas ilegales y los actos delictivos; b) el nivel educativo de los protagonistas de esos actos es bajo; c) en su mayoría, son no reincidentes, lo que podría estar mostrando una población que está ingresando en el terreno de las acciones ilegales.

Una de las facetas menos señaladas de la desigualdad es que la mayoría de las víctimas de tales hechos provienen de los sectores más pobres de la población, en parte debido a que no sólo la oferta de servicios de seguridad privada sino también la pública (comisarías) presenta importantes diferencias entre los barrios de sectores de mayores ingresos con respecto a aquellos habitados por personas de menores recursos. También se pudo detectar que el temor está modificando numerosos comportamientos. El más sobresaliente es el abandono de barrios considerados peligrosos y la restricción de contactos sociales. Por último, el aumento del temor social y la presión de la opinión pública llevó a que en los últimos años hubiera un considerable crecimiento del gasto público y privado en temas ligados a la seguridad. A su vez, ha aumentado significativamente la posesión de armas entre los particulares.

Inmediatismo y repentismo

¿Cómo elucidar la lógica de las acciones de estos jóvenes? Un punto de partida necesario es la constatación de que sus demandas de consumo son similares a las de sus pares de clases sociales superiores. Aspiran a ropa de determinadas marcas, dinero para diversión e, incluso, visitar el interior del país o países extranjeros. Han nacido y cre-

cido en Buenos Aires y sus anhelos dan cuenta del impacto homogeneizador tanto de los medios de comunicación como del pasaje por el sistema educativo público. Pero sobre todo, aquello que quieren, lo quieren ya. Este *inmediatismo*, rasgo típico de la adolescencia, es particularmente importante porque, para obtener rápidamente lo que desean, no les queda otro camino que robar. No delinquen con la intención de acumular o ahorrar dinero, sino para realizar un gasto en el momento; a veces, consumos individuales: ropa, viajes, o grupales, como ir a bailar, comprar cerveza y, hasta en algún caso, festejar un cumpleaños.

Una de las facetas del inmediatismo es el *repentismo*. Afirmaciones como “*estábamos en la calle, vimos aparecer una vieja con un bolso y nos mandamos*” sugieren la coexistencia de acciones consideradas racionales con otras que difícilmente podrían ser caracterizadas como tales. La falta de racionalidad se evidencia en la ausencia de planificación y de un cálculo previo de los costos y beneficios de la acción. Pero al mismo tiempo, la elección de la víctima muestra su racionalidad: se trata de una “vieja”, la imagen más acabada de la fragilidad y la indefensión. El repentismo es un tema central a ser considerado a la hora de planificar políticas públicas, puesto que pone en cuestión los fundamentos de la teoría de la disuasión, en la que se basan las propuestas más corrientes para combatir el delito que se discuten hoy en la Argentina. Para dicha teoría el aumento de las penas y de la probabilidad de ser aprehendido al cometer un delito tendría un efecto disuasivo sobre eventuales delincuentes: cuando éste planifique su accionar, el mayor costo eventual (las probabilidades de ser aprehendido y la dureza de la pena) lo desaconsejará de tomar tales rumbos. Pero la teoría de la disuasión presupone un actor racional que planifique con anticipación y estratégicamente sus movimientos, sopesando de antemano los riesgos. Las acciones de los jóvenes entrevistados no parecen estar regidas principalmente por cálculos de costo/beneficio. No sólo porque carecen de la información necesaria sino, sobre todo, porque tal

tipo de racionalidad económica requiere de un grado y forma de socialización que no es la que estos jóvenes expresan. Sus lógicas de acción articulan otros recursos y significados, que incluyen pero no se limitan a los que guían a un supuesto *homo economicus* racional.

Las tres lógicas de acción

Las acciones de estos jóvenes están guiadas por tres lógicas que se refuerzan entre sí. En primer lugar, *la lógica de la necesidad*: carecen de dinero, van juntando las moneditas de 5 y 10 centavos para viajar, para comprar cerveza, marihuana o ir a bailar. Cada centavo tiene valor, por lo que puede sorprender la importancia que otorgan a botines sumamente exigüos. El estado de necesidad es una experiencia constante y para escapar de él, cualquier recurso es válido: pedir, trabajar, “apretar” a alguien en la calle, robar; según los códigos compartidos, prácticamente cualquier medio es legítimo si permite obtener dinero. Con todo, rige una diferenciación tajante en la asignación de los recursos: la ganancia fácil, es decir, el producto de lo robado, se gasta fácilmente en salidas, “bardo” o alguna prenda deseada, y el dinero que costó ganar, el que reciben cuando eventualmente trabajan, se usa para ayudar a la familia, comprar útiles escolares o cualquier otro fin socialmente legítimo.

La *lógica del ventajero* contribuye a legitimar todo medio para alcanzar un objetivo. Ella sugiere que en toda interacción cara a cara signada por un conflicto de intereses, se debe “ventajear” al competidor, es decir obtener lo deseado apelando a cualquier estrategia. No propone códigos de procedimientos fijos, por lo que el sentido de la acción se puede ir definiendo en su transcurso. En el enfrentamiento se irá optando por la forma que permitirá ventajear. Así, un pedido de dinero en la calle sin éxito se vuelve un “apriete” y, si éste fracasa, terminará en un robo. Pero ventajear implica también reflejos rápidos, hacer el movimiento preciso antes que el rival, una anticipación sobre la jugada del

otro, lo que ayuda a comprender el uso de la violencia cuando se presupon —muchas veces equivocadamente— que el contrincante está armado.

Por último entra en juego la *lógica del aguante*. Con su clara connotación de masculinidad y de orgullo de la fortaleza física en los sectores populares, con su intrincada relación con el fútbol, “tener aguante” es un valor central a la hora de hacerse valer ante el grupo de pares. Tener aguante: ser capaz de mantener la mirada o la intención ante todo oponente; no “achicarse” frente a alguien de mayor porte y dar batalla —aunque se pierda— ante quien sea. Enfrentarse a un adversario que juega mejor en el fútbol, un contrincante más fuerte en una pelea o un grupo de policías fuertemente armados, éstas y otras situaciones legitimadas por la lógica del aguante ayudan a comprender el uso de la violencia sin medir los riesgos.

Trayectorias inestables

De un trabajo publicado en 1999, de O. Altimir y L. Beccaria, se pueden deducir algunas de las mutaciones más profundas en el mundo laboral argentino de los años 90. La mayor parte de los nuevos puestos de trabajo creados en la década anterior corresponden a posiciones precarias, con bajas remuneraciones, sin cobertura social y con una nula protección al despido. Consecuentemente, su volatilidad es muy alta, implicando una elevada inestabilidad de los ingresos. A estos puestos acceden, por lo general, aquellos con menor nivel educativo y calificación, más aún si se trata de nuevos ingresantes al mercado de trabajo. Del lado de la sociedad, entonces, se van configurando trayectorias laborales signadas por la inestabilidad: una alta rotación entre puestos distintos, todos ellos precarios, de corta duración, poco calificados, intercalados por períodos de desempleo, subempleo e, incluso, de salida del mundo laboral por el desaliento.

Todo sucede como si los distintos problemas del mercado de trabajo registrados en las últimas décadas —desempleo, subempleo, rotación laboral,

informalidad, desaliento— se hubieran ido acoplado hasta llegar a conformar lo que llamamos *trayectorias inestables*. En un contrapunto con la idea de “desestabilización de los estables” que R. Castel utiliza para dar cuenta de la reciente inestabilidad de capas de la población históricamente integradas, en el caso argentino se podría hablar, además, de la “estabilización de la inestabilidad”, en tanto las relaciones laborales inestables se van convirtiendo en un rasgo estructural del mercado de trabajo.

Los jóvenes entrevistados son totalmente conscientes de que sólo tienen enfrente un horizonte de precariedad duradera, con escasas expectativas de inserción estable. Sin disimular su amargura un joven nos decía “¿*Qué te parece que puedo esperar? Como máximo, un laburito de 180 mangos durante 3 meses. Después, nada durante un tiempo. Otro laburito de 180, 200 mangos por un tiempo. Después nada de nuevo...y así toda mi vida.*”

El pasaje al mundo del trabajo estable marcaba un punto de corte central en los sectores populares: de la escuela al trabajo, de la adolescencia a la adultez. Los tiempos cotidianos, los ciclos vitales, las estrategias de distinción entre las familias estaban marcados por la inserción laboral estable. Si las oportunidades de trabajo escasean y el mundo del trabajo no se plantea ya como una zona segura, un pasaje definitivo, hay una red de sentido que también se desmorona, como por ejemplo la existencia de una frontera nítida entre lo legal y lo ilegal. Más que límites tajantes, en la experiencia cotidiana de estos jóvenes se observa una zona gris en la que se encuentran disponibles una serie de acciones, algunas legales y otra no. La elección de una u otra opción sería el resultado de las oportunidades contextuales. El “peaje”, el apriete, la amenaza, el hurto y el trabajo están dentro de su mundo como opciones legítimas. O sea, el mundo del trabajo no les es ajeno, más bien pueden combinar —simultáneamente o en momentos distintos— una ocupación precaria con el robo. En cuanto a la relación con los límites entre legalidad-ilegalidad, ¿podemos afirmar que hay un desconocimiento

total de la ley? ¿se trata de subculturas que han establecido un sistema clasificatorio que invierte —a su favor— la atribución de lo legal y lo ilegal vigentes en la sociedad? No parece ser el caso: más frecuentemente, no dan mucha importancia al interrogante sobre la legalidad o ilegalidad de sus acciones. La cuestión sólo se vuelve relevante cuando se produce la tipificación externa por parte de un actor, en particular la policía. Su accionar impone post facto la denominación de ilegal: el castigo determina la ilegalidad de la acción, aunque no necesariamente se le atribuya el poder simbólico para “ilegitimarla”.

La coerción individualista

R. Castel distingue entre individualismo positivo y negativo. El primero se refiere al creciente margen de autonomía y libertad que van ganando los individuos en las sociedades post-tradicionales. El segundo es un individualismo coercitivo: el que sufren aquellos obligados a valerse únicamente por sí mismos debido a un déficit de los marcos de protección materiales y simbólicos. En la posguerra, el estado de bienestar, al disminuir los riesgos sociales, permitió acrecentar los grados de libertad individual. Décadas más tarde, como lo muestra M. Svampa en un trabajo reciente, la crisis de la sociedad salarial hizo recrudescer un individualismo negativo que afecta hoy a los grupos más vulnerables, cuyo horizonte es la atomización, el aislamiento y la desafiliación.

“Necesitás gaita sí o sí. Buscás trabajo, si trabajo no hay, salís a robar”. Esta afirmación de un joven, cándidamente desprovista de cinismo, resume bien alguno de los avatares del individualismo negativo. Estos jóvenes están “condenados a ser individuos”, más específicamente a tomar en sus manos la resolución de todas sus necesidades. Sin posibilidad de apoyo familiar ni institucional, sin marcos colectivos, es sobre lo único que poseen, su cuerpo, donde recae la total responsabilidad de asegurarse la satisfacción de sus necesidades. No es ya la fuerza de trabajo de un obrero

que se aliena del individuo para mercantilizarse, sino un cuerpo que en su totalidad se pone en juego y en riesgo en una acción.

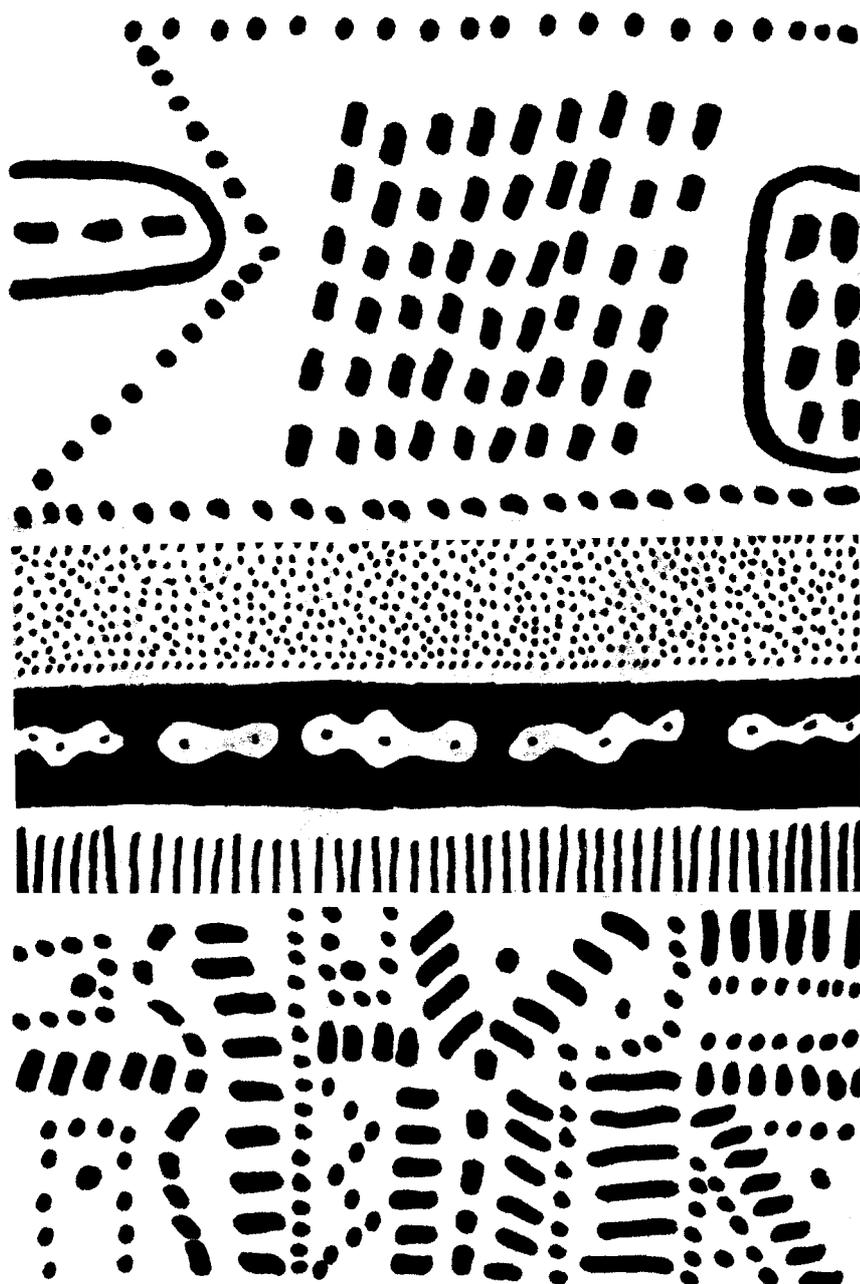
El individualismo coercitivo se trasluce también en una fuerte despolitización, en tanto desvinculación imaginaria entre lo público y su suerte personal. Así como los padres no pueden casi ayudar, tampoco esbozan ninguna instancia exterior —real o imaginaria— a la que dirigir demandas. No hay nada que esperar de nadie y esto ni siquiera suscita la rabia que F. Dubet encuentra en las críticas hacia los políticos entre los jóvenes marginados de los suburbios franceses. La queja, el reclamo a alguien por el no cumplimiento de sus obligaciones presupone la adjudicación de responsabilidades. Pareciera que esto se ha desvanecido, como si la desresponsabilización de alguna instancia externa a sí mismos se hubiera naturalizado. Se trata, sin duda, de un cambio producido en los últimos años. En una investigación anterior sobre clase media empobrecida, perduraba inalterable la referencia a la movilidad ascendente de las generaciones pasadas. Para esos nuevos pobres, el recuerdo de un pasado mejor hacía las veces de una promesa —aun rota— de un futuro de progreso. Pero para estos jóvenes tal referencia de un pasado próspero ya no existe y esto se debe, en parte, a la experiencia laboral de sus padres, que rondan los 40 años, por lo que ya han sufrido una inserción precaria en el mundo del trabajo, sin haber conocido ni la estabilidad ni los derechos sociales del pasado, ni los beneficios materiales y la promesa de movilidad social que implicaban.

En rigor, una institución pública aparece reiteradamente en sus discursos: la policía, la cana, la *“yuta hija de puta”*. Es la amenaza constante, el juego del gato y el ratón por momentos, pero a veces con lazos insospechados, como en los circuitos ilegales de compra y venta de armas. De todos modos, en el nivel en el que se encuentran tampoco hay negociaciones con la policía. Ellos son el “chiquitaje”, utilizado muchas veces por los adultos para los actos más expuestos, en parte por ser menores y, por ende,

con menor imputabilidad. La policía es el contrincante principal, frente al que sienten el temor de “perder” (la vida). Un temor difundido en estos jóvenes es el “bolsazo”, es decir la asfixia por una bolsa de polietileno, lo que en el lenguaje de la represión se llamaba el “submarino seco”.

Hay un tema más que marca una diferencia clara con la experiencia que Dubet describe en los jóvenes franceses marginados, cuyo mundo está teñido de gris y sus acciones violentas y en general vandálicas son la muestra de una violencia expresiva frente a ese horizonte descolorido. En nuestro caso, las narraciones están también marcadas por rupturas, expulsiones, tonos grises. Pero lo único realmente excitante de sus relatos es la descripción de los hechos delictivos. Las descripciones se asemejan a fragmentos de telefilmes, de películas de acción: escenas descritas con lujo de detalle en las que por primera vez ellos son los protagonistas. Miedo, sudor frío, adrenalina, velocidad, todo se juega en esas escenas en continuado en las que las tensiones se generan y resuelven en el mismo momento. Sospechamos que muchas veces mienten o exageran sus relatos, sobre todo en las hazañas físicas que describen. Pero no importa, esa exageración muestra una sensualidad de las experiencias que no debe descartarse al analizar el sentido de su accionar.

La drogas y el alcohol aparecen en estas historias, pero sus protagonistas no son, por lo general, adictos. No hay heroína, que genera adicción física, ni crack, que genera violencia. Hay sí marihuana, un poco de cocaína y bastante “pasta” (medicamentos) mezclada con alcohol. A pesar de las ideas reinantes, una encuesta del Ministerio de Justicia de la Nación muestra que prácticamente el 100% de los aprehendidos en delitos no estaban bajo efectos de las drogas ni del alcohol. Por lo que no puede establecerse un lazo causal entre drogas, alcohol y actos delictivos. Establecer, como se hace en los discursos más corrientes en el país, un lazo causal entre drogas y delitos lleva a políticas públicas de un alto costo humano y económico, sin ningún efecto en el problema.



Por último, nada de lo descripto hasta aquí sería posible sin la facilidad de acceso a las armas que estos jóvenes experimentan. Compra, alquiler, destajo, comodato, son sólo algunas de las formas de contratación existentes en un denso mercado ilegal de armas —de todo tipo y calibre— al que estos jóvenes acceden fácilmente. No profundizamos en este tema, simplemente porque implicaba un riesgo para los investigadores, al afectar a la policía y a las fuerzas de seguridad. Pero es necesario dejar claro que, sin la intensa circulación de armas observada, ninguna de las acciones sería posible y, en consecuencia,

ninguna política será eficaz sin un control del circuito legal e ilegal de este mercado.

A modo de conclusión

Pese al pesimismo que se pueda desprender acerca del futuro de nuestra sociedad, hay otra mirada posible y necesaria. Como afirma I. González Bombal, estos jóvenes pueden ser caracterizados como el “último eslabón de la integración social”, pero aún están dentro del territorio de la integración. De hecho, el mundo del trabajo, la pregunta por el futuro y hasta

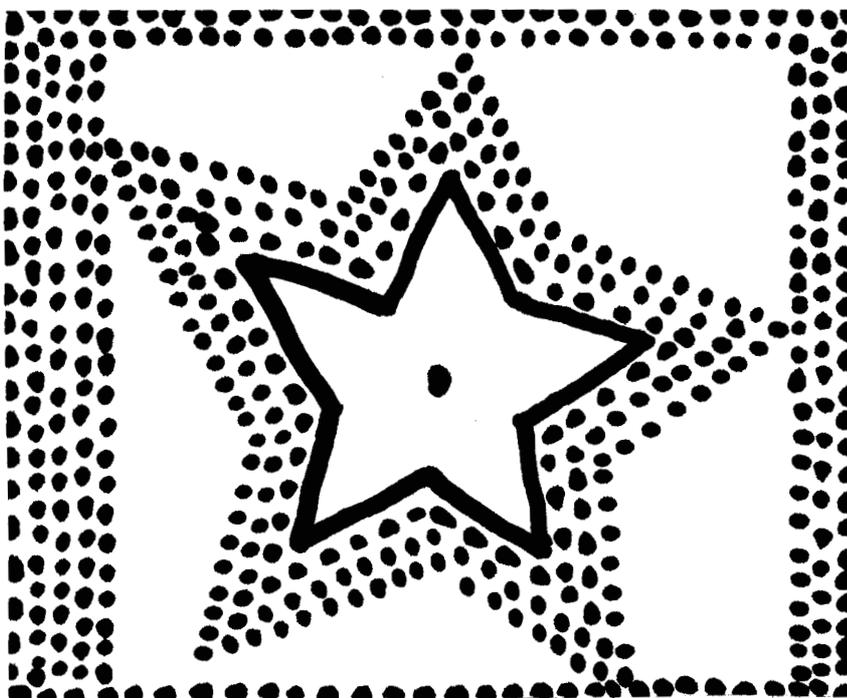
la escuela figuran dentro de sus horizontes. Y ésta es una diferencia central si comparamos nuestro trabajo con los estudios sobre jóvenes que delinquen en otros países latinoamericanos o en Estados Unidos: allí las fantasías de integración —si algunas veces hubieran existido— ya se han desvanecido. Es imprescindible que la sociedad argentina vuelva a plantearse seriamente la problemática de la integración y de la exclusión social. Ello no implica de ningún modo dejar de lado los temas centrales de la cuestión social tradicional, como por ejemplo, el conflicto de clases. Se trata más bien de articular unas y otras problemáticas sociales para dar cuenta de la complejidad actual.

33

En el caso concreto de la violencia urbana, las políticas represivas que hoy dominan el debate público son en primer lugar cuestionables desde una postura ética y política; además, por las características de los actores y las lógicas que guían sus acciones, tales medidas se basan en supuestos errados. Son entonces, ineficientes para el cumplimiento de los propios objetivos que se proponen. Por ello, debatir hoy sobre la orientación que se les está imprimiendo resulta crucial si lo que realmente interesa es la integración social y el futuro de una parte de las nuevas generaciones. Es preciso un amplio cuestionamiento de la sociedad argentina sobre sí misma y en particular, sobre sus temores y fantasmas a fin de deslindar en el interior de sus incertidumbres, aquello que la lleva a construir enemigos fundados en el temor al otro y a su propio futuro.

Referencias bibliográficas

- Altimir, O. y Beccaria, L., *El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en la Argentina*, Santiago de Chile, CEPAL-Serie Reformas Económicas 28, 1999.
- Castel, R., *Les métamorphoses de la question sociale*, París, Fayard, 1995.
- Dubet, F., *La galère, jeunes en survie*, París, Fayard, 1987.
- Svampa, M., *Individualismo y nuevos procesos de subjetivación. Una aproximación a la teoría social contemporánea*, mimeo, 1999.



Hacia la dualización de las clases medias

La teoría social ha acuñado varias categorías para conceptualizar la sociedad en la época de la globalización: “sociedad red” (M. Castells), “modernidad tardía” (A. Giddens), “sociedad del riesgo” (U. Beck) o “sociedad mundial” (N. Luhmann), entre ellas. Más allá de las profundas diferencias teóricas que encubren estas denominaciones, lo cierto es que la mayoría de los autores coinciden en señalar no sólo la profundidad de los cambios sino también las grandes diferencias que es posible establecer entre la más “tempra-

na” modernidad y la sociedad actual que, para todos, se caracteriza por la difusión global de nuevas formas de organización y por la reestructuración de las relaciones sociales; es decir, por un conjunto de cambios de orden económico, tecnológico y social que apuntan al desencastamiento de los marcos de regulación colectiva desarrollados en la época anterior. Gran parte de los debates actuales sobre la “cuestión social” giran en torno a las consecuencias perversas de este proceso de mutación estructural.

En la periferia globalizada, esas consecuencias han resultado más desestructurantes que en los países del

centro altamente desarrollado, donde los dispositivos de control público y los mecanismos de regulación social suelen ser más sólidos, y los márgenes de acción política, un poco más amplios. En Argentina, la inflexión estructural tuvo lugar durante la década menemista, aunque muchos de sus pasos previos se gestaron durante la última dictadura militar. A mediados de la década del noventa, la nueva cartografía social argentina ya revelaba una creciente polarización entre los “ganadores” y los “perdedores” del modelo.

Con una virulencia nunca vista, el proceso de dualización se manifestó dentro de las clases medias. La profunda brecha entre ganadores y perdedores echó por tierra la representación de una clase media fuerte y culturalmente homogénea, cuya expansión a lo largo del siglo XX confirmaba su armonización con los modelos económicos implementados. Sin embargo, la crisis de los ochenta y los fuertes ajustes de los noventa, terminaron por desmontar el anterior modelo de “integración”, poniendo en tela de juicio las representaciones de progreso y toda pretensión de unidad cultural y social de los sectores medios. La dimensión colectiva del proceso de movilidad social descendente arrojó del lado de los “perdedores” a vastos grupos que incluyen empleados y profesionales del sector público, sobre todo provincial, anteriormente “protegidos”, ahora empobrecidos, en gran parte como consecuencia de las

nuevas reformas encaradas por el estado neoliberal en el ámbito de la salud, de la educación y de las empresas públicas. Los acompañan trabajadores autónomos y comerciantes desconectados de las nuevas estructuras comunicativas e informativas que privilegia el orden global. Del lado de los “ganadores” se sitúan diversos grupos, compuestos por personal altamente calificado, profesionales, gerentes, empresarios, asociados al ámbito privado, en gran parte vinculados a los nuevos servicios, y caracterizados por un feliz acoplamiento con las nuevas modalidades estructurales. Esta franja engloba, por encima de las asimetrías, tanto a los sectores altos, como a los sectores medios consolidados y en ascenso.

El hecho es, pues, doble. Por un lado, la fractura social provocó un debilitamiento, si no la ruptura, de los lazos culturales y sociales entre los diversos estratos de la vieja clase media. Recordemos que los primeros estudios sociológicos sobre los “nuevos pobres”, como el de Minujín y Kessler, ofrecieron verdaderos relatos etnográficos de esta “caída”, y ayudaron a descender el velo que todavía conservaba una pobreza definida como de “puertas adentro”. Los testimonios también mostraron cómo la caída de las antiguas barreras de distinción iba acompañada del desarrollo de nuevas estrategias de diferenciación respecto de los “pobres estructurales”, sobre la base de recursos y competencias mayores. Pero los avatares de la caída pusieron en evidencia, de manera cada vez más contundente, la creciente distancia social de los “nuevos pobres” respecto de los “ganadores” de su propia clase. Esta afirmación nos lleva a considerar el segundo aspecto de este fenómeno, menos estudiado en nuestro ámbito: las nuevas formas de vinculación desarrolladas entre aquellos que se encuentran en las franjas exitosas de los sectores medios, por un lado, y los sectores altos de la sociedad argentina, por el otro.

Nada ilustra mejor este proceso de reconstitución de los marcos de sociabilidad que una primera aproximación sociológica a las consecuencias de los nuevos patrones de segregación espacial, desarrollados en la última década.

Nos referimos al proceso de suburbanización de algunos grupos medios y medios altos, a partir de la creciente expansión de urbanizaciones privadas, entre las cuales se destacan los *barrios privados* y los *countries*, aunque también deben incluirse las chacras y los *megaemprendimientos* (pueblos o ciudades privadas). Los cuatro casos se ven afectados en diverso grado tanto por la expansión de la comercialización que tiene lugar a partir de 1996, que impone menos restricciones cualitativas para ser propietario, como por la simultánea ampliación de la red vial (Acceso Norte, Acceso Oeste, Autopista Ezeiza, Autopista Buenos Aires-La Plata). Hoy existen más de cuatrocientos emprendimientos de *countries* y barrios cerrados, sólo en la Región Metropolitana de Buenos Aires; el fenómeno se extiende también a otras grandes ciudades del país (Córdoba, Mendoza, Rosario) y a algunas medianas.

La difusión de esta nueva oferta inmobiliaria puso a la Argentina en sintonía con otros países latinoamericanos, donde el fenómeno no es nuevo (“condominios” en Brasil y otras variantes de comunidades cercadas en México o Venezuela). En estos países, durante los últimos años, también se multiplicaron las urbanizaciones privadas, en gran medida como expresión de una nueva lógica de ocupación del espacio urbano, en correspondencia con el orden económico global. En este sentido, el fenómeno aparece ligado al proceso de terciarización registrado en las áreas cercanas a las grandes metrópolis, constituidas en verdaderas “ciudades globales” (S. Sassen).

¿Cuáles son los actores centrales de este proceso de segregación espacial, hoy relevante en Argentina? ¿Existe una tipología de urbanizaciones privadas? ¿Cuáles son las consecuencias mayores del nuevo fenómeno? Nos gustaría intentar algunas respuestas, aunque fueran sumarias.¹

Los actores de la segregación espacial

Quienes se hallan en el centro de la expansión de esta oferta inmobiliaria

son mayoritariamente matrimonios jóvenes (entre 30 y 40 años) pertenecientes a *las clases de servicios* —sobre todo, sectores gerenciales y profesionales—, con hijos pequeños, buenas credenciales educativas y, en general, con ingreso de ambos cónyuges, principalmente ligados al sector privado.

¿Por qué llamarlas *clases de servicios*? La denominación se impone, pese a la escasa conceptualización que encontramos en nuestro medio acerca de las clases medias. Entre aquellos que realizaron aportes en este terreno se destaca el sociólogo inglés J. Goldthorpe quien, a comienzos de los ochenta, apoyándose en el fuerte incremento registrado en el sector de servicios, retomó la categoría “clase de servicios”, acuñada por el austromarxista Karl Renner. Para Goldthorpe,² la clase de servicios se distingue de la clase obrera por realizar un trabajo no productivo, aunque la diferencia básica se ve reflejada en la calidad del empleo. En efecto, se trata de un trabajo donde se ejerce autoridad (directivos) o bien se controla información privilegiada (expertos, profesionales). Así, este tipo de trabajo otorga cierto margen de discrecionalidad y autonomía al empleado, pero la contrapartida resultante de esta situación es el compromiso moral del trabajador con la organización, dentro de un sistema claramente estructurado en torno a recompensas y sanciones.

Como señala R. Crompton,³ muchos de estos investigadores reconocían la deuda que tenían para con *La distinción* (1979), sin duda el mejor texto de la prolífica obra de Pierre Bourdieu. Allí, el sociólogo francés no sólo trazaba el mapa de los gustos de las diferentes clases y fracciones de

1. Esta es una investigación en curso que forma parte del programa “Trabajo, Integración y Formas de sociabilidad. Dilemas en la Argentina de Hoy”, de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

2. J. Goldthorpe, “The service class revisited”, en VV.AA., *Social Change and the Middle Classes*, Londres, Sage, 1995. Al trabajo inicial de Goldthorpe siguió un debate en el que participaron Urry, Giddens, Savage, Esping Andersen, entre otros.

3. R. Crompton, *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Madrid, Tecnos, 1994.

clase, sino que exploraba la asociación (causal) entre ocupaciones emergentes y nuevas pautas de consumo. En efecto, Bourdieu constataba el ascenso de un nuevo grupo social, tanto dentro de la burguesía como de la pequeña burguesía, que se correspondía con una todavía indeterminada franja de nuevas profesiones; básicamente intermediarios culturales (vendedores de bienes y servicios simbólicos, patrones y ejecutivos de turismo, periodistas, agentes de cine, moda, publicidad, decoración, promoción inmobiliaria), cuyo rasgo distintivo se resumía en un *nuevo estilo de vida*, más distendido, más hedonista, en contraste con la vieja burguesía austera y con la crispada pequeña burguesía consolidada. La descripción de Bourdieu tenía puntos en común con la ofrecida, ese mismo año, por dos autores norteamericanos que denunciaban la emergencia de una “cultura del narcisismo” disociada de la lógica productivista del capitalismo; pero el tono estaba lejos de constituir un llamado al sentido de la historicidad (Christopher Lasch) o a la renovación moral (Daniel Bell).

Tres ejes mayores articularon los debates en torno a las “clases de servicios”. El primero, de corte analítico, remitía a la ya conocida dificultad de conceptualizar las clases medias, cuyas fronteras sociales siempre han sido, por definición, bastante vagas y fluidas. A esto había que añadir la creciente heterogeneidad ocupacional de las sociedades modernas. Por esta

razón, Savage⁴ propuso distinguir tres sectores de acuerdo a diferentes tipos de calificación o capital: la propiedad (la clase media adquisitiva, empresarial); la cultural (empleados profesionales) y la organizacional (empleados jerárquicos o profesionales con funciones administrativas). El segundo eje se refiere específicamente a los comportamientos políticos de la nueva clase media. Pese a que el debate reeditaba un clásico sobre el tema de las clases intermedias (su vocación congénita por las coaliciones políticas, a raíz de la ambigüedad de su posición en la estructura social), la cuestión adquiriría un nuevo sentido a la luz del declive manifiesto de las clases trabajadoras. En este contexto, la urgencia por detectar las preferencias políticas de un actor que se revelaba como portador de un nuevo estilo de vida, no constituía un dato menor. Lo cierto es que, mientras algunos autores pensaron, con la mirada puesta en las conductas radicales de los pasados años 60, en la posibilidad de una “cooperación” entre clase de servicios y clase trabajadora, otros optaron por subrayar la tendencia de aquella por buscar alianzas con los sectores altos de la sociedad.⁵ El tercer eje remitía a la fragmentación visible en el sector de servicios, en vistas de la aparición de un proletariado de servicios, ligado a tareas poco calificadas, integrado por verdaderos servidores de la clase de servicios en cuestión.

Para completar este cuadro, recordemos que la literatura sobre los llama-

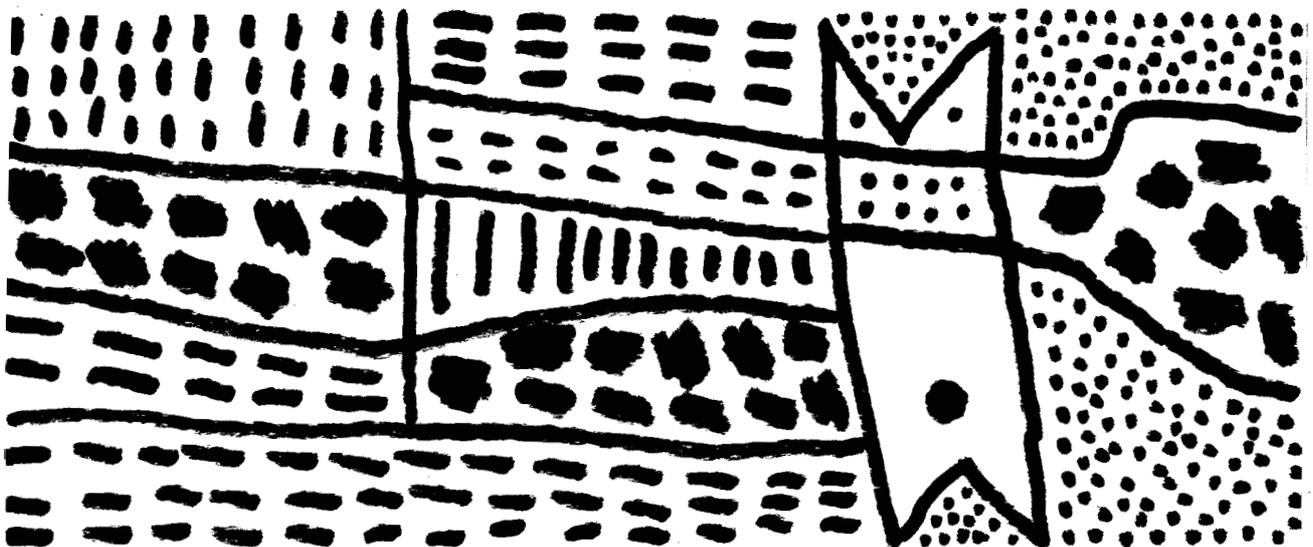
dos *nuevos movimientos sociales* de los años 60 y 70, coincidía en señalar el rol protagónico de las nuevas clases medias (feministas, estudiantes, ecologistas, regionalistas, movimientos por la paz, entre otros), portadoras de los llamados valores postmaterialistas, referidos a la calidad de vida. En este período, analistas como Touraine y Melucci, pondrían de manifiesto la relación entre la creciente reflexividad de estos actores y la producción de nuevas normas e identidades. Más aún, Melucci aconsejaría centrar el análisis de las transformaciones, no tanto en las acciones de protesta como en los “marcos sumergidos” de la práctica cotidiana.

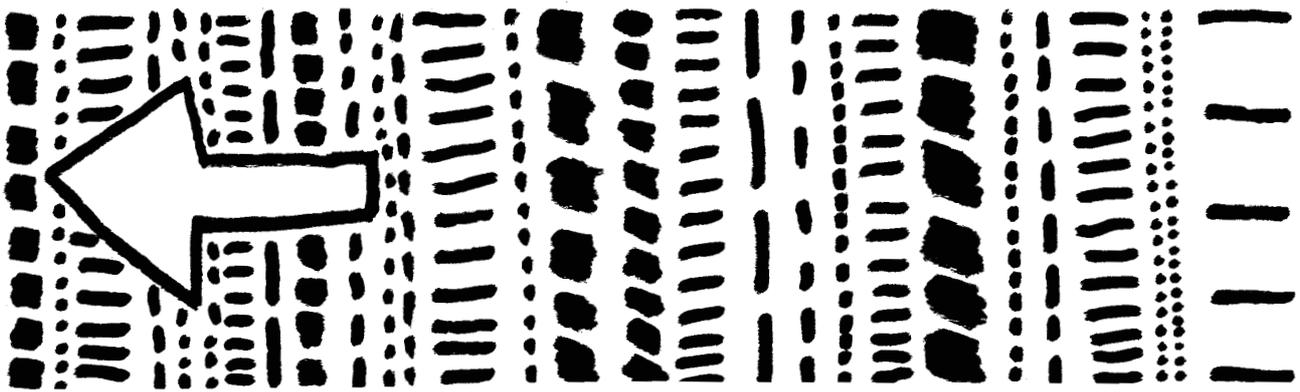
Los diagnósticos, en gran parte optimistas, fueron superados por la cruda realidad de los años 80,⁶ signada por el creciente proceso de desafección de la vida pública, claramente acompañado por el pasaje de lo colectivo a lo individual. Otra vez, las clases medias encarnaban el ejemplo más acabado de este nuevo vaivén, a través del deslizamiento de las exigencias de autorrealización desde la esfera públi-

4. Savage et al., *Property, Bureaucracy and Culture*, Londres, Routledge, 1992.

5. Savage aseguraba que el sector “organizacional” era de base más conservadora, mientras que el sector “cultural” se hallaba más cercano a partidos radicales.

6. La descripción de estos cambios ideológicos se apoyaba también en un “nuevo” diagnóstico cultural, que no podía desdeñar la afinidad electiva existente entre las nuevas clases medias descriptas tempranamente por Bourdieu y la cultura postmoderna.





ca al ámbito privado. En este ya no tan nuevo contexto, la afinidad de estos grupos sociales con posiciones políticas conservadoras (apelando a una seducción individualista de nuevo cuño, como Margaret Thatcher, en Inglaterra, o Carlos Menem, en Argentina) resultaba un corolario de esta inflexión. Por otro lado, las imágenes venían a confirmar, de manera definitiva, la centralidad del ciudadano-consumidor en detrimento de la figura del productor. El proceso de fuerte mercantilización de los valores postmaterialistas aparecía como inevitable y, sus consecuencias, impredecibles. Más aún si tenemos en cuenta que la estandarización y posterior condensación de estos valores en nuevos “estilos de vida rurales” fue realizada en consonancia con las pautas de integración y exclusión del nuevo orden global. La *ruralidad idílica* (la expresión es de J. Urry) requería, por ello, la elección de un apropiado contexto de seguridad.

En fin, sin querer restar especificidad nacional al fenómeno de las urbanizaciones privadas, lo cierto es que el caso argentino resulta una ilustración más de la convergencia entre una “*ruralidad idílica*” crecientemente mercantilizada y una *fragmentada clase de servicios*, operada en un cuadro de acusada fragmentación social e incremento de las desigualdades. Esta “*ruralidad idílica*” crecientemente mercantilizada condensa fórmulas estandarizadas que sintetizan valores referidos a la “vida natural”, a la crianza de los niños en contacto con el verde y el aire puro, a la importancia de una sólida educación, a una creciente simetría de los roles masculinos y femeninos. No olvidemos tampoco que el nuevo estilo de vida que

proponen los *countries* y los barrios privados encuentra como portavoces a los grandes agentes inmobiliarios, cuyo mensaje se ve multiplicado sábado a sábado a través de los suplementos “*country*” que reparten los dos matutinos mayores del país. En ellos, la espacialización de las relaciones sociales aparece como un supuesto, un dato naturalizado, oculto tras un discurso pródigo en elogios a cualquier nuevo emprendimiento en nombre del “mejoramiento de la calidad de vida”, aunque dentro del mismo se dibujen con nitidez los contrastes entre nichos evocados y segmentos sociales diferenciados. En segundo lugar, con el concepto *fragmentada clase de servicios* queremos recordar que en Argentina la ruptura operada dentro de los sectores medios fue mucho más acentuada que en otros países. Se multiplicó la brecha existente entre diferentes sectores de servicios: entre el ámbito público y el privado; entre aquellos que se adecuaron a los cambios tecnológicos y aquellos que quedaron descalificados. En verdad, nos preguntamos si la categoría “clases de servicios” no debería ser revisada una vez más, a partir del ingreso en una era marcada por la inestabilidad laboral que, para el caso argentino, afecta incluso a los sectores competitivos que se hallan en la cúspide.

A esto debe agregarse que la creciente visibilidad de las disparidades sociales, así como la ineficiencia de los sucesivos gobiernos, tanto para salir de la recesión económica como para dar cuenta de las demandas sociales de integración, provocaron un aumento exponencial de la violencia en las relaciones sociales. No nos corresponde analizar aquí la relación en-

tre delito y exclusión social. Sólo queremos dejar constancia de que, en todos los sectores sociales, la proliferación de crímenes y delitos contra la propiedad, agudizaron un sentimiento de fragilización de los lazos sociales que trajo como correlato una demanda de mayor protección y seguridad. La demanda de seguridad surge entonces como uno de los motivos mayores a la hora de justificar la elección por una urbanización privada, aunque por sí sola no pueda constituir el eje de un “nuevo estilo de vida”.

En suma, la constitución de áreas rurales selectas aptas para este estilo de vida, como los *countries* y los barrios privados, aparece como un corolario de este conjunto de procesos.

Hacia una tipología de las urbanizaciones cerradas

Para investigar este fenómeno, realizamos numerosas visitas a urbanizaciones privadas. El relato de tres de ellas puede servirnos para avanzar una suerte de tipología. En el primer caso, se trata de un *country* de la zona norte, con veinticinco años de antigüedad, ubicado a unos 37 km de la Capital, en Escobar. Hasta hace poco tiempo, fue un *country* de clase media alta, pero la acelerada evolución que sufrió en los últimos diez años terminó por modificar su conformación social interna, hoy menos homogénea. Esto se refleja tanto en la arquitectura de las casas como en el tamaño de los lotes (de 500 metros cuadrados, para los antiguos, hasta 1500 metros, para los nuevos). Las viviendas antiguas son de tamaño mediano, dispuestas en bloques, muy pegadas, apenas separadas

por una calle estrecha, tal como podemos encontrar en un barrio porteño como Villa del Parque. Hay nuevas viviendas, de mayor envergadura, pero nada ostentosas. Sin embargo, en los terrenos recientemente adquiridos, frente al ondulado *green* de la cancha de golf, comenzaron a erigirse algunas mansiones al mejor estilo Hollywood. La pareja que visitamos estaba conformada por una exitosa bioquímica que trabaja en el sector privado y un empresario nacional en bancarrota. La “modesta” casa en la cual vivían desde hacía tres años no era nueva. Estuvimos unas tres horas con ellos, tiempo durante el cual discutimos acerca de cuestiones ligadas a la segregación espacial, a la socialización, a los modelos de familia, a las formas de ciudadanía, en fin, a la infaltable dupla seguridad/estilo de vida. El marido, que al principio se había manifestado reticente y hasta agresivo, accedió poco a poco a confiarnos con tranquilidad su “visión de las cosas”.

En el segundo caso, se trata de un barrio privado típico. Allí el contacto fue con un arquitecto de unos 30 años, quien, además de construir barrios privados en la zona norte, acababa de mudarse, junto con su esposa analista de sistemas, a uno de ellos, con buen acceso a la Panamericana, cerca de Maschwitz. El barrio era pequeño y había sido desforestado para facilitar las construcciones. Frente a nosotros se extendía un panorama relativamente “desolador”: sobre lotes de 600 metros y una vegetación escasa, se habían erigido viviendas de dos pisos, muy similares unas de otras, la mayoría prefabricadas, listas para vender a través del sistema *housing* (compra de la casa terminada). Cuando el arquitecto notó nuestro estupor, evocamos los argumentos típicos de la imaginería rural, acerca del verde, el entorno natural y la vida deportiva, que ahí no estaban presentes. Por toda respuesta, él nos invitó a andar en bicicleta, no sin antes agregar que no nos preocupáramos por nuestras pertenencias y que no era necesario cerrar con llave el auto. Recorrimos el barrio en dos ruedas, mientras el arquitecto nos aconsejaba respirar el aire sano del

campo. Al pasar, hizo alusión a los “mediocres clasemedios” que reproducían, casa tras casa, un masificado estilo californiano. La suya era una de las pocas excepciones en el barrio y reflejaba con orgullo su estetizada visión de la vida. Finalmente salimos del pequeño barrio privado y cruzamos la ruta para entrar a otro barrio privado, de mayores dimensiones, cuya visión, si bien no tenía nada de deslumbrante, contrastaba con la austeridad del paisaje que acabábamos de dejar. El arquitecto explicó el porqué de la visita: no era infrecuente que una empresa madre construyera barrios privados hermanados, pero socialmente diferenciados; un “hermano menor”, algo modesto, destinado a una clase media ajustada, con sistema *housing*, y un “hermano mayor”, ostentoso, para la clase media alta, con *club-house* y alguna infraestructura deportiva que, bajo ciertas garantías, puede ser usufructuada por el “hermano menor”.

En nuestra tercera incursión nos aprestamos a traspasar el umbral de uno de los *countries* más exclusivos de la era menemista, ubicado en el partido de Malvinas Argentinas, a unos 32 km de la capital. Aquí también tuvimos, como en el primer caso, una impresión de *déjà vu*, sólo que esta vez la referencia iba exclusivamente hacia las lujosas mansiones de Beverly Hills, que tanto exhiben los telefilmes norteamericanos. El *country* tiene diez años de antigüedad y es sólo para residentes permanentes. Las viviendas son fastuosas y los lotes amplios, de dos mil metros, de diferentes estilos, con verdaderos detalles de lujo. En realidad, no sabemos si lo que nos impresionó primero fue la elocuencia de la riqueza o su homogeneidad. Entre la variada infraestructura deportiva de uso común, se destaca la hípica. Cuenta además con dos *club-houses*, uno de los cuales era el casco de estancia de una conocida familia patricia. El *country* ostenta, como atractivo adicional, uno de los colegios bilingües más respetados entre la elite del país. En fin, estábamos a punto de pisar una lujosa residencia de estilo francés: allí nos recibiría una mujer menor de 40 años, analista de sistemas, que trabaja en una empresa familiar. La entrevista

ta fue, por momentos, tensa y difícil. La mujer se mantuvo en una posición de alerta constante. No contestó muchas preguntas que se le hicieron y no manifestó ningún interés por explayarse. Pese a ello, sus gestos se caracterizaban por una cortesía distante, propia de los sectores altos. La entrevista fue relativamente corta y las barreras muy altas.

En el primer caso, que podemos denominar *Tipo I*, nos encontramos ante un “*country antiguo*”. O para decirlo de manera más simple, un club de campo, originariamente concebido como “segunda residencia” y dotado de una intensa vida social interna así como una diversificada actividad deportiva intercountry. Claro que los hay de variado tipo, desde los *countries* selectos y elitistas, venidos a menos, algunos con un pasado marcadamente antisemita, hasta los pretenciosos *countries* de clase media. Pero todos ellos, hoy en día, tienen una problemática común, la que no sin provocación denominaremos como un *proceso de trasvasamiento generacional y social*, a partir del desplazamiento de los *countries* de fin de semana por residentes permanentes, quienes ya constituyen el 50% de la población. En líneas generales, los nuevos residentes, liderados por los matrimonios jóvenes, conciben el estilo de vida de modo más pragmático y menos ostentoso que sus predecesores. Todos ellos consideran que el *country* debe actualizar sus servicios en función de los nuevos ocupantes, ajustándose tanto a sus demandas como a sus pautas de consumo. Las nuevas demandas aluden a una mayor infraestructura, mayor reglamentación (normas de urbanismo), marcos de sociabilidad destinados a la contención social (espacios de juego y guarderías para los más chicos, mecanismos de control social para los siempre problemáticos adolescentes), en fin, mayor participación en la toma de decisiones. Este proceso es acompañado por cambios importantes en la conformación social interna, especialmente en *countries* de clase media alta, literalmente invadidos por matrimonios jóvenes de la clase media de servicios, con menor poder adquisitivo que los anteriores

ocupantes. Más aún, la masificación de los últimos años evidencia, en algunos casos, una suerte de conflicto entre las estrategias de marketing escogidas y las estrategias de distinción conservadas. Pero, por lo general, con raras excepciones, la *transición* registra un esfuerzo de adaptación al nuevo perfil social y generacional del residente.

En el segundo caso, el *Tipo II*, nos encontramos con la oferta más difundida en la actualidad: los *barrios privados*. Los hay de dos tipos: los de pequeñas dimensiones, que están en el centro de la expansión inmobiliaria, destinados a una clase media típica, cuyo valor clave reside en la seguridad; y los de clases medias altas (muy minoritarias, pues éstas prefieren los *countries*),⁷ que presentan una buena calidad paisajística y alguna infraestructura de servicios. Estas urbanizaciones aparecen en forma de red, con “manchones” dentro de los cuales se sitúan numerosos barrios privados y algunos *countries* antiguos.

Es posible diferenciar dos tipos de redes: aquellas que bordean los grandes corredores viales, en donde las nuevas urbanizaciones privadas aparecen articuladas con los nuevos servicios (shoppings, multicines y, sobre todo, los infaltables colegios privados bilingües). En la zona norte, este fenómeno es representado de manera paradigmática por el partido de Pilar, que concentra una gran parte de esta clase de emprendimientos. Sus residentes desarrollan vínculos de exterioridad con los antiguos habitantes del lugar, con los cuales sólo mantienen una relación de cliente-proveedor (con comerciantes y proletariado de servicio). El segundo tipo de red, de menor tamaño, se inserta cerca de conocidos centros urbanos, como sucede en Bellavista (zona de sectores medios altos, en el partido de San Miguel). En este caso, se trata de habitantes originarios del lugar, en su mayoría comerciantes y profesionales, para quienes la mudanza no viene a modificar las prácticas anteriores (amistades, hábitos de consumo, escuelas, vida social). Aun así, comienzan a cristalizarse lugares de sociabilidad común (por ejemplo, una confitería, para las

mujeres; el club de golf, para los hombres). Sin embargo, como en los primeros, el cambio aparece sintetizado en un nuevo estilo de vida, que enaltece los valores de seguridad; la despreocupación por llaves y rejas; la vuelta al “barrio”, ilustrada por la posibilidad de que los niños jueguen en la “calle”.

En fin, en ninguno de los dos casos se puede afirmar que exista una red social homogénea: barrios privados de “medio pelo” proliferan junto a unos pocos destinados a la clase alta y algunos *countries* de larga trayectoria. Estos dos últimos siempre constituyen el polo de referencia en la red, si bien existen pocos vínculos formales entre ellos, en términos de comunicación o acción conjunta.

Por último, en el tercer caso o *Tipo III*, se encuentran los *countries* recientes, exclusivamente destinados a la clase alta y media alta, ocupados en su mayor parte por residentes permanentes. Desde el punto de vista social, la población es más homogénea que en los *countries* antiguos. Algunos poseen suficientes marcas de estatus y atraen por ello a countryestras de alto nivel socio-económico, que no soportaron la masificación de los antiguos *countries* de los cuales proceden.

Pese a que esta tipología es la menos representada en términos absolutos, a la hora del análisis resulta particularmente interesante concebirla como una especie de laboratorio, que refleja en estado puro gran parte de las situaciones características de la mayoría de las urbanizaciones privadas. En efecto, es aquí donde aparece con contundencia la figura de la comunidad cercada y autocentrada, con escasas relaciones de sociabilidad con el mundo exterior. Proveedores que provienen de localidades vecinas tanto como el proletariado de servicios que ingresa cada mañana (jardineros, plomeros, jornaleros de la construcción, domésticas, niñeras) usan la entrada de servicio y son atendidos por uniformadas mucamas. No es necesario trasponer los muros del *country*: todo puede ordenarse telefónicamente (desde la tintorería hasta el servicio de lavado del auto); todo puede resumirse en una suerte de *delivery* a tiempo

completo. Entre los residentes hay un núcleo tradicional de apellidos patrios; pero también muchos matrimonios de altos funcionarios o profesionales que viajan diariamente a la capital. Además, es muy típico encontrar mujeres que “complementan” el ingreso familiar con alguna actividad de servicio realizada en el mismo *country* (profesoras de gimnasia, maestras jardineras, terapistas, artesanas, etc.) o, simplemente, que no trabajan. Cuando es el caso, la existencia de un colegio dentro del predio termina por otorgar al *country* verdaderas características de ghetto, hecho reforzado por el contraste que este espacio amurallado ofrece con el entorno, jalonado de villas miserias y barrios policlasicistas venidos a menos. Así, para hacer frente a un entorno miserable y la mayor parte de las veces, hostil, y continuando con una tradición que proviene de los antiguos clubes de campo, cada *country* tiene su comisión dedicada a las actividades de beneficencia, a partir del cobro de una cuota mensual que se incluye en los gastos comunes, junto con las expensas.

Aquí los problemas de socialización se expresan también en estado puro. El *vandalismo adolescente*, que es un problema más que trivial para los *countries* antiguos, ha sido complementado por la aparición del *vandalismo infantil*, como es el caso del *country* que describimos más arriba. Así, durante 1999, en apenas un mes, se registraron doce actos vandálicos, llevados a cabo por niños entre 9 y 12 años, que irrumpieron en viviendas en construcción o apenas terminadas, realizando importantes destrozos. No son pocos los que reflexionan acerca de las consecuencias de una “cultura de la opulencia” (son chicos “que se aburren” porque lo tienen todo) y/o de modelos familiares en crisis (padres “abandónicos” que “largan” a sus hijos al *country*, o familias desestructuradas por los divorcios). Para enfren-

7. En términos financieros, la diferencia entre un *country* y un barrio privado no sólo reside en el costo del lote, sino en el precio de las expensas. Mientras que un barrio privado abona unas expensas que oscilan en los \$120, los *countries* pagan, servicios comunes incluidos, entre \$ 350 y \$ 500 por grupo familiar.

tar este problema, se refuerzan los mecanismos de control social sobre niños y adolescentes y las autoridades del *country* amplían sus funciones porque se ven obligadas a proporcionar marcos de integración social, que antes aseguraban los espacios públicos y las instituciones educativas.

Como se advierte, las urbanizaciones privadas manifiestan la emergencia de nuevas formas de sociabilidad, atravesadas por un incipiente conjunto de complejas problemáticas, no siempre comunes. A través de esta tipología, sólo se ha querido sugerir algunas de ellas. Esta exploración inicial debería examinar otros dos temas: el de las nuevas condiciones de socialización; y el de la pérdida homogeneidad cultural de las clases medias.

40

A modo de inevitable conclusión

El actual proceso de suburbanización ha sido descrito por los urbanistas como el desplazamiento de un modelo de “ciudad abierta”, básicamente europeo, centrado en la noción de espacio público y en valores como la ciudadanía política y la integración social, hacia un régimen de “ciudad cerrada”, según el modelo norteamericano, marcado por la afirmación de una ciudadanía “privada”, que refuerza la fragmentación social. Durante mucho tiempo en nuestro país, este modelo de “ciudad” abierta se asentó, incluso con sus deficiencias, sobre una matriz social que suponía el reconoci-

miento explícito de una sociedad democrática, atravesada por vínculos jerárquicos reales. Así, si es posible caracterizar la integración social e individual como un proceso que articula relaciones horizontales (dentro de un grupo social) con lazos verticales (con otros grupos de la estructura social) a través de diferentes marcos de socialización, la ciudad “abierta” aportaba no pocos de esos “espacios”. Dichos “espacios” de socialización (por ejemplo: lugares públicos como una plaza, la esquina de un barrio o los patios de un colegio del estado) proveían al individuo de una orientación doble, hacia adentro y hacia fuera de su grupo social, y aparecían como contextos propicios para una socialización “exitosa”.

Por otro lado, este proceso de segmentación social termina de diluir la homogeneidad cultural de la antigua clase media. En efecto, en las nuevas comunidades cercadas, la exitosa clase media de servicios ahora sólo se codea con los ricos globalizados. Desde allí comienza a “interiorizar” la distancia social, desarrollando un creciente sentimiento de pertenencia y desdibujando los márgenes confusos de una culpa, como resabio de la antigua sociedad integrada. No olvidemos que sus hijos ahora sólo comparan marcos de socialización con niños de clase alta. Así, mientras los colegios privados facilitan la llave de una reproducción social futura, los espacios comunes de la comunidad cercada contribuyen a “naturalizar” la dis-

tancia social. De modo que, aunque la cuestión atente contra nuestra tradicional “pasión igualitaria” (J.C.Torre), hay que reconocer que la fractura social desarticuló las formas de sociabilidad que estaban en la base de una cultura democrática, desplegando en su lugar una matriz social más jerárquica y rígida. Las urbanizaciones privadas se encuentran entre las expresiones más elocuentes de esta fractura, pues asumen una configuración que afirma, de entrada, la segmentación social (a partir de un acceso diferencial y restringido), reforzada luego por los efectos multiplicadores de la espacialización de las relaciones sociales (constitución de fronteras sociales cada vez más rígidas).

En suma, todo parece indicar que, pese las diferencias en términos de capital (sobre todo, económico y social) y de antigüedad de clase, las clases altas y una franja exitosa de las clases medias de servicios, devienen partícipes comunes de una serie de experiencias respecto de los patrones de consumo, de los estilos residenciales y, en algunos casos, de los contextos de trabajo; en otras palabras, de los marcos culturales y sociales que dan cuenta de un entramado relacional, que se halla en la base de nuevas formas de sociabilidad. Consumada la fractura dentro de las clases medias y asegurado el despegue social, los “ganadores” mismos van descubriendo, día a día, tras las primeras incongruencias de estatus, algo más que una creciente afinidad electiva.



Punto de Vista

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos

Latbook

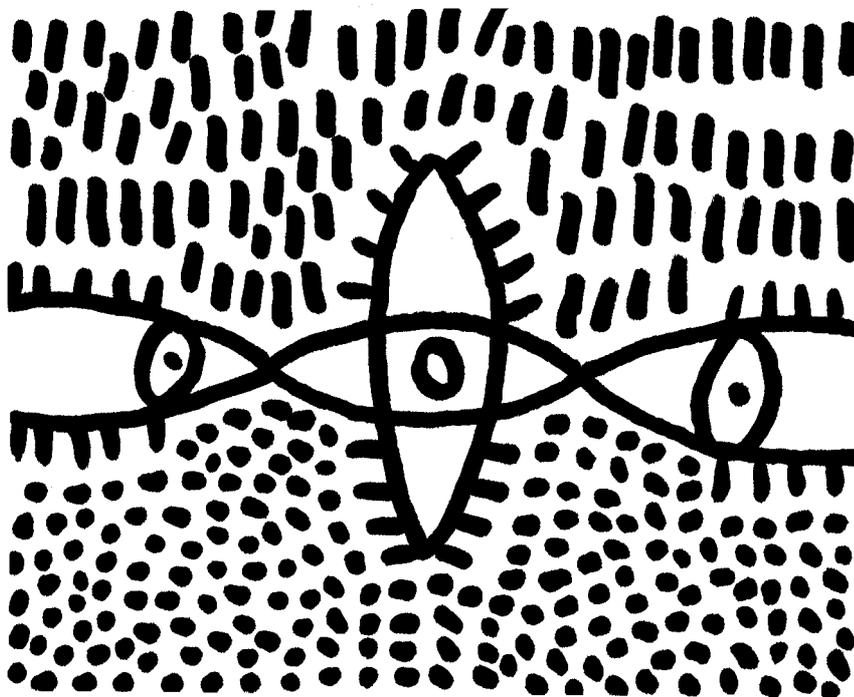
(libros y revistas).

Disponible en Internet en la siguiente dirección:

<http://www.latbook.com>

Los estallidos en provincia: globalización y conflictos locales

Javier Auyero



Los recientes episodios en el norte de la provincia de Salta, donde cientos de desempleados bloquearon la ruta nacional 34 durante casi diez días hasta ser brutalmente reprimidos por la gendarmería nacional y la policía local, no son hechos aislados. Santiago del Estero en 1993, Jujuy entre 1993 y 1995, San Juan, Córdoba, Río Negro en 1995, Neuquén en 1997, Corrientes durante buena parte de 1999, por nombrar sólo algunos, dan cuenta del surgimiento de un nuevo fenómeno social. Durante la última década el interior argentino se ha transformado en un espacio de protesta colectiva violenta. Con la crisis de las economías

regionales, la corrupción generalizada de los gobiernos provinciales y los recurrentes intentos de los gobiernos nacionales por imponer el “ajuste estructural” en las provincias, nuevas formas de beligerancia popular —bloqueos de calles, rutas y puentes; ataques a edificios públicos y a residencias de funcionarios y políticos locales; uso de las plazas para acampar en señal de protesta (“aguantes” como se llamó en Corrientes)— se están generalizando. Algunos observadores tematizan el surgimiento de un nuevo repertorio de acciones colectivas con nuevos y diversos actores y demandas, con nuevos modos de expresión y usos del espacio.

Una sociología rigurosa de estas formas de acción colectiva debería comenzar por cuestionar las categorías de “estallido” o “explosión”, usadas tanto en intervenciones políticas como en los medios o las declaraciones policiales. La mayoría de estas protestas pueden ser caracterizadas como *protestas glociales* en la medida en que son producto de la interacción entre fuerzas globales y dinámicas locales. Ciertamente es que, en última instancia, la crisis de la deuda externa y el “ajuste estructural” son las causas de la ola de acción colectiva en el sur globalizado. *Pero estas fuerzas y determinaciones externas nunca impactan de manera directa en la protesta.* En otras palabras, la identificación de los factores macro y su relación con esta ola de protesta difiere del examen de la cadena causal que la produce. Para comprender la génesis de las protestas en el interior, la atención debe centrarse en el *campo de protesta*, en el ensamble de mecanismos y procesos que se hallan en la raíz de la formulación de reclamos colectivos; este campo es *mediador* entre las fuerzas globales y las “explosiones” locales, refractando, como un prisma, los determinantes externos en términos de su propia lógica.

La crónica de los meses anteriores a las protestas de Santiago del Estero en 1993 y Corrientes en 1999 intenta demostrar que, si bien los intentos por implementar medidas de ajuste precipitaron los hechos, el período de tensión que precedió a la “explosión”

—que determinó su forma y violencia— comprende *procesos y mecanismos* extremadamente relevantes. Muchos de ellos se relacionan tanto con las “medidas de austeridad” que el gobierno nacional exigió, como con la generalizada corrupción de los gobiernos provinciales y municipales. Las descripciones que siguen, entonces, no responden a un orden cronológico sino a una secuencia determinada por esos procesos y mecanismos. Entre ellos: la decreciente autoridad gubernamental; la escalada de protesta pública; la polarización del campo político en dos extremos antagónicos y su consecuente trazado de límites entre “nosotros” y “ellos”; los esfuerzos de intermediación entre los distintos actores de la protesta que culminan en coaliciones de oposición; el surgimiento de nuevos actores —antes pasivos o sin compromisos previos— que formulan reclamos; la disrupción en la vida cotidiana de los ciudadanos; y los constantes esfuerzos de las élites locales (políticos y autoridades eclesiales) por validar o invalidar las acciones de quienes protestan.

Santiago del Estero, 1993

El 16 de diciembre de 1993, en la provincia de Santiago del Estero, miles de empleados municipales y provinciales, maestros primarios y secundarios, jubilados, trabajadores del sector informal, y jóvenes desempleados, invadieron, destruyeron e incendiaron la casa de gobierno, los tribunales, la legislatura, y las residencias de más de una decena de políticos y de un dirigente sindical. No hubo muertos; dos participantes en la protesta y algunos policías sufrieron heridas de gravedad.

¿Cuáles eran las demandas de los “enfurecidos”? Reclamaban salarios impagos, en varios casos con tres o cuatro meses de retraso, y protestaban contra lo que percibían como una corrupción generalizada del gobierno provincial. El “estallido” —así lo denominaron los medios nacionales y provinciales— era esperado por observadores y por participantes. Seis años después del episodio, un perio-

dista local¹ admitía que, en ese momento, el “estallido se veía venir porque la cosa estaba in crescendo”. Un oficial de la policía, encargado de la protección de la casa de gobierno, tenía la misma sospecha: “Yo sabía que algo grande se estaba gestando”. Participantes del episodio también lo definieron como parte de una ola que había comenzado temprano en 1993: “Lo que pasó en diciembre se venía desarrollando desde hacía varios meses”, me comentaron en reiteradas ocasiones. Se referían así a la escalada que comprendió marchas, huelgas, manifestaciones, clases públicas, tomas simbólicas de edificios públicos, intentos de invasión a la casa de gobierno, y repetidos enfrentamientos con la policía local.

En los meses que precedieron a la “explosión”, quienes protestaron se enfrentaron con lo que el principal periódico de Santiago caracterizó como un “gobierno paralizado”, con una administración inmovilizada por una “crisis institucional” sin precedentes, con un “vacío de poder”. Poco más de dos meses antes del 16 de diciembre, el gobernador —víctima de feroces disputas internas en el Partido Justicialista y presionado por el gobierno nacional para que ejecutara un ajuste fiscal— renunció, dejando su lugar al vice-gobernador. Durante varias semanas (mientras trataba de forjar sin éxito una alianza con el caudillo local y ex-gobernador Juárez, a fin de designar a los miembros de su gabinete), el nuevo gobernador, Fernando Lobo, recibió fuertes presiones del gobierno nacional: a los efectos de obtener fondos para pagar a los cada vez más activos y violentos empleados públicos, el gobierno provincial debía promulgar una ley “ómnibus” de ajuste que implicaba el despido masivo de empleados estatales contratados, la suspensión retroactiva de aumentos salariales desde febrero de 1993, la desregulación de un conjunto de actividades públicas y privadas, la descentralización de los servicios públicos, y el apoyo decidido a las privatizaciones —en otras palabras, la ya conocida receta neoliberal. El mensaje del gobierno nacional era claro: ajuste o intervención federal. En esta situación

el gobierno provincial tenía todo que perder, porque la rebaja de salarios o el despido de centenares de empleados públicos no pacificaría la protesta, que por cierto incluía un reclamo salarial, sino que la haría crecer a dimensiones impredecibles, como ocurrió cuando el parlamento local finalmente aprobó la ley el 12 de noviembre.

Cuando los rumores acerca de la ley ómnibus comenzaron a generalizarse, nueve sindicatos formaron el “Frente Gremial de Lucha” para “unir todas las fuerzas de los trabajadores contra la ley”.² En su documento inaugural, el frente responsabilizaba a los poderes ejecutivo, judicial y legislativo, por la suerte de los empleados públicos y los ciudadanos en general, y exigía la investigación y el castigo de los “responsables del caos económico y social”. Algunos días más tarde, el frente convocó a una marcha a la casa de gobierno y los tribunales para obtener una entrevista con el gobernador y demandar “el castigo de los culpables del robo y la corrupción”. Estos reclamos apuntaban a un hecho simple pero fundamental: quienes protestaban no sólo lo hacían por sus salarios impagos y su oposición a los despidos masivos, no sólo estaban “luchando contra el ajuste”, sino que también exigían el fin de la corrupción.

Los protagonistas de la movilización se preguntaban por qué ellos debían pagar el precio del ajuste cuando los funcionarios locales “se volvían ricos”. Durante 1993, los multimillonarios escándalos de corrupción fueron nota de tapa del principal diario local casi semanalmente. “Serias irregularidades” fueron denunciadas en la distribución de viviendas y tierras. Los comedores infantiles de los barrios pobres también soportaron “oscuros arreglos” y se cerraron porque los fondos enviados por el gobierno nacional desaparecieron misteriosamente. Se había gastado más de un millón de dólares

1. Excepto en los casos en que se indica una fuente, las citas provienen de entrevistas que realicé durante julio y agosto de 1999.

2. Obras Sanitarias, Asociación Bancaria, CISADEMS, AMED, SADOP —maestros—, ASEJ —empleados del poder judicial—, ATAD y UOEM.

en obras públicas nunca ejecutadas; cientos de vehículos comprados por el estado provincial desaparecieron; el PAMI local estaba en crisis presuntamente debida al vaciamiento realizado por un conocido funcionario. Días antes de la “explosión”, los habitantes de Santiago se enteraron de que varios funcionarios y políticos locales eran cómplices en un mercado de carne clandestino. Funcionarios y políticos, en los meses previos al 16 de diciembre, se acusaban mutuamente de “ladrones y corruptos”, admitiendo públicamente los escándalos, aunque nadie asumía su responsabilidad.

La corrupción extendida fue un elemento central de la protesta, no sólo porque los protagonistas la ubicaron en el núcleo de sus demandas sino porque el “uso poco claro del dinero público” (como lo fraseó un grupo de curas católicos) habla de la manera en que *el ajuste fiscal es procesado a nivel local*. Durante 1993 el gobierno nacional —siguiendo las “recomendaciones” del FMI y del Banco Mundial— insistió en la implementación del ajuste fiscal en las provincias, entre ellas, Santiago del Estero. Ya no se financiarían administraciones provinciales sobredimensionadas e ineficientes, provincias “inviabiles” según el etnocéntrico decir del entonces ministro Cavallo. Sin embargo, a pesar de esta presión (y de la amenaza de la intervención federal), el gobierno nacional nunca cesó de enviar fondos al gobierno provincial. ¿Las razones? En ese momento el presidente Menem estaba embarcado en su intento re-eleccionario y contaba con el apoyo de Santiago del Estero. Esto es crucial para entender cómo el ajuste se procesa a nivel provincial y cómo se relaciona con la protesta.

Algunos periodistas locales argumentan que, dado que la provincia nunca había recibido tantos fondos del gobierno nacional como en ese momento, atribuir la “explosión” de diciembre al ajuste es un error, “porque no ha habido ningún ajuste en la provincia de Santiago del Estero”. El 16 de diciembre, sostienen las mismas fuentes periodísticas, el pueblo de Santiago castigó a una clase política corrupta carente de principios y de auto-

ridad moral. Si bien esta interpretación pasa por alto el hecho de que la protesta se incrementó significativamente desde la ley omnibus,³ apunta a un factor mediador fundamental en la ecuación simplificadora: ajuste = protesta. El ritmo negociado del ajuste (entre élites locales y nacionales) y la forma de la acción colectiva popular se influyen mutuamente.

El gobierno nacional intentaba imponer ajustes presupuestarios sin perder el apoyo del gobierno local. Este, a su vez, resistía el ajuste porque su implementación erosionaría su base más segura: una bien aceiteada maquinaria electoral cuyo recurso fundamental es la distribución de puestos públicos. La resistencia al ajuste se combinaba con la generalización (y creciente publicidad) del nepotismo, ejercido fundamentalmente en la apropiación de los fondos federales. Así, cuanto más nos acercamos al escenario del conflicto, es más evidente que la corrupción gubernamental está en la raíz de la rebelión.

Mientras la corrupción se extendía entre los funcionarios, la “ostentación de una clase política privilegiada” —como varios periodistas escribieron luego del “estallido”— se volvía más notoria⁴ y el ajuste se tornaba más amenazador, *nuevos actores* se sumaron a la ola de protesta. Como lo muestran los diarios anteriores al 16 de diciembre, muchos empleados públicos admitían frente a los periodistas lo “sorprendidos” que estaban al encontrarse marchando y gritando en las plazas públicas, porque “es la primera vez en la historia de esta repartición que hay una manifestación”. La semana anterior a los saqueos y las quemaduras, en una resolución “sin precedentes en la historia del comercio en Santiago del Estero”, la cámara de comercio decidió realizar una huelga en demanda de “una solución a la crisis económica y de medidas para reparar el orden moral”. Negocios, supermercados y estaciones de servicio cerraron sus puertas por un día, y organizaron un apagón como símbolo de protesta contra el gobierno (desde septiembre las ventas habían sufrido una disminución de entre 30% y 90%, y un número inusual de comercios ha-

bía solicitado la quiebra). Monjas y curas católicos también se sumaron a la protesta en la plaza principal de Santiago,⁵ ofreciendo sus mediaciones y expresando su solidaridad con un “pueblo inocente que, no teniendo ninguna responsabilidad en el uso poco claro del dinero público, es privado de su salario”. *Nuevos actores y niveles de participación sin precedentes* son dos de las características definitorias de esta ola de beligerancia popular. Como recordaban dos protagonistas de los eventos del 16 de diciembre: “Gente que nunca antes iba a las asambleas aparecía...”; “Eran las reuniones más grandes que se hayan visto”.

En diciembre, la mayoría de los empleados públicos no había recibido sus salarios durante tres meses (casi la mitad de los asalariados en la ciudad de Santiago son trabajadores del sector público), el estudiante promedio había asistido a sólo cincuenta días de clase (debido a la huelga de maestros), muchas zonas de la ciudad carecían de agua potable (porque algunos funcionarios presuntamente se habían apropiado de los fondos para comprar el cloro necesario al sistema de purificación), y cortes de electricidad afectaban a barrios enteros de la parte norte de la ciudad dejándolos sin luz ni agua.⁶ Esta disrupción de las rutinas y expectativas cotidianas afectaba a casi todos los residentes de la ciudad, incluso a las fuerzas policiales. En diciembre, estas tenían sus salarios impagos con deudas de entre dos y tres meses. Además estaban divididas por un fraccionalismo interno que había sido objeto de varias notas periodísticas. Un oficial de la policía me dijo:

3. En las tres semanas que separan la aprobación de la ley y el “estallido” final, se intensifican las marchas, demostraciones, cortes de tráfico, huelgas, que en la primera quincena de diciembre superan las treinta.

4. “Ellos se compraban autos último modelo, importados, tiraban la plata. Iban a los clubes a la noche...champagne, minas, y todo eso”, contaba una activa participante en los hechos.

5. “Eso llamaba mucho la atención porque era una cosa nueva en la política”, me comentaba otro participante en las manifestaciones callejeras.

6. Como me aseguraron algunos participantes en la protesta, era “un caos terrible...esta ciudad vive al ritmo de la administración pública, si algo pasa ahí, lo sentimos todos”.

“No nos habían pagado en tres meses...no teníamos ni ropa, los uniformes estaban destruidos...Yo estaba con mucha bronca por la falta de capacidad y liderazgo de mis superiores... La política siempre estuvo metida en la fuerza, todos los ascensos se hacían por política”. Una semana antes del 16 de diciembre, la policía decidió ir a la huelga, mientras los jefes intentaban “levantar la moral” de la fuerza.

El 17 de diciembre, después del saqueo e incendio de dos casas de políticos locales en la ciudad vecina de La Banda, la protesta se había terminado. El gobierno nacional envió cientos de soldados de la Gendarmería e intervino los tres poderes. La intervención federal llevó a cabo el ajuste de manera parcial sin una oposición significativa. El empleo público se redujo en un 30% en 1994.

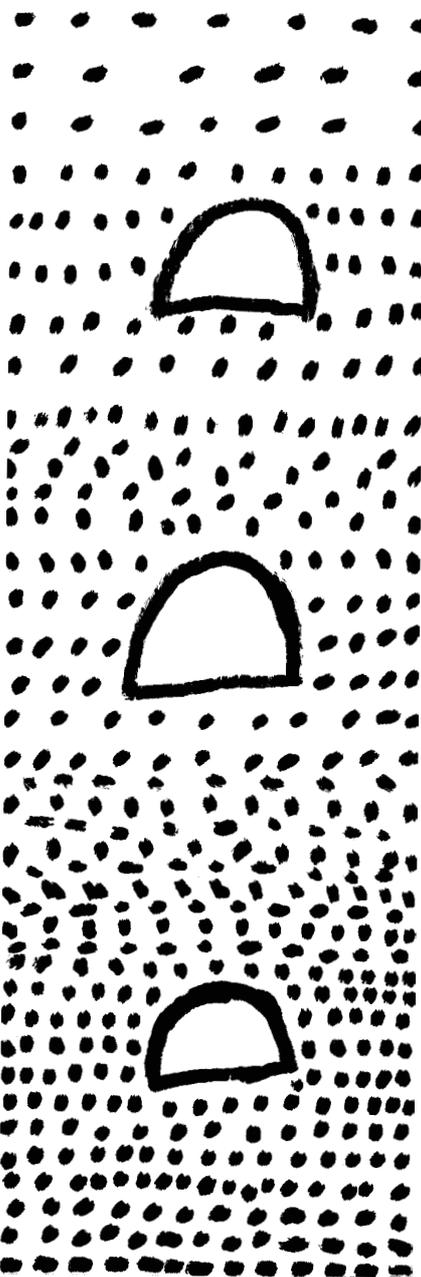
Corrientes, 1999

Seis años y un día habían pasado desde el “santiagueñazo” cuando otro estallido conmocionó el interior del país, esta vez en la provincia de Corrientes. Cientos de empleados públicos y estudiantes bloquearon durante casi una semana el puente que conecta Corrientes con Resistencia. Cincuenta participantes del bloqueo y nueve gendarmes fueron heridos, dos personas muertas, y treinta y ocho arrestadas, cuando tropas de la Gendarmería Nacional atacaron a los manifestantes y evacuaron el puente utilizando gases lacrimógenos y balas de goma (aún se está investigando de dónde provinieron las balas que mataron a las dos personas).

¿Qué demandaban los manifestantes? Reclamaban el pago de salarios (con atrasos de hasta cinco meses), protestaban contra despidos en la administración pública y pedían “castigo a los responsables de la situación” —un grito contra la corrupción del gobierno. “No vamos a dejar el puente hasta que nos paguen el último peso”, decían a los medios. No era esta la primera vez que se bloqueaba el puente en señal de protesta, tampoco era la primera vez que los correntinos aparecían en los medios nacionales con sus

manifestaciones: como el santiagueñazo, lo que ocurría se había estado gestando desde hacía varios meses.

A partir de marzo se incrementó la frecuencia de las protestas y el número de manifestantes. Como en Santiago, las maestras fueron las primeras en tomar las calles, demandando el aguinaldo adeudado desde diciembre. En abril el sindicato de maestros lideró marchas masivas. El 11 de mayo se sumaron otros empleados públicos (judiciales y administrativos) y bloquearon el puente General Belgrano por primera vez en el año. Desde entonces la protesta siguió con “marchas y manifestaciones, huelgas (de emplea-



dos públicos), la huelga docente” y un auto-acuartelamiento policial.

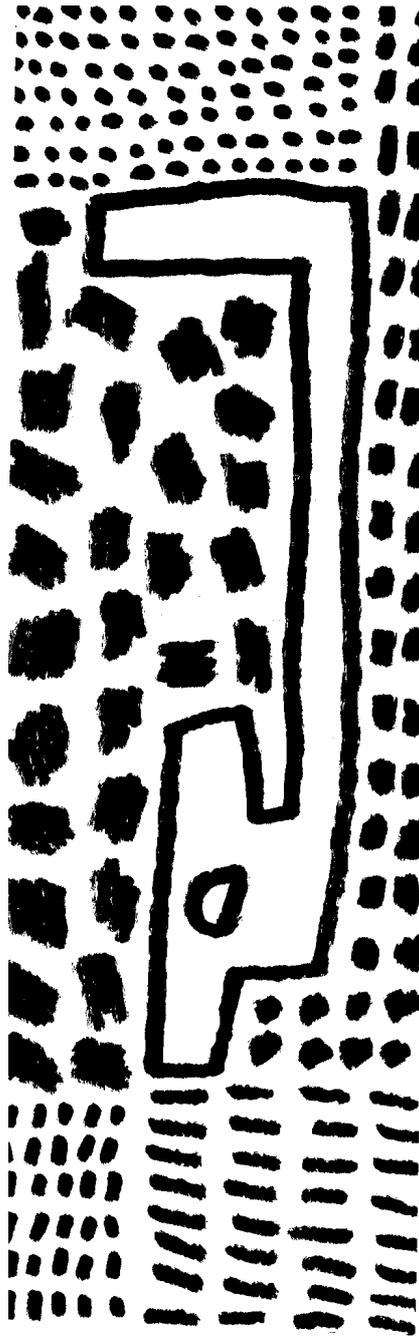
Las manifestaciones redoblaron su intensidad e incluyeron cada vez más empleados públicos, estudiantes y desempleados, en medio del creciente fraccionalismo de las élites gobernantes. Desde abril, se depuso a dos gobernadores en rápida sucesión y se removió al intendente (y caudillo local) de Corrientes, quien fue arrestado bajo cargos de apropiación y uso ilegal de fondos públicos. Los dos gobernadores y el intendente (los tres pertenecientes al Partido Nuevo) fueron desplazados por una coalición de partidos opositores (peronistas, radicales, autonomistas liberales) que acusaba al gobernador Braillard Pocard de liderar una administración fraudulenta e incompetente. Unas semanas después de la suspensión del gobernador, la cámara de diputados de la provincia decidió intervenir el municipio de Corrientes y destituir al intendente Tato Romero Feris, bajo cargos de corrupción administrativa (entre otras cosas, se lo acusaba de apropiarse de las donaciones realizadas a las víctimas de las inundaciones).

El nuevo gobernador Perié enfrentó una situación complicada. La administración estaba en quiebra luego del monumental aumento de la deuda provincial contraída por el gobierno anterior. Entre 1993 y 1999 (presumiblemente los años del ajuste) el gasto público al igual que la deuda crecieron en la provincia de manera vertiginosa (la deuda pasó de 561 a 1400 millones). ¿De dónde provenía el dinero? Después de la provincia de La Rioja, Corrientes fue la más favorecida por los Aportes del Tesoro Nacional. Las razones de este privilegio —como en el caso de Santiago del Estero— fueron estrictamente políticas. La administración del Partido Nuevo había sido una incondicional aliada del presidente Menem (algunos analistas sostienen que su misma creación, a raíz de una división del Partido Autonomista Liberal, fue una maquinación del menemismo). Los detalles no importan aquí, lo relevante es que Corrientes tenía en ese momento algunas cosas en común con las otras tres provincias afectadas por la

escalada de protesta (Tierra del Fuego, Neuquén y Tucumán). Las cuatro provincias eran gobernadas por partidos provinciales aliados con el gobierno nacional (aliados también en el segundo intento re-eleccionario de Menem), todas se beneficiaron con fondos adicionales del gobierno federal y ninguna había “ajustado” su economía de acuerdo con los lineamientos del ministerio de economía. Esos fondos fueron, en parte, a parar a los bolsillos de funcionarios corruptos y en parte a financiar la desorbitante expansión del empleo público (si bien los números son materia de disputa, varias fuentes sostienen que la municipalidad incrementó su planta de 2.000 a 7.000 empleados en unos pocos años). Indudablemente, el incremento del empleo público es la forma con la que los gobiernos provinciales enfrentan el aumento del desempleo causado por la devastación de las economías regionales (se calcula que en la provincia de Corrientes la tasa de desempleo sin empleo público sería de 25,7% de la población económicamente activa). Pero, además, con el empleo público el gobierno provincial crea y mantiene su maquinaria clientelista. Igual que el PJ en Santiago del Estero, el Partido Nuevo en Corrientes hizo un uso discrecional del empleo público con fines electorales.

La nueva coalición en el gobierno enfrentó tres desafíos diferentes aunque relacionados: uno proveniente del Partido Nuevo, el otro del gobierno nacional que amenazaba con la intervención federal, y el tercero, de los miles de empleados públicos que, desde el 7 de junio, acamparon en la plaza principal de la ciudad de Corrientes, rebautizada “Plaza del aguante y la dignidad”.

El Partido Nuevo no abandonó el gobierno provincial ni municipal pacíficamente. Al aumentar las disputas entre el partido de gobierno y la coalición opositora, crecieron los enfrentamientos entre militantes de ambos lados. El 11 de junio, días antes de la remoción del gobernador del Partido Nuevo, dos de sus militantes fueron baleados. Ese día, sus seguidores ocuparon la legislatura durante 48 horas protestando contra la expulsión de



Braillard. El nuevo gobernador Perié asumió el 3 de julio en medio de ataques a las oficinas de los partidos de la coalición, presuntamente a cargo de militantes del Partido Nuevo. La oficina de la UCR fue totalmente destruida por el fuego. Días más tarde, un concejal del Partido Liberal y activo participante en la protesta contra el Partido Nuevo fue atacado en la puerta de su casa, sin sufrir heridas (nuevamente, el ataque fue atribuido a activistas del Partido Nuevo). El 7 de julio, manos anónimas intentaron incendiar la casa del presidente, radical,

de la cámara de diputados. Miembros del Partido Nuevo fueron también víctimas de ataques. Trescientos manifestantes asaltaron la estación de radio y la residencia de un periodista local adepto a Tato Romero Feris, acusándolo de “mercenario del aire”. Sus guardaespaldas tiraron sobre la multitud, aunque no hubo heridos. Tato Romero Feris amenazó con movilizar a sus seguidores contra el nuevo gobierno argumentando: “No puedo contener a mi gente”. Algunos días después de ser depuesto, admitió ante periodistas que miembros de su partido habían tratado de resistir su desalojo del edificio municipal: “Intentaron mantenerlo bajo nuestro control... yo me opuse a esta resistencia pero si esto sigue así va a llegar un momento en que... esto va a terminar en un estallido, estamos al borde de un estallido... Si prendemos una chispa esto va a terminar en un enfrentamiento armado entre nuestros hermanos”. Un mes más tarde, cuando ya era claro que sería arrestado bajo cargos de corrupción, Romero Feris reiteraba sus amenazas: “Si me arrestan, no voy a controlar a los militantes del Partido Nuevo, yo no soy responsable de lo que hagan”. Se refería a los ataques a las oficinas y a las personas por los que esos activistas eran ya muy conocidos en la ciudad.

Con el gobierno provincial en quiebra y en medio de la escalada de la protesta y la violencia, el gobierno nacional comenzó a considerar la intervención federal. A fin de evitar su reemplazo por funcionarios federales y recibir fondos para pagar a los belicosos empleados públicos, el nuevo gobierno debió implementar un “duro ajuste”, que consistía en un extenso programa de reducción de gastos y privatizaciones, incluyendo la venta del banco provincial y de la compañía de energía. El ajuste, de acuerdo al mandato nacional, debía concentrarse en la municipalidad de Corrientes, que tenía un exceso de aproximadamente 5.000 empleados. Como sostuvo el nuevo gobernador, admitiendo implícitamente la vinculación entre clientelismo y empleo público: “La municipalidad de Corrientes tiene 7.000 empleados cuando nunca tuvo más de

2.000... Esto es un disparate. Tenemos que reducir el número de miembros del Partido Nuevo que fueron contratados con fondos públicos”. Así, como en Santiago seis años antes, el nuevo gobierno se enfrentaba a una situación en la que tenía todo que perder: ajuste (que significaba más protesta) o intervención. Y, como en Santiago, el gobierno federal dudaba sobre la intervención (que hubiera evitado la “explosión” final) por razones estrictamente políticas. El 12 de junio funcionarios de la administración nacional sostenían: “No tenemos interés en comprar este desastre a cinco meses de dejar el gobierno”. Cuando asumió la Alianza, las dudas continuaron, porque, si había que “ajustar”, el gobierno nacional prefería no recibir los “costos políticos”.

No es una reconstrucción posterior a los episodios lo que indica que la “explosión” final era muy probable. Desde junio, cerca de 200 carpas ocupaban la plaza frente a la legislatura. Las primeras carpas fueron levantadas por los maestros; una semana después no había más lugar en la plaza, cuando los trabajadores del interior de la provincia ocuparon los últimos lugares vacíos. Abogados, choferes de ómnibus escolares, trabajadores municipales, maestras jardineras, empleados judiciales, trabajadores de sanidad, incluso familiares de agentes de la policía provincial, tenían sus carpas, y no todos estaban representados por sus sindicatos. Bajo el nombre de “autoconvocados”, fracciones disidentes de estos sindicatos se unieron a la protesta.⁷ La plaza se convirtió en la representación espacial de los esfuerzos mediadores de los diferentes sindicatos y fracciones por confluir en una coalición opositora.

En esa plaza se organizaron las marchas y demostraciones, también los cortes de tráfico en las calles de la ciudad y en el puente. El 7 de junio antes de trasladarse a la Plaza 25 de Mayo y rebautizarla *Plaza del aguante*, cerca de 25.000 personas bloquearon el puente General Belgrano. En menos de una semana, los “placeros” intentaron entrar en la legislatura cuando se enteraron de que un aliado del intendente Tato Romero Feris —prin-

cipal blanco de crítica y reclamo de los manifestantes— se podía convertir en el nuevo gobernador.

Durante junio trabajadores del sector público bloquearon las calles principales de la ciudad en repetidas ocasiones. Guardias de la prisión local, maestros y trabajadores del transporte organizaron huelgas mientras que grupos de profesionales del sector privado manifestaban en las calles por primera vez en el transcurso del año. Estos trabajadores no sólo reclamaban sus salarios, sino que pedían ser atendidos por las autoridades, “defendiendo nuestro derecho a ser escuchados” como se lee en uno de los panfletos distribuidos en la plaza. Como sostenía una maestra el 4 de julio: “No nos pagaron 3 meses. No tenemos nada para nuestras necesidades básicas. Organizamos marchas, pedimos reuniones, pero nadie nos atendió”. También reclamaban “justicia” —esto es, el juzgamiento de los “ladrones y corruptos”, según se lee en otro volante. El mejor resumen que encontré sobre las demandas de los placeros proviene del título de uno de estos volantes distribuidos en la plaza (*Aguanta. Hoja del Pueblo Correntino Autoconvocado*). El título dice: “¿Salarios o justicia?” y al pie de página se lee: “Salarios y justicia”. Las demandas se modificaron en el transcurso de la protesta. Después de que los funcionarios del Partido Nuevo fueron expulsados, y probablemente fortalecidos por lo que se percibía como una victoria de los “placeros”, los líderes de la protesta comenzaron a demandar una “real y efectiva democratización” de las agencias del estado, “la administración popular de los recursos públicos”, y el cese de los despidos en la administración.

La plaza se convirtió en un “símbolo de rebelión”. Hacia fines de julio cerca de 3.000 manifestantes interrumpieron el tráfico en el puente General Belgrano durante dos días. La gendarmería evacuó el puente con balas de goma y gases lacrimógenos, después de repetidos enfrentamientos en los que los manifestantes respondieron al ataque con piedras y retomaron el control parcial del puente. El desalojo del puente ocupó dos horas y doce manifestantes resultaron heridos. Tres se-

manas más tarde, el puente era bloqueado nuevamente por centenares de personas durante intervalos de 15 minutos. Antes de la “explosión” de diciembre, el puente fue bloqueado una vez más: el 23 de noviembre cerca de 4.000 empleados públicos marcharon desde el centro de la ciudad hasta el puente, interrumpiendo el tráfico, en demanda de sus, por entonces, cuatro meses de salarios impagos.

Contrariamente a lo que se esperaba, el nuevo gobierno provincial no condenó las acciones de los manifestantes. Miembros de la coalición gobernante que destituyó al Partido Nuevo reconocieron en repetidas oportunidades la importancia de los “placeros” (quienes siguieron las sesiones de la legislatura por los altoparlantes que transmitían los eventos en la plaza) en la remoción del gobernador y del intendente. Como un miembro de la coalición afirmó: “La gente en la plaza nos dio fuerza (para desplazar al gobernador)”. Ese mismo día, el nuevo gobernador admitía que tenían que obtener fondos del gobierno federal en forma inmediata “porque la plaza del aguante y la dignidad no nos va a dar mucho tiempo para que encontremos una solución... Si no encontramos una solución, el apoyo de la gente va a durar sólo unas horas”. En otra entrevista, el nuevo gobernador reconocía la relevancia de la protesta: “En Corrientes nunca hubo una manifestación popular tan importante. La protesta fue capaz de destituir a Tato Romero Feris... no podemos traicionar su confianza... la gente de la plaza sabe que yo no soy un mago. Y si tuvieron tanta paciencia con Tato, tienen que tener un poco de paciencia conmigo”. Un mes más tarde, cuando las maestras decidieron continuar su huelga, el nuevo gobernador afirmaba: “Cuando recibamos más fondos vamos a pagar los salarios. Respetamos la decisión de los maestros de seguir con su protesta hasta que reciban sus salarios”. Cuando una delegación de la Plaza del aguante marchó a Buenos

7. También en Santiago del Estero, uno de los grupos más activos era el de los docentes “autoconvocados”, la fracción disidente del sindicato de maestros más importante.

Aires con la intención de acampar en la Plaza de Mayo, el gobernador Perié se identificó con ellos diciendo que “los correntinos estamos a punto de perder la paciencia... si no recibimos una solución, el pueblo de Corrientes sabrá que hacer”.

Estos son algunos de los episodios que demuestran la *validación* del “aguante” por parte de los funcionarios del gobierno, validación que provenía también de otro importante actor en la política local: la iglesia católica. En repetidas oportunidades, las autoridades eclesiásticas reconocieron la legitimidad de las demandas y de la “lucha”. Un cura, frente a la multitud reunida en la plaza, dijo: “Señor, nuestro pueblo pide por la fuerza necesaria para mantener su dignidad”.

Por su parte, miembros del Partido Nuevo, en especial su líder Tato Romero Feris, desacreditaban a los manifestantes como “falsos representantes de la voluntad popular”, manipulados por intereses externos a la provincia. A menos de una semana de instalado el campamento en la Plaza 25 de Mayo, el entonces intendente se refirió a ellos como militantes de partidos políticos, o gente traída del interior de Corrientes y de otras provincias. Argumentando que eran menos de lo que los medios afirmaban, repetía las acusaciones que las élites han sostenido en más de una oportunidad: los que se rebelan no forman parte de las “masas inocentes”, sino que son instigados por agitadores externos. En una entrevista Tato Romero Feris sostuvo: “Esta es gente de Quebracho, de Patria Libre, y de otros grupos de izquierda. Son los mismos que andan dando vueltas por la ciudad como vándalos, creando una falsa sensación de caos”. Hasta que fue arrestado repitió estas acusaciones.

Hacia mediados de diciembre, el bloqueo del puente General Belgrano había dejado a la ciudad de Corrientes “prácticamente aislada”. Miles de manifestantes tuvieron repetidos enfrentamientos con la gendarmería durante los seis días que duró el bloqueo. Los negocios estaban cerrados por temor a los saqueos o por el desabastecimiento. Prácticamente no había habido cla-

ses durante el año, la mayoría de los empleados públicos estaban en huelga, como así también la policía,⁸ y casi todos los servicios sociales (incluidos los comedores infantiles) estaban suspendidos. En otras palabras, la vida cotidiana era un completo desorden dado que —como en Santiago— la ciudad vivía “al ritmo de la administración pública” (las ventas comerciales habían disminuido 80% en unos pocos meses).

El caudillo más importante de la provincia, Tato Romero Feris, estaba bajo arresto en una clínica local. Hacia mediados del mes, luego de haber sido testigo de la rápida sucesión de tres gobernadores en medio año, la provincia tenía *de facto* dos gobernadores: uno elegido por la nueva legislatura⁹ y otro apoyado por la coalición. Después de que el gobierno nacional decidiera, por fin, la intervención federal, la gendarmería reprimió brutalmente a los miles de manifestantes que bloqueaban el puente, con violaciones a los derechos humanos que fueron oportunamente denunciadas.

Analogías

Corrientes y Santiago son conocidas como tierras de caudillos. El Tata Juárez fue gobernador por primera vez en Santiago en 1949 y a los ochenta años, en 1999, se convirtió en gobernador por quinta vez. Tato Romero Feris fue gobernador entre 1993 y 1997 e intendente de la capital entre 1997 y 1999. Parte de una familia que controló la política provincial por décadas, es aún el caudillo local más importante. Ambos dominan la política en provincias cuyo estereotipo ha sido el de tranquilas y dóciles. Los “estallidos”, se dijo reproduciendo el clisé, violaron la “proverbial calma” de los correntinos y la “mansedumbre santiagueña”.

En la raíz de ambos episodios de violencia colectiva, sin embargo, hay algo más que superficiales similitudes. Ambas “explosiones” son el resultado de procesos largos que comienzan con el fracaso de las autoridades en el cumplimiento de sus compromisos: por

ejemplo, el pago de los salarios a sus empleados. Esta *decreciente capacidad* pone a los primeros manifestantes en las calles (en ambos casos, curiosamente, los maestros). Se da una *escalada* de protesta en frecuencia, tamaño y violencia (de reuniones en las calles y marchas, a intentos de ocupación de los edificios públicos, bloqueo de puentes y calles e invasión, saqueo y quema de residencias privadas y edificios públicos), mientras *nuevos actores* se suman a los manifestantes. Se trata de dirigentes sindicales, militantes de partidos, pero también actores que, normalmente, son moderados, como abogados, médicos, comerciantes, y otros empleados públicos que, como afirmaban ante los medios de comunicación, “estamos haciendo esto por primera vez en la vida”. Un activo participante en el “santiagueñazo” me dijo: “Esas eran las reuniones más grandes a las que haya ido... gente que nunca antes iba a las asambleas aparecía por primera vez”. Entre los nuevos actores hay que contar también las *facciones disidentes* de los gremios que rechazaban los liderazgos establecidos (en ambos casos bajo el nombre de “autoconvocados”). Todos legitimaban su protesta en la *validación* de las autoridades, funcionarios del gobierno (más en Corrientes que en Santiago, donde los manifestantes se enfrentaron a lo que uno describió como un “muro de silencio”) y la iglesia católica.

En la medida en que nuevos actores se sumaban a la protesta, unos *liderazgos se consolidaban y emergían otros nuevos*, en un esfuerzo por formar una coalición. El “Frente de Lucha” fue el resultado de estos esfuerzos de intermediación en Santiago; la Plaza del aguante y la dignidad se convirtió en la manifestación espacial de esos esfuerzos en Corrientes. Al converger en un solo frente, *el espacio político entre los manifestantes y los*

8. La policía estaba dividida en dos fracciones, los leales a Tato y los que apoyaban al nuevo gobierno.

9. En octubre el Partido Nuevo ganó las elecciones provinciales y pudo revertir la destitución de Braillard, quien intentó entrar a la casa de gobierno liderando una marcha de 2.000 seguidores.

objetos de sus reclamos se profundizó. En ambos casos, al aumentar la movilización callejera, se volvió cada vez más difícil no tomar partido por alguno de los dos —y solo dos— polos del conflicto, con los empleados públicos o con el gobierno. En otras palabras, al aumentar y solidificarse los lazos entre los manifestantes, el espacio entre ellos y el gobierno se volvió más amplio y un límite delineando a un “nosotros” versus un “ellos” comenzó a tomar forma. Lo que comenzó como el conglomerado de maestros, judiciales, empleados del transporte, etc., en reclamo de sus salarios, se transformó, en diciembre, en un nuevo colectivo: “el pueblo” contra “la clase política”.

La corrupción gubernamental, en ambos casos, alimentó la creación de esta *línea divisoria* entre nosotros y ellos, y sumó resentimiento a la desesperación que los manifestantes sentían por sus salarios impagos. El nepotismo demostró a los manifestantes que el gobierno no sólo no podía cumplir sus compromisos sino que sus funcionarios no tenían voluntad para hacerlo. La desesperación trascendió a los empleados públicos porque su falta de pago afecta a la mayoría de los habitantes de estas ciudades administrativas. Tanto en Corrientes como en Santiago, no hubo clases en las escuelas durante meses y el funcionamiento de los servicios sociales básicos estaba interrumpido. *La disrupción de la vida diaria y la amenaza a rutinas cotidianas* figuran en el primer plano de

los relatos de los manifestantes en los meses que preceden a las “explosiones” finales.

Cierto es que en ambos casos se trata de empleados públicos que reclaman sus salarios, pero la escalada y el “estallido” final no pueden ser analizados solamente en términos de demandas. La protesta floreció debido a una apertura provista por la relativa debilidad de los gobiernos provinciales y por sus divisiones internas; debilidades y divisiones que, en ambos casos, afectaron a las fuerzas policiales. En otras palabras, tanto en Corrientes como en Santiago, las crisis gubernamentales son “ventanas de oportunidad” frente a las cuales los manifestantes responden. Los manifestantes hicieron algo llamativamente nuevo —quemaron tres edificios públicos y una docena de residencias privadas, acamparon durante casi seis meses frente a la legislatura local y bloquearon un puente importante. Todo esto lo hicieron en el contexto de los procesos relacionales que acabo de describir. Esos “días de furia” tuvieron lugar en situación de profundas rupturas de lo cotidiano. Sucedieron dentro de un campo de protesta caracterizado por gobiernos crecientemente incapacitados, por el ensanchamiento del espacio político que vinculaba a funcionarios y manifestantes, por los esfuerzos de intermediación entre estos últimos, y por la resultante constitución de un nuevo (aunque fugaz) actor político.

Coda

En la última década el interior argentino se convirtió en un paisaje de protesta violenta. Los programas de “austeridad” o “ajuste” están, ciertamente, en la raíz del crecimiento de la conflictividad. La pregunta es cómo se vinculan la protesta con el ajuste. El razonamiento que nos lleva de megaprocesos (economía global) a procesos nacionales (ajustes) y a la acción colectiva local debe ser cuidadoso si se quiere retener la especificidad, la riqueza y el potencial democrático de la protesta. Una manera de abordar la acción colectiva es a través de una mirada al campo de protesta, esto es, al ensamble de procesos relacionales que están en la raíz de las explosiones. El campo de protesta funciona como una máquina traductora de las presiones globales. Examinados de cerca, los “estallidos” son *luchas políticas globales*, el resultado (socio)lógico de las articulaciones vernáculas de presiones globales y dinámicas locales.

Agradezco a Tim Moran por los comentarios a una versión previa a este trabajo. Rodrigo Herbert (“The XeroXman”) trabaja desde febrero de 2000 como asistente en esta investigación la cual es, en buena parte, posible gracias a su energía, entusiasmo y sentido crítico. Agradezco también a Gabriela Polit-Dueñas por su atenta edición. La atención a los mecanismos y procesos en la raíz de las protestas ha sido inspirada por la agenda de investigación recientemente propuesta por McAdam, Tarrow y Tilly en su libro *Dynamics of Contention*. Sobre los nuevos “repertorios de acción colectiva” en el interior argentino pueden consultarse los trabajos de Marina Farinetti y Adrián Scribano.

ESTUDIOS

Revista del Centro de Estudios Avanzados
Universidad Nacional de Córdoba

Director: Héctor Schmucler

Sec. de redacción:
Elsa Chanaguir y Horacio Crespo

Av. Vélez Sarsfield 153

Córdoba

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

Año VIII - Número 16 - Principios de 1999

Polémicas por la historia - Familias, mujeres y trabajo en Buenos Aires en el siglo XVIII
La revista *Nosotros* y la “Nueva generación”
Debate: del reduccionismo económico al cultural
“Distancia y perspectiva”: texto de
Carlo Ginzburg

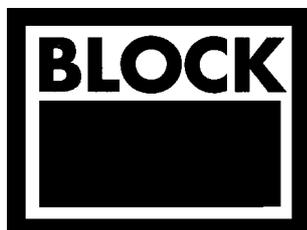
Suscripciones: en Argentina, u\$s 24.- (dos números).

PUNTO DE VISTA

Salió el Índice general número 1 a 60, 1978-1998 con índices cronológicos, de autores y temático. Si usted no tiene todos los números de *Punto de Vista*, ahora puede obtenerlos:

En Buenos Aires: Librería Gandhi, Corrientes 1551 y Librería Prometeo, Corrientes 1916. En Rosario: Distribuciones *Del Arca* (Irene Ocampo) Tel.: 0341-4850978.

En nuestras oficinas: Llámenos por teléfono al 4381-7229 y encargue los números que necesita. O escribanos a: Casilla de correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires.



Revista de cultura de la arquitectura, la ciudad y el territorio

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea

Números temáticos semestrales

Nº 1 (Septiembre 1997): Belleza

Nº 2 (Mayo 1998): Naturaleza

Nº 3 (Noviembre 1998): Aldo Rossi

Salió el Nº 4: Brasil

Universidad Torcuato Di Tella
Miñones 2159/77 (1428) Buenos Aires
Tel.: 4784-8654 / Fax: 4784-0087

REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL

DIRECTORA:
NELLY RICHARD

SUSCRIPCIONES INTERNACIONALES
1 año, 3 números, vía aérea

Personal U\$S 20 / Instituciones U\$S 30
Adjuntar cheque a nombre de Nelly Richard. Revista de Crítica Cultural, Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

DIARIO DE POESÍA

Nº 54 / invierno de 2000

Dossier: Ingeborg Bachmann

Oswaldo Lamborghini inédito / "Poesía y música":

Carl Rakosi / "Catálogo de objetos": Lichtemberg

YO: 28 poetas jóvenes hablan en primera persona

SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)
U\$S 40

CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH
Corrientes 1312, 8º (1043) Buenos Aires

VARIACIONES BORGES

REVISTA DE FILOSOFÍA, SEMIÓTICA Y LITERATURA
EDITADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACIÓN J. L. BORGES

Condiciones especiales de venta para Argentina
a través de Punto de Vista: \$10, 00 el número
- Dirigirse a la redacción

Estética del cine: Beceyro, Filippelli, Oubiña, Pauls / Walsh, literatura y política: Aguilar /
Imaginario de la descomposición social en Brasil: Teixeira Coelho / Exclusión social y
acción colectiva: Tenti Fanfani / Lógicas de la violencia: Golbert, Kessler / Nuevas clases
medias: Svampa / Estallidos sociales en provincia: Auyero
Ilustra: Adolfo Nigro



PUNTO DE VISTA

67 Revista de cultura
8 \$ Agosto 2000